

LA Sombra

por MAXWELL GRANT

LA JUSTICIA DE
LA SOMBRA

NOVIEMBRE
AUDACES

30
días



La justicia de la Sombra

Maxwell Grant
La Sombra/32

CAPÍTULO I

SOMBRAS NOCTURNAS

—**D**OBLE a la izquierda, Holland.

—Sí, señor.

El chofer, de uniforme, sacó la cabeza por la ventanilla del “sedan”. Viró el coche por la resbaladiza carretera. Los deslumbrantes faros mostraron una calzada entre dos pilares de piedra coronados por dos leones.

La arenilla crujió bajo los neumáticos, cuando el automóvil franqueó la entrada de la finca de Long Island.

El hombre del asiento posterior se inclinaba hacia adelante, observando la calzada a través de la niebla y la llovizna.

El chofer conducía cuidadosamente el coche, acomodándose detrás del volante despreocupado, ahora que se había alejado del tráfico y de la carretera principal.

Las luces de los faros, proyectándose sobre la calzada que poco más adelante formaba una curva, evocaban sombras movientes de la noche.

Anchas fajas de negrura vacilaban y se alejaban. Grandes zonas negras se desvanecían cuando el coche pasaba. Semejaban cosas vivientes.

El pasajero las observaba al mirar por encima del hombro del conductor.

Una luz brillante resplandecía como un faro a través de la noche. El coche viró y se detuvo delante de unos peldaños que conducían al umbral de una vasta mansión. La luz, que semejaba un faro, estaba bajo el tejadillo que se extendía desde encima de la puerta. Comparados con ella, los resplandores que salían por las ventanas de la casa parecían tenues y oscuros.

El pasajero apeóse del “sedan” y habló al chofer.

—Puede pasar a recogerme dentro de una hora, Holland.

—Sí, señor Tracy—respondió el hombre vestido de uniforme.

El automóvil se alejó dejando al pasajero de pie bajo el pórtico. Mientras esperaba que respondiesen a su llamada, Tracy volvióse hacia los escalones y su rostro quedó claramente discernible en la noche. Este hombre, un individuo de mediana estatura, rostro firme y aristocrático, presentaba un aspecto impresionante mientras esperaba delante de la puerta cerrada. Sus ojos, agudos y penetrantes, miraban fijos en la noche, hacia los lugares donde las luces de los faros evocaron recientemente unas sombras extrañas y movientes.

Todo estaba situado en una completa negrura. Los ojos de Tracy no veían más que neblina; sus oídos no percibían más que el rítmico golpeteo de la lluvia.

La puerta abrióse detrás de él. Volviéndose, entró con la seguridad de un visitante esperado.

Farland Tracy, abogado, se encontró ahora dentro de un recibidor de sombrío aspecto. El hombre que le abrió la puerta estaba a corta distancia, haciendo una profunda reverencia.

—Ah, Headley—dijo el abogado—. ¿Me espera el señor Boswick?

—Está arriba, señor—respondió el sirviente, en voz sin matices—. Voy a anunciarle su llegada.

Tracy observó a Headley cruzar el vestíbulo y ascender la escalera. Las pisadas del criado eran suaves y felinas, presentando un franco contraste con su corpulencia.

El abogado se frotó las manos pensativamente y fijó su mirada en el suelo, hasta que el ruido de unas pisadas que iban aproximándose le hizo levantar la vista.

Un joven, llegado de una habitación contigua, había penetrado en el vestíbulo, de cuerpo delgado, rostro cetrino y cargado de hombros, presentaba la imagen de la juventud disipada. En la mano izquierda llevaba, embutido en una larga boquilla, un pitillo encendido.

—¡Farland Tracy! —exclamó al verle.

—¡Drew Westling! ¿Cómo está, muchacho? ¡No le había visto desde hace un mes!

Respondió el joven, en tono indolente, con una sonrisa

enfermiza:

—Tal vez haya sido preferible que no me viera. No he olvidado nuestra última entrevista. Espero que no abriga la intención de contárselo al viejo.

—¿A su tío Houston? —inquirió el abogado. En tono amable, añadió—: No, Drew. Los abogados suelen guardar el secreto de los negocios particulares de sus clientes. He venido a discutir algunos asuntos con su tío. No se mencionará su nombre, es decir, con relación al asunto de que acaba de hablar.

Respondió Westling, exhalando un suspiro de alivio:

—Gracias. El viejo ya me ha estado interrogando bastante acerca de mis asuntos, sin que haya averiguado nada malo. He tenido mucho cuidado en no meterme en ningún lío desde la última vez.

—Y tiene el propósito de no comprometerse más —siguió Farland Tracy—. Muy bien, me alegro de oír eso.

El joven se alejó lentamente hacia el lado opuesto del vestíbulo.

Farland Tracy observó que Headley, el criado, regresaba. El abogado sonrió.

Se imaginó que Drew Westling no deseaba que el sirviente oyese la conversación que acababan de sostener.

Houston Boswick, propietario de aquella mansión, era, como Tracy mencionara, el tío de Westling. El anciano había estado ausente varios meses y, en consecuencia, desconocía las andanzas de su sobrino durante su ausencia.

Fue Farland Tracy quien consiguió por dos veces la libertad de Westling, sin escándalo, después que la Policía había sorprendido varias casas de juego en que el joven se encontrara. Esta información habría comprometido seriamente al joven ante los ojos de su pariente. Drew Westling dependía por completo de su tío, quien le tenía asignada una pensión considerable.

—El señor Boswick lo espera, señor anunció Headley—. Se encuentra en el estudio del piso superior.

El abogado ascendió los escalones. Drew Westling, dando chupadas lentas a su larga boquilla, permaneció en un rincón del vestíbulo. Observó astutamente la partida del criado en dirección de la cocina. Luego, levantando la vista, esperó a que Farland Tracy desapareciese de lo alto de la escalera.

Tirando precipitadamente su pitillo en un cenicero, el joven se

guardó la boquilla y siguió la misma dirección que el abogado tomara. Subió de puntillas los escalones, torció hacia la derecha, entró en un estrecho corredor: y suavemente aproximóse a una puerta situada cerca de un ángulo del pasillo.

Se detuvo junto a ella, volvióse y se agazapó, arrimando el oído.

Lanzando una mirada hacia la escalera, vió que si el mayordomo subiese le oiría en cuanto se aproximase. Escuchando con atención, oyó las palabras de saludo cambiadas entre Farland Tracy y Houston Boswick.

Presto a escabullirse a la primera alarma, Drew Westling se encontraba en una posición ideal para averiguar lo que se decía en el estudio.

Dentro de la lúgubre y vieja mansión se maquinaban extraños designios.

Apartada de la carretera principal, quedaba visible para la gente que pasaba.

Pero mientras un hombre escuchaba dentro, otros vigilaban fuera.

Delante del pórtico iluminado, sepultadas en la negrura de unos arbustos, unas voces bajas discutían la llegada de Farland Tracy. Esas voces llegaban de un lugar donde el abogado había mirado, pero donde no viera más que las sombras de una noche lóbrega.

—Sigue escondido, vigilando—ordenó una voz—. Tenemos que esperar una hora, a lo menos.

—Y quizá para nada—gruñó otra en respuesta.

Repuso la primera:

—Probablemente para nada. Pero no actuaremos mientras el viejo tenga una visita. No vamos a entrar a ciegas. Eso se acabó. Esperaremos hasta que haya un motivo.

—Perfectamente, “Fullero”. Tú eres el jefe. Pero hay demasiada humedad aquí...

—Vamos—interrumpió el jefe, con impaciencia—. Nos pondremos a cubierto debajo del pórtico.

Dos figuras surgieron de entre los arbustos. No eran más que figuras agazapadas, mas proyectaban largas sombras al avanzar hacia el refugio del pórtico lateral.

“Fullero” y Scully avanzaban con la mayor cautela, sorteando la orilla de luz que llegaba desde la parte superior de la puerta

principal.

Confiados en que no los vigilaba nadie cuando se deslizaban a través de la borrosa llovizna, no se preocuparon en mirar detrás de ellos. En consecuencia, no observaron un singular fenómeno que los acompañaba.

De un lugar situado a unos tres metros de distancia de los arbustos donde estuvieron escondidos, surgió una tercera sombra, más larga y más pronunciada que las de ellos.

Una figura siniestra, al parecer irreal, una extraña silueta les acompañaba.

Una masa opaca y vaga en la neblina, tan oscura que casi era invisible, era la única señal de esta fantástica raya de negrura.

No obstante, si «Fullero» o su compañero hubiesen mirado atrás, hacia los arbustos, habrían visto una señal más patente de un ser humano en la oscuridad.

Dos ojos fulgurantes cuya brillantez reflejaba el resplandor de la luz de encima de la puerta, seguían a los hombres que avanzaban furtivamente. Eran unos ojos de fantasma que parecían flotar a través de la niebla, vigilando los movimientos de aquellos espías.

Preguntó Scully, al llegar al pórtico:

—¿Estaremos bien aquí?

—Seguramente-cuchicheó su jefe—. El viejo Boswick estará arriba, en su estudio, en la habitación que da al patio posterior...

Al interrumpir su respuesta, el «Fullero» dirigió una mirada casual hacia la calzada. Observó momentáneamente una figura deslizándose por el terreno.

Lo atribuyó a un producto de su imaginación.

El propietario de aquella sombra quedaba invisible. La elevada figura de un ser humano pasaba por la orilla del pórtico, cuando «Fullero» hablaba. Unos oídos agudos oyeron la referencia a la habitación, del primer piso. La figura fantasmal continuó andando, invisible en la oscuridad.

Una luz tenue brillaba en una ventanita en el segundo piso, en la parte posterior de la casa. Debajo de aquella ventana, una figura alta emergió de la oscuridad. Unas manos enguantadas se posaron en la pared pétrea del edificio.

Una figura ascendió. Los pliegues de una capa empapada por la lluvia rozaron suavemente las piedras. Un fantasma de la noche se

dirigió hacia la ventana. Breves instantes después, una mano enguantada de negro apareció a la luz tenue, y silenciosamente abrió el bastidor.

La forma oscura de un sombrero de alas anchas quedó revelada instantáneamente por la vaga iluminación. Unos segundos más tarde, la cabeza que había debajo del sombrero movióse hacia un lado, quedando entonces invisible. El fantasma de la noche se agarró como un murciélago al costado de la casa.

Mientras Drew Westling, escuchando en la puerta del estudio, oía la conversación sostenida dentro de la habitación, el fantástico visitante de la oscuridad, también se enteraba de lo que hablaban Houston Boswick y Farland Tracy.

Silencioso, siniestro e invisible, La Sombra, el rey de la noche, había llegado a aquel lugar aislado.

La Sombra, el misterioso personaje que luchaba incesantemente contra las hordas del crimen, estaba interesado en la misma discusión que intrigaba tanto a Drew Westling.

¿Qué finalidad tenía la misteriosa visita de La Sombra?

¿Acechaba el peligro en aquel lugar?

¿Acaso la presencia de aquellos espías que estuvieron agazapados entre los arbustos, significaba que se fraguaba algún crimen?

Varias sombras de la noche se habían movido en medio de la llovizna y la niebla. Una de ellas era una sombra viviente.

¡Dónde se desarrollaban unos planes y designios criminales, donde unos hombres malignos vigilaban atentos, allí se atrevía a penetrar La Sombra, el terror del hampa!

CAPÍTULO II

CONVERSACIÓN SOBRE LAS RIQUEZAS

DENTRO de un estudio pequeño, pero lujosamente amueblado, Houston y Tracy hallábanse sentados frente a frente, delante de una mesa escritorio de caoba, por completo ignorantes de que dos hombres les escuchaban, uno apostado en la puerta y el otro en la ventana.

Los dos caballeros presentaban un contraste interesante, al resplandor de la lámpara del escritorio.

Farland Tracy, un hombre de unos cuarenta y cinco años, denotaba virilidad en todos sus gestos. De rostro firme, mandíbula cuadrada y aspecto robusto, tenía un aire dinámico combinado con una gran confianza en sí mismo. Con ello, sus ojos expresaban gran comprensión de las cosas.

Houston Boswick, por el contrario, era un anciano de aspecto enfermizo y agotado.

Tenía más de sesenta años, y su rostro delgado indicaba que era un hombre qué había perdido toda su anterior iniciativa.

Sus ojos solamente revelaban su poderoso intelecto. A veces aparecían incoloros, mas a intervalos chispeaban. Ocasionalmente mostraban una expresión de astucia innata.

Aquellos ojos eran la clave de Tracy. El abogado los observaba con atención y calmamente, sabiendo que únicamente ellos podían servir de índice de las emociones de Houston Boswick.

—Tracy-dijo el anciano con voz lastimosamente delgada—, soy un viejo que no tiene por qué vivir.

Repuso el abogado, con voz tranquila:

—No es muy viejo. No ha llegado usted a los sesenta y cinco.

—Estoy muy cerca de ellos-declaró el viejo encogiéndose de

hombros—, y he llevado una vida de trabajo incesante. La acumulación de riquezas no es una sinécure, Tracy. He trabajado mucho. Empecé casi desde mi infancia. Por esto me acerco al término de mi vida.

El abogado le recordó:

—Se ha retirado usted de los negocios. Esto le permitirá cuidar su salud y restablecerse...

Interrumpió Boswick:

—Me retiré completamente, porque no podía continuar más. Cuando un caballo viejo no puede soportar más los arreos, sus días están contados.

Farland Tracy no formuló ninguna réplica. Houston Boswick vió en el rostro del abogado una expresión de simpatía. El anciano sonrió débilmente.

—No intente engañarme, Tracy-declaró—. Este último viaje a Florida lo hice por motivos de salud. Fue un fracaso. Mis médicos me han dicho que tal vez no viva mucho tiempo. Estoy dispuesto a morir.

—¿Por qué? —preguntó Tracy, incrédulo.

—Porque —explicó Boswick—, la vida no tiene ya ningún aliciente para mí. ¿De qué sirven las riquezas cuando ya no se puede trabajar? Este ha sido mi credo, amigo. Seré siempre fiel a mi lema. Todos mis socios eran más viejos que yo. Uno tras otro han ido desapareciendo de este mundo. Durante el año pasado he vivido con una sola esperanza.

—¿El regreso de su hijo?

—Sí. Ahora tengo la seguridad, de que esa esperanza se convertirá en una realidad.

—¿Ha tenido noticias de Carter?

Houston Boswick movió la cabeza con un gesto de asentimiento.

El rostro de Farland Tracy se iluminó de alegría. El abogado había oído con frecuencia a Houston Boswick hablar de su hijo ausente.

Hacía algunos años, el joven Boswick se había marchado en busca de fortuna. Había estado en muchas partes del mundo. Houston Boswick supo por otro conducto que su hijo prosperaba. Pero hasta ese momento, el anciano no había recibido noticias directamente de su propio hijo.

—La tragedia penetró en mi vida hace unos veinte años—dijo en tono reminiscente—. Casi inmediatamente después de la muerte de mi esposa, mi hermana Estepa (el único pariente que me quedaba) pereció en un accidente ferroviario, con su esposo Hugo Westling. Eduqué a su hijo con el mío. Mi hijo Carter y mi sobrino Drew parecían hermanos. Tenían la misma edad, pero Carter era más fuerte y Drew más débil. Comprendiendo esto, favorecí a Drew.

—Fue usted muy considerado —observó Tracy.

—Demasiado considerado—corrigió el millonario—. A Carter le entró la obsesión de la independencia. Drew resultó un encanijado sin iniciativa. El resultado fue que Carter se marchó y Drew se quedó.

Tras una breve pausa, continuó:

—Hace una semana recibí una carta de Montevideo. Era de Carter. Un amigo mío le vio allí y le dio mi domicilio de Florida. En esa carta, mi hijo anunciaba su regreso.

—¿Cuándo?

—Ya ha embarcado. Se encuentra a bordo del vapor «Estrella del Sur». Hace escala en La Habana y llegará dentro de dos semanas.

—¡La noticia es estupenda! —exclamó Tracy—. El muchacho se alegrará de verle y... estoy seguro de que será objeto de una magnífica acogida.

—Es difícil—respondió Boswick, en tono melancólico—. No estaré aquí para recibirlo...

—Estará...

—Muerto. Sí, Tracy, estaré muerto.— El abogado dio con la mano un golpe en la mesa. No daba crédito a sus oídos. Esta declaración parecía increíble. La fantasía absurda de un cerebro decadente.

—Muerto—repitió el anciano—. Noto que se acerca el fin de mi vida. Será mejor, Tracy. No me gustaría que Carter me viese como me encuentro ahora. Es preferible que me recuerde como yo era cuando se marchó, hace unos diez años.

El abogado se reclinó en su asiento, resignado. Comprendió que era inútil discutir con el anciano.

—Por este motivo le he llamado, Tracy —prosiguió Boswick—. Ha sido usted mi abogado desde que mi viejo amigo Glade Ruperto falleció. Nuestra amistad no data más que desde hace unos cuantos

años, pero debo aclarar que ha actuado usted con mucha competencia y bondad. Por tanto, confío en usted ahora.

Farland Tracy hizo una leve reverencia.

—En primer lugar-continuó el anciano—, mi hijo Carter no debe conocer mi muerte hasta después de su llegada a Nueva York. ¿Me comprende?

Tracy movió la cabeza en señal afirmativa. El abogado, para llevarle la corriente al anciano, daba por descontada su muerte, en un futuro inmediato.

Boswick añadió:

—Luego, usted se encargará de liquidar mi herencia, de acuerdo con las cláusulas de mi testamento. La fortuna la dejo a Carter, con la provisión de una renta vitalicia considerable para Drew Westling.

El anciano hizo una pausa. Luego, con aire triste, llevó la conversación a un nuevo tema. Dijo:

—Mi sobrino Drew es un derrochador y un vicioso. Lo he mantenido por ser el hijo de mi hermana. He perdido toda la confianza que en él tenía. No le he dicho que he recibido noticias de Carter. Drew sabe que mi salud empeora. Seguramente esperará heredar toda mi fortuna: En verdad, habría sido para él, de no ser por mi hijo Carter—. El anciano hizo una pausa y luego continuó: —Por este motivo siempre he dicho que mi fortuna era menor de lo que realmente es. Mucha gente se extrañará después de mi muerte, al saber que apenas pasa de un millón de dólares. Únicamente el heredero, Carter o Drew, sabrá, algún día después de mi muerte, que la fortuna es diez veces mayor que eso.

Observó Tracy, seriamente:

—Ha cometido usted un grave error. Este secreto suyo, un tesoro tan grande escondido, podría acarrear graves consecuencias. Algún criminal podría tratar de averiguar el sitio donde lo tiene depositado.

Repuso Boswick con una sonrisa astuta:

—¿Cómo puede averiguarse tal cosa? Sólo yo conozco el lugar donde el dinero está escondido. Al antiguo abogado, Ruperto, que dijo que le parecía que la idea era segura.

—¿Aunque él, como yo, nunca supo el lugar donde usted había escondido el dinero?

Sonrió el anciano:

—Ruperto no lo supo nunca. Pero él me conocía desde cuando yo era más joven, en la época en que empecé a desarrollar el plan de esconder el dinero. Él tenía más confianza en mí que usted, Tracy. Usted me ha conocido solamente desde que me volví viejo.

El abogado asintió con la cabeza. Comprendió que Houston Boswick decía la verdad. No obstante, su rostro expresaba aún cierta duda y el anciano lo observó.

—Los secretos-observó el letrado—, tienen una manera extraña de descubrirse. Su constante esfuerzo para achicar el volumen de su fortuna podía haber despertado sospechas.

—No lo creo-declaró Boswick.

—¿Sí? —inquirió Tracy momentáneamente alarmado—. ¿Qué le hace pensar eso?

—Esta casa-explicó el anciano—, estuvo cerrada durante mi ausencia. Drew Westling se alojó en su club. Headley, mi mayordomo, venía aquí de vez en cuando a echar un vistazo a la casa, para ver si todo estaba en orden. Hoy, a mi regreso, observé que habían tocado ciertas cosas. He interrogado al mayordomo y a mi sobrino.

—¿Qué contestaron?

—Drew manifestó que no sabía nada al respecto. El mayordomo dio la misma contestación, hasta que le indiqué algunas señales que él no había observado. Se alarmó entonces, Tracy. Creyó, igual que yo, que alguien había entrado en la casa y la había registrado de arriba abajo.

—¡Hum! —musitó Tracy—. ¿Faltaba algo?

—Nada-respondió Boswick—. Eso demuestra que tenían un objetivo concreto. Alguien buscó algo que no pudo encontrar.

—¿Está seguro de que los merodeadores no tuvieron éxito?

—Completamente seguro. Jamás descubrirán mi secreto, Tracy, aunque estuviese escondido en esta casa. Tan sólo mi heredero, sea mi hijo o mi sobrino, conocerá el escondite de mi dinero.

Farland Tracy permaneció pensativo. Le sorprendía el descubrimiento de Houston Boswick y trataba de encontrar una explicación posible de este misterioso suceso.

El anciano adivinó los pensamientos del abogado.

Dijo, secamente:

—No se preocupe, Tracy. No me interesa conocer la identidad

del sujeto que ha registrado la casa. Podría ser mi sobrino, mi mayordomo o alguna persona desconocida. Como usted dice, he hecho grandes esfuerzos para aparentar que mi fortuna era mucho menor de lo que en realidad es. Mas, ¿qué me importan ahora? Mi hijo regresa y está a punto de llegar. Él recibirá mi fortuna visible. Que descubra el lugar donde tengo escondido el tesoro ignorado de la gente, si tiene iniciativa. Si alguna cosa impidiese el regreso de mi hijo, entonces la tarea será de mi sobrino.

Farland Tracy movió la cabeza en señal de desaprobación. Este método extraño de manejar una vasta fortuna, le parecía escandaloso al abogado.

Observó:

—Supongamos que su hijo, o su sobrino, no tienen iniciativa; ¿qué sería entonces de esa fortuna?

—Permanecería donde está—repuso sonriente el anciano—. ¿Por qué no? Mi heredero no la merecería en tal caso. Mas no tema esa eventualidad, Tracy. Usted simplemente se preocupará de mis fincas y del dinero que aparezca en las cuentas corrientes en mis Bancos. El resto se cuidará por sí mismo.

La mirada del millonario se tornó profética.

Farland Tracy se asombró al ver el cambio en los ojos tristes del anciano.

Escuchó mientras Boswick hablaba con voz remota.

Vaticinó:

—Mi hijo regresará. Ahora estoy seguro de ello. Encontrará la fortuna que legítimamente es suya. Mi sobrino vivirá de la renta que le he asignado. Estoy seguro de esto, Tracy—añadió—. Tan seguro como estaré muerto cuando mi hijo Carter llegue a Nueva York. He trazado mis planes, que se realizarán, no importa quién se oponga a ellos.

El anciano se apoyaba débilmente en la mesa de escritorio. Con una mano hizo un movimiento leve para indicar que la entrevista había terminado.

Farland Tracy se levantó y estrechó la mano del anciano. El rostro del abogado mostraba una expresión de intranquilidad.

Ni Tracy ni Boswick oyeron el ligero movimiento que ocurrió fuera de la puerta del estudio.

Drew Westling, oyendo unas pisadas en la escalera, se había

dirigido con premura hacía un extremo del pasillo.

Sonó un golpe en la puerta, seguido de la voz calmada de Headley, el mayordomo.

El anciano señaló hacia la puerta. Farland Tracy dio la orden de entrar. El mayordomo penetró en el estudio.

Anunció:

—El coche del señor Tracy ha llegado, señor.

—Buenas noches-dijo Houston Boswick—. Recuerde lo que le he dicho, Tracy. Confío en usted.

—Lo recordaré —replicó el abogado.

La última mirada que Farland Tracy dirigió a Houston Boswick, observó que se había desplomado sobre la mesa de escritorio y que Headley se inclinaba gravemente preocupado sobre el millonario.

Descendiendo la escalera, el abogado empezó a creer en la declaración del anciano, de que su muerte estaba cercana.

No había señal de Drew Westling por el lúgubre primer piso. Farland Tracy se puso el sombrero y el gabán y salió de la casa. Encontró a su chofer Holland, de pie junto a la puerta del automóvil. El abogado se metió precipitadamente en el coche para escapar de la llovizna. Ordenó que le llevase a su casa.

Unos hombres que acechaban salieron del lado del pórtico, cuando el automóvil se hubo marchado. Llegaron al jardín, donde se detuvieron unos minutos.

Dijo una voz en la oscuridad:

—Muy bien, Scully. Ha terminado la faena esta noche. Puedes marcharte. Yo me iré solo.

—Bien, «Fullero». Ya me figuraba que toda espera sería inútil.

La figura de Scully avanzó por la calzada y se hundió en la niebla.

«Fullero» permaneció allí, esperando alguna señal de la casa. Finalmente siguió el mismo camino que su compinche.

Una figura borrosa emergió del refugio del pórtico. Era la misma figura vaga que se asiera a la pared, en la parte exterior de la ventana del estudio de Houston Boswick. Cual un fantasma siguió la pista de «Fullero».

La Sombra seguía al jefe de los dos espías. Desapareció en la oscuridad, siguiendo a un hombre que llevaba unos fines siniestros. Silenciosa y misteriosamente, el rey de la noche perseguía a un

criminal.

La luz se extinguió encima del pórtico de la mansión de Houston Boswick.

El viejo caserón destacábase tétrico y aislado en medio de la llovizna. Sus ocupantes ya no interesaban esta noche a La Sombra.

Unos espías habían estado vigilando sin que nadie les molestase. Su labor pertenecía al futuro. Eran agentes de un hombre que fraguaba un crimen; y se habían retirado.

La Sombra había surgido de la noche; y a la noche había regresado.

¡Un espía conducía al rey de la noche hacia una guarida siniestra, donde un criminal de altos vuelos esperaba!

CAPÍTULO III

EL JEFAZO

—“FULLERO” Lodi está afuera.

El hombre que dio la orden estaba sentado en un lujoso butacón, en un rincón de un suntuoso piso. Sus palabras fueron pronunciadas en un tono sin matices, áspero, en consonancia con su jerarquía.

Pues el individuo que hablaba era nada menos que Hub Rowley, famoso jugador y gangster, un hombre que sentía un profundo desprecio por la Ley y había reunido una fortuna considerable; cuya astucia le había permitido mantenerse al margen de las redes de la policía.

Allí, en sus habitaciones del piso veinte del hotel Castellano, Hub Rowley vivía como un príncipe. Las puertas de su piso estaban lujo la jurisdicción de Twister Edmonds, el guardia de corps de Rowley. El magnífico departamento ocupaba medio piso.

Vestido con una bata de colores chillones, un cigarrillo en la mano y una copa medio vacía encinta de la mesa que tenía al lado, Hub Rowley presentaba el aspecto de un caballero.

Su rostro endurecido, labios gruesos y cejas negras y espesas, señalaban que era otra persona muy distinta. Sin embargo, Hub quería mantener la ficción.

Se consideraba un aristócrata, aunque ostentaba la señal del hampa.

La puerta abrióse y Twister, un sujeto delgado que miraba de soslayo introdujo al visitante.

«Fullero», que llevaba puesto un impermeable chorreando y en la mano un sombrero también chorreando, llegó a presencia de su jefe.

“Fullero” era un subordinado apropiado para un jefe como Hub

Rowley.

Rechoncho y agudo de vista, era un sujeto más bien organizador que hombre de acción; sin embargo su aspecto parecía más bien el de un criminal endurecido.

—Hola, «Fullero»—saludó Rowley, en tono calmoso.

—Hola, Hub-fue la respuesta—. No hay nada que hacer esta noche.

—Me lo suponía-observó el jefazo—. Llama a Twister. Te servirá una copa. Me parece que te sentará bien, a juzgar por tu aspecto de perro de aguas.

Twister, asomando la cabeza por la puerta, oyó la orden y reapareció con presteza.

«Fullero» Lodi tiró su impermeable y su sombrero encima de una mesa y arrastró una butaca hacia Hub Rowley: Ambos hombres observaron a Twister mientras éste descorchaba una botella y servía una copa al visitante.

Eran esos pequeños incidentes lo que atraía la atención de los tres maleantes.

Por tanto, no fue sorprendente que ninguno de ellos, observase lo que sucedía en la puerta entornada mientras se ocupaban de las botellas.

Allí, procedente de la oscuridad de la habitación exterior, surgió una figura elevada que se detuvo al aparecer en parte a la vista. Unos ojos fulgurantes se clavaron en los tres criminales, que miraban hacia otra parte. Esos mismos ojos observaron unas cortinas que conducían a otra parte del aposento.

No hubo un instante de retraso. La alta figura vestida de negro penetró audazmente en el aposento de Hub Rowley. La Sombra quedó oculto a la vista; luego con paso rápido y silencioso, deslizóse hacia las cortinas, tras las cuales reinaba una oscuridad total.

Fue un acto de audacia, que tuvo éxito tan sólo por la fracción de un segundo.

Hub Rowley, levantando la vista, notó que la puerta estaba entornada.

Emitió un gruñido de desaprobación al girar la vista en torno del aposento, deteniéndose en las cortinas, un segundo después que La Sombra desapareciera tras ellas.

—Cierra esa puerta, Twister-ordenó—. Quédate fuera. Te

llamaré cuando te necesite.

Twister entregó la copa al visitante y obsequiosamente obedeció la orden de su jefe. Unos instantes después, Hub Rowley y su visitante se hallaban solos en la habitación, sin sospechar que un misterioso personaje, escondido tras las cortinas, escuchaba la conversación.

Gruñó el jefazo:

—No tienes que dar ningún informe, ¿eh?

Respondió «Fullero».

—Únicamente que un sujeto fue a visitar al viejo, a eso de las nueve. El individuo se marchó a las diez. Me dijiste que una persona iría allí y que estuviese vigilando hasta su partida. Entonces sería el momento en que recibiría yo una señal; mas ésta no se produjo.

—Dudaba que te hicieran esa señal —declaró Rowley, en tono calmoso—. En realidad, tenía la seguridad de que no te necesitaría esta noche. De todos modos, me interesaba que estuvieses allí, en caso de que...

«Fullero» movió la cabeza en señal de asentimiento.

Afirmó:

—Por mi parte, muy bien. Scully se enfadó porque se estaba mojando con la lluvia. Le dije que eran gajes del oficio. Le despedí cuando me pareció que no había nada que hacer.

El gangster hizo una pausa, midiendo sus palabras:

—Escucha, Hub. ¿Quién era el pájaro que fue a visitar al viejo? No te lo preguntaría si no fuese alguien que yo he visto antes...

—No hay motivo para que no lo sepas interrumpió Rowley—. Era Farland Tracy, el abogado de Houston Boswick.

Exclamó «Fullero»:

—¡Ahora lo recuerdo! Era el individuo que vino a verte acerca del joven Westling, el sobrino de Boswick; la vez que el muchacho perdió diez mil dólares en tu tugurio, cuando...

—Di la casa de juego de Luis Gurtz-corrigió Hub, con frialdad.

—Sí, cierto, la casa de juego de Gurtz-repitió «Fullero», con una sonrisa humilde—. Siempre la llamo de esa manera, Hub, excepto cuando hablo contigo. Ahora recuerdo a Tracy. Vino a verte para recuperar el pagaré de Westling, ¿no es verdad?

—Sí-reconoció el jefazo—, pero aun tengo ese pagaré; Westling

se encontró en un aprieto y fue a ver al abogado de su tío. Cuando Tracy me visitó, me pidió que no apretara los tornillos al muchacho. Calculé que si le apretaba demasiado, el viejo le echaría a la calle. En consecuencia, hablé con Westling.

«Eso le pareció al muchacho también. Y si el tío lo tiraba a la calle, yo no cobraría. Por ese motivo, conservo en mi poder ese pagaré y al muchacho hasta que llegue un momento oportuno, eso es todo. Ya he hecho esto en otras ocasiones.

—¿Qué dijo el abogado?

—Pues que le habría gustado recuperar ese documento. Tengo unos cuantos más de Westling. En total unos veinte mil dólares; esto es lo que el muchacho debe.

—No tendrá nunca dinero para pagar esa deuda.

—Eso me dijo el abogado. Pero yo hablé con Westling. La fortuna de su tío pasará a otras manos uno de estos días. Veinte mil dólares, con un buen interés.

—Me parece que tienes la operación muy segura, Hub—observó «Fullero», con admiración—. Pero, escucha, si la «pasta» está segura, ¿de qué sirve registrar la casa durante la ausencia del viejo?

—“Fullero”—observó Hub, en tono de aprobación—; a veces no es prudente saber demasiado. Esto se refiere a ti. ¿Comprendes? No obstante, para darte una satisfacción, te ruego que recuerdes mi táctica referente a todos los pagarés que poseo. ¿Qué hago cuando no me pagan unos?

—Te lo cobras.

—Exacto. ¿Me limito a la cantidad señalada en el documento?

—No. Te cobras bastante más.

—¿Cuánto más?

—No tienes límites. Lo que puedas sacar.

—En efecto —concluyó Hub—. Westling no pagó. El abogado del tío me dijo que éste no pagaría. El viejo posee cierta “pasta” de la cual yo estoy bien informado. Es probable que Westling la herede más adelante. Si puedo apoderarme de ella ahora, lo haré. Si no es posible ahora, la conseguiré cuando Westling la tenga. Cuanto antes, mejor; eso es todo.

Sucedió un silencio. “Fullero” Lodi comprendió la agudeza de las palabras de Hub Rowley. La banda invadió la casa de Houston Boswick hacía unos días. El registro no dio ningún resultado.

Pero «Fullero» veía las posibilidades. Era seguro que Hub Rowley sospechaba que el viejo había escondido una fortuna y abrigaba la intención de apoderarse de ella.

El pistolero se encogió de hombros al pensar en Drew Westling. El joven era un sujeto débil y un despilfarrador. ¿Cómo se opondría a las pretensiones de Rowley? En realidad, Hub le obligaría fácilmente a hacer lo que él quisiera.

Recordó las medidas que el jefazo adoptara en el pasado, en diversas ocasiones. Había hecho «cantar» a sus víctimas; había traicionado a sus amigos; había recurrido a todos los medios para obligarles a pagar sus deudas de juego.

El teléfono sonó mientras estaba entretenido en este soliloquio. Hub Rowley levantó el receptor y habló quedamente en la bocina. «Fullero» escuchó atentamente.

—Aló... Sí... —La voz de Rowley sonaba impasible—. Sí... Me lo imaginaba... Nada nuevo ¿eh? ¿El viejo está muy enfermo?... ¿Su hijo regresará pronto?... ¿Cuándo?... ¿Dónde está...?

Las espesas cejas de Rowley se enarcaron con un aire de consternación. No le gustaba la noticia del regreso de Carter Boswick.

«Fullero» Lodi había supuesto, lógicamente, que el término «viejo» se refería a Houston Boswick.

—Muy bien... —Rowley continuaba hablando—. No te preocupes... Sigue la misma táctica... Yo continúo reteniendo esos pagarés hasta el día que pueda redimirlos, eso es todo... Sí, sí, comprendo... Si el hijo se enterara, como insinuó el viejo, le dejará a usted sin un céntimo... En efecto, hay maneras de abordar el problema... Salió de Montevideo, ¿eh?... ¿En qué barco?... Sí... en la “Estrella del Sur”. En la Habana... No diga ni una palabra... Déjelo de mi cuenta...

Hub Rowley terminó su conversación y depositó el receptor encima del gancho. Contempló pensativo a “Fullero” Lodi; luego formuló una pregunta:

—¿Te gustaría jugar a bordo de un barco otra vez, Lodi?

—No me agradaría —repuso «Fullero», suavemente.

—Ahí es donde te dieron tu apodo, ¿no es cierto? —murmuró Hub—. “Fullero” Lodi, el jugador más tuno de todo Nueva York. El jugador de poker más hábil...

—Pero no tengo deseos de volver a «operar» en los barcos, Hub. El jefazo sonrió.

—En una ocasión te escapaste por milagro, ¿no es verdad? —preguntó—. Te conocen demasiado, ¿eh? Jugar al faro en una casa de juego es mucho más saludable, ¿eh?

—Me conocen en todos los barcos de pasajeros que van y vienen de Europa. No han podido probarme, nada y jamás me pillaron en una trampa; pero el nombre de «Fullero» ha quedado. Si intentase repetir esas operaciones a bordo de un barco, sería suicidarme...

—¿Y si «operases» en los barcos que hacen la línea de Sudamérica?

—No hay dinero en ellos.

—¿Pero te conocen?

—No. Estaría seguro a bordo de uno de esos barcos. Pero no encontraría a nadie a quien «desplumar», como no fuese algún embajador o potentado sudamericano.

—Creo que un viaje a bordo de esos barcos te sentaría muy bien —dijo Rowley, con una sonrisa—. Simplemente para probar. Supón que te marchas en avión a La Habana. Recoges a algunos amigos allí y les invitas a venir contigo a Nueva York, por barco.

—¿En cualquier vapor?

—No. No en cualquiera, «Fullero». En un vapor determinado, en «La Estrella del Sur», de la línea Panorama.

Hub Rowley continuó sonriendo mientras «Fullero» Lodi comprendía de repente la proposición. El jugador relacionaba esta sugerencia con la conversación telefónica del jefazo.

La sonrisa desapareció y Hub Rowley habló entonces en tono enfático.

—Escucha, «Fullero» —dijo—. Tengo una faena importante para ti. Cuento contigo para llevarla a cabo y te voy a explicar los motivos. No digas a nadie una palabra de lo que voy a confiarte.

«Yo no realizo más que operaciones de importancia. No suelo meterme en negocios mezquinos. La operación que yo hago, la hago bien. ¿Comprendes? Esto basta para que sepas que en este negocio del viejo Houston Boswick, no pretendo ganar un puñado de calderilla. Trato de realizar una suma importante y no tengo inconveniente en que lo sepas.

“Tenía el negocio planeado perfectamente. En primer lugar, el

viejo estaba ausente y a punto de morir ahora que ha regresado. Tenía al joven Westling en mi poder, de forma que no podía moverse. Pero no he logrado localizar la cosa que busco. Tenía el propósito de apoderarme de la «pasta» enseguida, aunque después se promoviera un escándalo. He visto demasiados planes bien trazados, estropearse por una racha de mala suerte.

»Precisamente ahora se ha presentado el contratiempo, que puede desbaratar mi combinación. Esto prueba que mi presentimiento no estaba desprovisto de fundamento. Tengo noticias de que Carter Boswick, el hijo del viejo, está en camino de regreso a Nueva York. Hacía tanto tiempo que se marchó, que se suponía que habría muerto. Si llega a Nueva York, Westling no heredará lo que se esperaba. No tendrá dinero para pagar y yo no tendré la posibilidad de apoderarme de la «pasta» si no peleo por ello.

Hizo una pausa y añadió:

—Carter Boswick. Ese es el nombre del hijo. Viene en el vapor «Estrella del Sur». Debe llegar a Nueva York el día veinte; y el barco hará escala en La Habana. Tú vendrás también en ese barco—la voz se tornó suave y firme—, pero Carter Boswick, no. ¿Me entiendes ahora?

—Ya la creo —respondió su compinche, moviendo la cabeza lentamente—. Pero tú conoces mi especialidad, Hub. Yo sirvo para una mesa de juego...

—Pero no para manejar una pistola, ¿eh?

—Tampoco soy manco en eso—repuso «Fullero» precipitadamente—, pero tal vez no sea un as y, además... a bordo de un barco...

Hub Rowley se inclinó hacia delante, chispeantes los ojos.

—Has oído lo que te he dicho, “Fullero” —insistió—. Búscate algunos amigos. Invítalos a bordo. Tú desempeñas el papel del jugador solitario... Y si te vigilasen, aún sería mejor. Te deja al margen de lo que pueda ocurrir.

—Quieres decir que los otros...

—Ciertamente. Pero quiero que estés allí para asegurar la operación. Sabes manejar a Scully y a otros pistoleros como él, ¿no es verdad? Pues, bien, esto es lo mismo, aunque de modo diferente.

—Perfectamente, Hub—asintió el subordinado, en tono de alivio—. Esto no será muy difícil... Necesitaré «pasta»...

—Te voy a dar veinte mil dólares...

—Y tendré que partir en seguida para La Habana...:

—Por avión, mañana por la mañana. Alquila a tus pistoleros allí. La Habana está llena de ellas. Aquella gente está aprendiendo de Chicago. Hace poco «liquidaron» con ametralladoras á un personaje amigo del presidente.

—Déjalo de mi cuenta, Hub.

El jefazo sonrió ampliamente esta vez.

La sonrisa mostró su dentadura de oro. Rowley sacó una cartera de su bolsillo y contó un fajo de billetes que entregó a “Fullero” Lodi.

El antiguo jugador tramposo comprendió que la entrevista había terminado.

Levantóse, cogió su sombrero y gabán y salió hacia la antesala, seguido de la mirada astuta de Hub Rowley.

Transcurrieron varios minutos.

El jefazo terminó su copa y se levantó de su butaca. Cruzó el aposento en dirección de una puerta situada frente a las cortinas colgantes. Entró en un cuarto contiguo y luego llamó en voz alta a Twister Edmonds.

El individuo que le servía de guardia personal llegó del coarto exterior y reunióse con su jefe.

El camino hacia la puerta quedó libre. La negrura del otro lado de las cortinas colgantes pareció moverse. Como si fuese un acto de brujería, convirtiéndose en una figura vertical, en la elevada figura de un ser fantástico vestido de negro.

Tan silenciosamente como entrara, La Sombra partió cruzando la sala de recibo y entrando en el cuarto exterior que daba acceso a la puerta del departamento. «Fullero» Lodi se había marchado; y La Sombra le siguió.

Posteriormente a esta extraña escena, ocurrió otra cosa singular en una agencia donde los viajeros por avión reservaban sus asientos. El empleado que salía de servicio, hizo un comentario al que le relevaba.

—Es extraño cómo vienen en el último momento, a veces-observó—: Por ejemplo, mira ese avión que sale para La Habana. Creíamos que llevaría poco pasaje este viaje. Pues bien, en menos de media hora dos pasajeros han sacado billete.

El nuevo empleado miró la lista. Vió los nombres inscritos. Uno era Antonio Lodi; el otro, Lamont Cranston. Esos nombres no significaban nada para el escribiente. Encogióse de hombros e inició su trabajo.

Sin embargo aquellos dos nombres tenían un significado peculiar.

El primero era el hombre verdadero de un criminal; el segundo, la identidad fingida de un misterioso personaje, que había declarado una guerra implacable a todos los delincuentes, grandes y pequeños.

«Fullero» Lodi dirigíase rumbo a La Habana. Su avión partiría mañana. A bordo del mismo aeroplano-sin saberlo ni reconocerlo el agente de Hub Rowley-se encontraría el personaje que el mundo del hampa temía.

¡La Sombra, el terror del hampa, dirigíase, como «Fullero» Lodi, hacia La Habana!

CAPÍTULO IV

EN LA HABANA

“FULLERO” Lodi, sicario versátil de Hub Rowley, era un individuo de cualidades camaleónicas. Su habilidad para cambiar su aspecto físico era extraordinaria, a pesar de sus límites; pero su aptitud más marcada consistía en la facilidad con que se adaptaba a cualquier ambiente.

Durante un período había vivido magníficamente, mediante sus actividades en el juego a bordo de los transatlánticos. Con frecuencia había recurrido al disfraz, hasta que sus diversos artificios fueron conocidos.

Después se había aclimatado a la vida rutinaria de croupier, en una de las diversas chirlatas de Hub Rowley. Finalmente, el jefazo le había ascendido al cargo de lugarteniente de una pandilla de pistoleros. Había servido con este carácter durante sus actividades en la casa de Houston Boswick.

Ahora, en calidad de embajador, Había sido mandado a realizar una misión que empezaba con el vuelo del avión de Nueva York a La habana. En el momento de su partida, ostentaba un bigotito plano encima de su labio superior. Desde el instante en que saliera del departamento de Hub Rowley, había prestado especial atención a tal adorno.

Quizá el efecto del clima tropical, contribuyó al rápido crecimiento de pelo en el labio superior del jugador. Tal vez fue debido al uso juicioso de un tinte oscuro y un poco de cera; sea lo que fuere, a los tres días de su llegada a la capital de Cuba, poseía un bigote con extremos puntiagudos.

Ahora, de pie en el umbral del magnífico Gran Casino, tenía el aspecto de un concurrente habitual de las salas de juego palaciegas.

Su ojo agudo e intuitivo vigilaba a la brillante concurrencia, que se agolpaba en torno de las mesas de ruleta. Observaba a la gente, no el juego; aunque cualquiera que le hubiese visto, se habría figurado que estaba muy interesado en el modo cómo los banqueros recogían hábilmente, los montones de monedas que yacían encima de las mesas.

«Fullero» había pasado la mayor parte del tiempo en el Casino. Fue allí porque el lugar era el punto natural, de reunión de los aventureros que visitaban La Habana.

Con el ojo experto del jugador profesional, había estado buscando hombres cuyos rostros no eran más que una simple careta, tras la cual se ocultaba el cerebro de un tipo criminal.

No sólo había descubierto a tres individuos de esa calaña, sino que había trabado amistad con ellos.

El trío se encontraba reunido en el Gran Casino. Pero «Fullero» no los vigilaba esa noche. El agudo observador del bigotito había encontrado otro objeto de interés.

Observaba a un pequeño grupo de americanos que se divertían jugando a la ruleta. Eran pasajeros que habían bajado a tierra del vapor «Estrella del Sur», que atracara en el muelle de La Habana aquella misma tarde.

Habiendo zarpado de Montevideo con rumbo a Nueva York, el «Estrella del Sur», retrasado por una tormenta ecuatorial, no permanecería en el puerto de La Habana más que veinticuatro horas. El barco saldría por la tarde. En el intervalo, «Fullero» Lodi trazaba unos planes siniestros.

Un pasajero de entre los americanos del «Estrella del Sur», era el hombre que Lodi buscaba.

Este hombre, alto, vigoroso y juvenil, poseía las cualidades de un poderoso atleta. Tenía las facciones bien modeladas; ojos azules y cabello castaño.

«Fullero» había oído pronunciar el nombre del joven por dos de sus compañeros. Supo entonces que era Carter Boswick.

Uno del grupo hablaba al joven:

—Eh, Carter, vamos a largarnos de aquí. Vamos a la taberna de Pepe. ¿Vienes?

Carter Boswick sonrió y meneó la cabeza en señal negativa, mientras depositaba un montón de monedas sobre la mesa de la

ruleta. Observó:

—Me quedará todavía un rato. He apostado trescientos cincuenta dólares para probar suerte. He perdido la mitad; si los recupero o pierdo, me retiro. Os veré en el barco.

Tres minutos más tarde, los amigos de Carter Boswick se marcharon, dejándolo solo.

Completamente absorto en el juego de la ruleta, el joven permaneció allí un rato. Esta era la ocasión que «Fullero» Lodi esperaba.

Paseándose lentamente por la sala, el jugador se paró tres veces. Cada una de las veces habló en tono casual al oído de un hombre diferente. Luego, continuando su paseo, llegó a los jardines y siguió andando por el paseo que rodeaba el bello estanque, con su fuente central de bacantes-danzando.

En el lugar designado, encontró a tres hombres que lo esperaban. Todos vestían traje de etiqueta, lo mismo que el jugador.

Aunque apenas se conocían, esos hombres poseían mucho de común. Todos eran aventureros y «Fullero» Lodi no se había equivocado al juzgar que el crimen no les era extraño.

—Buenas noches-saludó—. Tengo que proponerles un negocio, señores. Les producirá a ustedes dinero con mayor rapidez, que una vuelta afortunada de la ruleta.

Unos ojos brillantes y unas miradas astutas aseguraron al jugador que los tres hombres estaban interesados.

—Mañana —continuó «Fullero»—, el vapor «Estrella del Sur» zarpa rumbo a Nueva York. Yo estaré a bordo de ese barco. Estoy dispuesto a sacar tres billetes de primera clase para tres caballeros como ustedes. Será un viaje delicioso...

Hizo una pausa para encender un pitillo.

Su rostro astuto apareció visible encima de la llama de la cerilla. Los hombres que escuchaban, observaron la sonrisa astuta que fruncía los labios debajo del bigotito negro y puntiagudo.

Prosiguió el jugador:

—Habrà otra persona a bordo. Este pasajero se llama Carter Boswick. Un yanqui que embarcó en Montevideo—. Hizo una pausa y añadió—: No me interesa trabar amistad con él, pero no tengo objeción a que mis amigos lo hagan por mí. Muchas cosas pueden resultar de una simple amistad. No objetaría si viese al señor Carter

Boswick subir a bordo del “Estrella del Sur” mañana por la tarde; Pero lamentaría infinitamente verle desembarcar del mismo barco en Nueva York.

La insinuación era clara. Los tres hombres comprendieron. Cambiaron miradas. Luego uno habló en voz baja: Inquirió:

—¿Qué oferta hace usted, señor?

«Fullero» se puso pensativo. Sus ojos giraron de repente, al imaginarse haber visto un ligero movimiento, junto a un arbusto situado a unos cuatro metros de distancia. Una segunda mirada le tranquilizó. Estaba seguro de que no podía haber nadie en la vecindad.

Una sombra negra y larga extendióse desde el arbusto, llegando a los pies del jugador. Mas éste no dio importancia al extraño fenómeno. Otras plantas de aquellos magníficos jardines arrojaban sombras silenciosas.

«Fullero» observó quedamente:

—Dos mil dólares para cada uno de vosotros, amigos. Dos mil dólares pagaderos inmediatamente después de...

El que formulara la pregunta asintió en silencio.

Otro del trío profirió una breve exclamación:

—¡Dos mil dólares! ¡Cuatro mil pesos!

Lodi sonrió satisfecho al oír estas palabras cuchicheadas. Estaba seguro de que aceptarían la oferta.

Anunció uno del trío:

—Estoy dispuesto, señor.

Los otros expresaron también su aceptación.

El jugador sonrió. Ahora estaba convencido de que estos individuos eran asesinos profesionales, lo cual ya se lo imaginaba. Quedaba por arreglar el pasaje. Iba a explicar este detalle, cuando uno de los tres hombres formuló una pregunta:

—Ese señor Carter Boswick, el sujeto a quien debemos encontrar, ¿estará a bordo del «Estrella del Sur»?

—En este momento se encuentra aquí.

—¿Dónde?

—En el Casino, jugando a la ruleta.

—¿Solo?

—Sí.

El mercenario soltó una risita siniestra al oír la respuesta. Hizo

otra pregunta:

—¿Le sería desagradable que el señor Carter Boswick se quedara para siempre en La Habana? ¿Lo sentiría usted sí esta noche...?

Los ojos del individuo chispeaban con una expresión maligna.

El emisario especial hizo una mueca significativa.

Continuó el sujeto que hiciera la siniestra sugerencia:

—¿Tendría la amabilidad de indicarnos quién es el señor Carter Boswick? Hay posibilidades en la ciudad de La Habana. Quizá aprovechemos alguna. Realicemos o no nuestro propósito, partiremos en el «Estrella del Sur». Si tenemos éxito, significará que Nueva York será preferible a La Habana, a pesar del clima. Si fracasamos aquí, buscaremos otra ocasión a bordo del barco.

—Vengan —dijo «Fullero».

Condujo al trío a lo largo del paseo, pasando delante del arbusto donde la sombra larga manifestábase aún.

La puerta iluminada del Casino atrajo la atención de los cuatro criminales.

Ninguno de ellos miró atrás. No vieron el movimiento que se produjo en la negrura junto al arbusto. Tampoco observaron la figura fantasmal que emergió de aquella zona de negrura.

Un ser de la noche seguía al cuarteto a lo largo de la avenida. La Sombra había oído las negociaciones. ¡El misterioso personaje estaba interesado también en los planes de «Fullero» Lodi!

En la puerta de la sala de juego, «Fullero» señaló con un gesto de la mano en dirección de Carter Boswick. El joven yanqui recogía unos montones de fichas que había ganado y disponíase a abandonar la sala.

Los tres sicarios del emisario de Hub Rowley se separaron, en diferentes direcciones, al parecer sin objetivo determinado. «Fullero», parado junto a la puerta, los observaba.

Sabía que cuando Carter Boswick se marchara, los tres mercenarios lo seguirían. Les había dado unas instrucciones finales y ellos pasarían por el Hotel Sevilla a recoger los billetes del barco.

No había presentado a los criminales, unos a otros; pero conocía sus nombres. Ninguno de ellos era cubano: todos eran sudamericanos.

Tomó una nota final de ellos: Casalta era el individuo picado de viruelas. Bolano el de las cejas espesas y mandíbula saliente.

Herrando el que formulara las preguntas, el de la sonrisa siniestra.

Mientras los observaba calmosamente, esos criminales parecían ser personas de holgada posición, y su aspecto de caballeros velaba por completo sus caracteres perversos.

«Fullero» se percató de repente que había otro hombre parado a su lado.

Volvióse y vio a un individuo de elevada talla, rostro severo y cincelado y nariz aguileña.

Reconoció a Lamont Cranston, un yanqui que viajara con él en el mismo avión que le condujo a La Habana.

Sonrió. Estaba seguro de que Cranston no le reconocería.

El yanqui iniciaba una conversación casual, con un amigo cubano en el instante en que «Fullero» se volvía. El jugador los oyó.

—¿Dice usted que mañana sale un barco para Nueva York? —preguntaba Cranston—. Me extraña. No lo vi anunciado.

—Es un barco que ha llegado de Montevideo—replicó el cubano—. El «Estrella del Sur», de la línea Panorama. Si desea regresar por mar a Nueva York, puede usted sacar pasaje en ese barco.

—Magnífico —observó Cranston—. Me parece que lo haré. Muchas gracias por su indicación.

El lugarteniente de Rowley no se preocupó más de la conversación que acababa de oír. Dirigió una mirada final hacia Lamont Cranston, y alejóse.

Si el jugador hubiese mirado hacía el suelo, habría recibido una sorpresa, pues la sombra que arrojaba Lamont Cranston era muy parecida a la que poco antes se extendiera desde el arbusto de los jardines.

Aquella silueta, solo era la característica que señalaba a Lamont Cranston, indicando que él era el invisible observador que escuchara la conversación sostenida entre Lodi y los tres sudamericanos.

Ese hombre que se llamaba Lamont Cranston, era realmente el misterioso personaje conocido por el nombre de La Sombra.

Observando atentamente la mesa de la ruleta donde Carter Boswick había estado jugando, Lodi no se percató de que él mismo también era objeto de observación. En todas las ocasiones en que visitara el Gran Casino, había estado sometido a la vigilancia de los ojos que ahora le espiaban, ¡de los ojos de La Sombra!

Carter Boswick se marchaba. Se sentía satisfecho de haber recuperado su dinero. Pasó a dos metros de «Fullero», sin mirar en la dirección del jugador.

El emisario de Rowley observó que el trío de asesinos seguía al joven yanqui. Casalta, Bolano y Herrando, éstos eran los sicarios que trabajarían para él esa noche. Desaparecieron en la misma dirección que Carter Boswick había tomado.

Una sonrisa de triunfo frunció los labios de «Fullero».

El jugador no observó que Lamont Cranston también había abandonado la sala de juego. Por tanto, no tenía motivo para sospechar que a sus mercenarios les esperaba un peligro.

Ignoraba que el siniestro trío que seguía los pasos del joven yanqui era a su vez seguido. Delante del Gran Casino, una figura fantasmal se había materializado en el momento en que los tres criminales se alejaron.

La alta figura de Lamont Cranston se había metido en un lugar solitario, sin ser visto. Ahora, al emerger, ya no era un hombre vulgar.

¡La Sombra, rey de la noche, era el ser que seguía los pasos de los mercenarios asesinos alquilados por «Fullero» Lodi!

CAPÍTULO V

EL PODER DE LA SOMBRA

SI Carter Boswick no hubiese tenido un temperamento aventurero, quizá habría evitado los peligros de aquella noche en La Habana.

Su primer impulso, al salir del Gran Casino, fue regresar a bordo del «Estrella del Sur». Mas al llamar un taxi que esperaba, se le ocurrió de pronto que era muy temprano.

No tenía deseos de reunirse con los otros americanos en una taberna como la de Pepe, frecuentada sólo por cubanos; pero tenía ganas de ver la vida nocturna de La Habana.

Hablando en un español correctísimo, dirigió unas preguntas al chofer antes de subir al vehículo. El cubano señaló y movió la cabeza en señal afirmativa.

¿Al señor americano le gustaría visitar un lugar donde los turistas no tenían la costumbre de ir? Perfectamente; lo llevaría a un sitio. Visitaría el antiguo Club Barcelona —en otra época una de las casas de juego más aristocráticas de la ciudad—, convertido ahora en un lugar donde se fraguaban proyectos revolucionarios.

Apenas se había puesto en marcha el taxi, cuando un hombre salió de la obscuridad y llamó a dos más que se hallaban a corta distancia. Herrando llamaba a sus compañeros.

En unas cuantas palabras rápidas y breves explicó lo que había oído: el destino de Carter Boswick. Los dos compinches saludaron con amplias sonrisas la revelación.

Llamando otro taxi, los tres bandidos subieron y ordenaron al chofer que los condujese al Club Barcelona, en la parte antigua de la ciudad. No había nadie a la vista cuando Herrando dio la orden, pero las palabras fueron pronunciadas en voz bastante alta, para ser oídas en la obscuridad del otro lado de la acera donde el taxi había

estado parado.

Entretanto, Carter Boswick, que iba en el coche de delante, encontraba el viaje muy interesante. Después de atravesar varias avenidas, el taxi entró en un barrio de calles estrechas y tortuosas, entre edificios antiguos y pintorescos.

Habituado a la vida de Sudamérica y conocedor de las ciudades de Buenos Aires y Montevideo, Carter Boswick no sentía el menor temor de visitar un distrito tan poco frecuentado por los americanos. Cuando su taxi se detuvo delante de un pasaje abovedado, cuya entrada estaba cerrada por unas verjas de hierro, el joven sintió la llamada de lo extraordinario.

El chofer habló a un hombre que estaba parado junto a las verjas. Explicó que ese yanqui deseaba entrar. Carter habló también unas palabras. Las verjas se abrieron y el joven atravesó el pasaje y penetró en un patio donde había una fuente en el centro.

Dirigiéndose hacia el otro lado de la fuente, ascendió unos escalones y llegó a una sala espaciosa que en otros tiempos debió ser la sala de juego principal del club. Estaba rodeada de unos reservados y en la parte central veíanse varias mesas esparcidas. El local se había convertido en un restaurante.

Carter tomó asiento en una de aquellas mesas y observó a la concurrencia.

Los rostros sórdidos indicaban que eran miembros de los bajos fondos de La Habana, pero mezclados con ellos veíanse algunas personas de categoría más elevada.

El joven observó que las personas más respetables estaban en los reservados.

Recordó que el chofer le había dicho que era un lugar de conspiraciones.

Evidentemente se toleraba el establecimiento, porque la Policía podía vigilar a las personas sospechosas que lo frecuentaban. Carter sabía que Cuba era una república donde corrían aires de revolución. Se imaginó que algunos de los concurrentes eran confidentes.

Le pareció que estaba sentado en el cráter de un volcán. El menor incidente, un grito revolucionario, la acusación de un confidente de la Policía, una riña inesperada, sería suficiente para provocar un tumulto.

Observó una escalera en un lado de la sala. Partía de un rincón,

ascendía diagonalmente a lo largo de la pared y terminaba en una especie de balcón triangular. Vió allí unas cuantas puertas y se imaginó que señalaban las entradas de algunos comedores y salas de juego reservados.

Mientras el joven observaba atento cuanto le rodeaba, un español de aspecto importante entró y subió las escaleras. Unos instantes después, una pandilla de rufianes penetró en el establecimiento y se esparció por diferentes mesas.

Carter observó que el caballero entraba en una de las habitaciones del primer piso. Oyó unas palabras pronunciadas en otra mesa cercana. Supo entonces que el caballero era un ex senador que indudablemente conspiraba.

Había llegado para celebrar una reunión clandestina y aquellos rufianes constituían, evidentemente, su guardia personal.

Interesado en los murmullos que se levantaron en la sala, el joven no observó la entrada de tres hombres que se acercaron a su mesa. Componían el trío mandado por «Fullero» Lodi.

Los sujetos llegaron a una mesa, situada a corta distancia de donde Carter hallábase sentado.

Los murmullos iban acallándose cuando uno de estos tres hombres se levantó. Era Herrando, que se había constituido en jefe. Dirigiendo una mirada despectiva a la espalda de Carter, Herrando llamó la atención de varios concurrentes.

El joven yanqui, ignorante de la presencia de Herrando, observó que varios rufianes miraban recelosos en su dirección. Un instante después fue asido rudamente por un hombro y unas palabras acusadoras fueron silbadas en su oído.

—¡Un yanqui! ¡Bah!—. La voz de Herrando sonó siniestra—. ¡Tú eres un traidor! ¡Has venido a espiar...!

Carter se puso en pie de un salto. Lanzó un puñetazo en dirección del bandido haciéndole rodar por el suelo. Casalta y Bolano se abalanzaron sobre él.

A la luz borrosa de la espaciosa sala, Carter no distinguió sus rostros. Tan sólo comprendió que eran enemigos. Asiendo la mesita que tenía al lado, la arrojó contra el par de bandidos que retrocedieron tambaleándose. Luego echó a correr frenéticamente hacia la puerta, buscando una salida.

No era fácil huir. La rápida respuesta de Carter había hecho

exactamente lo que Herrando esperaba. Provocó una alarma, confirmando, al parecer, la verdad de la acusación.

Los dispersos rufianes se habían puesto en pie, dispuestos a interceptar la huida del joven yanqui.

Un machete relampagueó cuando uno de los gangsters cubanos, avanzó para poner término a la huida de Carter. Éste esquivó al rufián y le asestó un fuerte puñetazo en la mandíbula. El machete saltó de la mano del pistolero que rodó por el suelo y luego empezó a sacar un revólver del cinto.

Viendo su intención, Carter se le echó encima. La acción fue prudente. En el preciso momento en que el joven le arrebatava el arma al gangster, otros revólveres chispearon. Sonaron fuertes gritos. Varios hombres alarmados surgieron de los reservados, para unirse al ataque en el cual Carter Boswick era el punto central.

Levantándose, el joven yanqui apuntó y disparó sobre un rufián que le encañonaba. El tiro erró. Profiriendo un rugido, el pistolero puso el dedo sobre el gatillo.

Mas la detonación no surgió de la pistola del cubano. Partió de la puerta del patio. Fue el terrorífico estruendo de una pistola automática.

El cubano se desplomó sobre el suelo y los otros se volvieron rápidamente para ver el origen del inesperado ataque.

Enmarcado en el umbral aparecía una alta figura vestida de negro. Una figura siniestra, vistiendo una capa negra y flotante y un sombrero de alas anchas.

¡La Sombra había llegado a tiempo de salvar al sentenciado yanqui!

Ambas manos, enguantadas de negro, empuñaban una potente pistola automática cada una. Unos ojos fulgurantes aparecían bajo el sombrero flexible. La certera puntería de La Sombra, había puesto fuera de combate al atacante de Carter Boswick.

Comprendiendo que le había llegado una ayuda, el joven se tiró al suelo.

Agazapado, dirigióse hacia el rincón cercano.

La Sombra había desviado el ataque. Unos gritos feroces se elevaron cuando los rufianes y otros de su calaña volviéronse hacia el invasor. Relucieron muchos revólveres y sonaron varias detonaciones.

Las detonaciones de las pistolas automáticas del rey de la noche, resonaron por encima del estruendo. Largas llamaradas emergieron de las pistolas de cuarenta y cinco. Las armas enemigas parecían inútiles. Las balas se estrellaban contra la pared junto a La Sombra, pero su elevada figura parecía moverse de un lado a otro esquivando con sobrenatural precisión.

Los rufianes, que apuntaban precipitada y alocadamente, no tuvieron suerte; los que apuntaron más serenamente no lograron derribar a su adversario. Pues las pistolas certeras de La Sombra, dispararon sobre los criminales que intentaban asesinarle a sangre fría.

Los brazos que empuñaban las armas descendieron cuando los tiros de La Sombra les hirió. Asesinos de rostros siniestros, rodaron por el suelo ante el trueno de la furia de La Sombra.

La brevedad de la batalla fue sorprendente. La Sombra disparaba para herir, no para matar, lo cual produjo resultados rápidos. Los gritos de los heridos espantaron a sus compañeros.

Había varias puertas en la pared lejos del lugar donde La Sombra estaba.

Percatándose del peligro que representaban las pistolas automáticas de La Sombra, algunos de los rufianes echaron a correr rápidamente buscando ponerse a cubierto.

La huida hizo que todo el mundo, contagiado de pánico, intentase escapar.

Muchos de los concurrentes del establecimiento, temían las consecuencias que podrían resultar, si se les descubriese allí.

Varios fugitivos huyeron hacia el sendero, que les conduciría lejos de la zona de peligro. Las pistolas de La Sombra hablaban tan sólo a intervalos, cuando algún rufián más osado volvía con el objeto, de intentar disparar sobre él.

De pronto los dedos enguantados de negro se abrieron. Las pistolas automáticas, terminados sus cartuchos, cayeron con estrépito al suelo. En un abrir y cerrar de ojos, aquellas manos se metieron bajo los pliegues de la capa negra y sacaron otro par de pistolas.

El gesto fue suficiente. Lanzando gritos frenéticos, el último de los fugitivos franqueó, volando, el umbral y no regresó.

No obstante, tres hombres habían esquivado los tiros de La

Sombra. Eran los tres mercenarios de «Fullero» Lodi. Frustrado su primer ataque contra Carter Boswick, el trío había dejado al joven yanqui en manos de los rufianes.

Al intervenir La Sombra, Herrando temió al instante las consecuencias del tumulto que había provocado. Haciendo un gesto rápido á Casalta y a Bolano, alcanzó la escalera y los otros dos le siguieron.

Los tres bandidos esperaron. Hallábanse solos, pues existía otra salida en el segundo piso; y cuantos se encontraban allí, la utilizaron. El trío permaneció allí, empuñando revólveres, esperando un momento oportuno.

Carter Boswick, arrimado a la pared, abajo, no presentaba el blanco que los tres rufianes deseaban; mas una casualidad le puso al alcance.

Cuando el último de los concurrentes fugitivos desaparecía por las puertas traseras, sonaron unos pitos en la calle, delante de las verjas. Los estridentes silbidos señalaban la llegada de la Policía.

Carter Boswick, obedeciendo a un impulso, buscó una salida rápida.

Acercóse de un salto a la escalera y empezó a subir presuroso, al mismo tiempo que lanzaba un grito de aviso al hombre vestido de negro que le salvara y se hallaba junto a la puerta trasera.

Los ojos de La Sombra relampaguearon al mirar hacia arriba. Vió la intención del joven y comprendió que deseaba indicarle una vía de escape. La risa del rey de la noche, resonó por todos los ámbitos de la sala, en un tono de triunfo frente al peligro. Para La Sombra, la irrupción de la Policía no era una amenaza mayor que la huida de los cobardes que ahora corrían. Mas en el júbilo del hombre de misterio había una nota que indicaba algo más.

Sus ojos sagaces observaron que aunque Carter Boswick se creía a salvo y temía por la suerte de La Sombra, era él precisamente quien iba a encontrarse en peligro.

Tres figuras se incorporaban para interceptar el paso del joven yanqui.

Delante hallábase Herrando; tras él, dispuesto a ayudarle en el asesinato, Casalta y Bolano.

Al llegar a lo alto de la escalera, Carter Boswick se detuvo en seco. Ante sus ojos aparecía el reluciente cañón de un revólver.

Herrando, apoyado fríamente en la baranda, estaba a punto de disparar un tiro mortal.

Carter empuñaba un revólver, el arma que arrebatara al rufián a quien derribara en el combate. Era demasiado tarde para usar el arma ahora. Se había topado con una muerte segura.

El cañón del revólver amenazador estaba a un metro de su cara. ¡Y La Sombra, su salvador, hallábase a muchos metros de distancia, junto a la puerta de la calle!

Instintivamente, el joven comprendió que su misterioso salvador no podía ayudarle ahora, debido a la distancia en que se encontraba. La misma idea se le ocurrió a Herrando. Esto explicaba la audacia del sudamericano.

Mas ni Carter ni Herrando habían contado con el poder de La Sombra.

En aquel momento de tensión en que el dedo de Herrando vacilaba sobre el gatillo, la mano de La Sombra actuó. La misma mano había levantado su pistola automática, al tiempo que el hombre de misterio que la empuñaba alzaba la vista.

La pistola automática habló. Un solo disparo.

El cuerpo de Herrando se retorció. Un grito surgió de los labios del asesino, que se desplomó sobre la balaustrada. El parapeto osciló bajo el peso. La madera podrida crujió; la barandilla se rompió y Herrando cayó, con un grito penetrante, de cabeza al suelo del piso de abajo.

El tiro de La Sombra desmoralizó a los otros dos rufianes. Casalta y Bolano no esperaron a saber la suerte de su compinche. El golpe inesperado era una prueba convincente del poder de La Sombra, aun a distancia.

Carter Boswick, levantando su revólver al mismo tiempo que Herrando caía, constituía también un peligro. En lugar de empuñar sus armas, los dos sudamericanos, se precipitaron frenéticamente por la puerta de una habitación que había detrás de ellos. El joven disparó unos tiros fútiles sobre los fugitivos.

Una vez que los asesinos hubieron desaparecido, Carter miró hacia abajo con el objeto de ver lo que su misterioso salvador iba a hacer. Vió un brazo negro levantado y un dedo apuntando, ordenándole que siguiera la misma ruta que los fugitivos habían tomado. El joven titubeó un instante; luego, como el dedo severo

continuaba apuntando en la misma dirección, obedeció.

Encontró que la habitación donde sus enemigos habían entrado, tenía una abertura que daba a un pasillo exterior. Siguió este camino y llegó a una escalera. Esta le condujo a una puerta que daba a una calle estrecha y desierta.

Por allí se marcharon todos los que se encontraban en el primer piso. No quedó nadie en aquella vecindad. No había llegado la Policía aún.

Guardándose el revólver, Carter Boswick echó a andar velozmente, confiado en que llegaría al «Estrella del Sur» sin ser molestado.

En la sala principal del Club Barcelona, La Sombra había quedado solo. Las verjas de hierro sonaron con estrépito, cuando la Policía intentó penetrar en el patio. Metiéndose calmosamente su par de pistolas automáticas debajo de los pliegues de su capa, el rey de la noche dirigióse hacia el lugar donde Herrando yacía tendido.

El asesino estaba muerto. El certero y oportuno disparo no le había matado; pues fue hecho con la intención de impedir que el asesino usase su arma, y La Sombra escogió el hombro como lugar más accesible. Pero la caída desde el balcón terminó la obra del rey de la noche.

Sonó un estruendo terrible a lo lejos, cuando las verjas de hierro se rompieron ante los ataques de la Policía enfurecida. La risa de La Sombra pareció unirse con los ecos del estruendo. La Sombra tenía motivos para no querer que la Policía conociese su presencia en aquel lugar.

Con la risa estridente brotando aún de sus labios, el luchador vestido de negro agachóse y levantó el cadáver de Herrando como si alzase el cuerpo de un niño.

Con el cadáver echado al hombro, La Sombra cruzó una de las puertas.

Cuando la Policía llegó un minuto más tarde, encontraron la sala desierta, excepción de unos cuantos heridos esparcidos por el suelo. Eran bandidos a quienes La Sombra, había imposibilitado de manera tan eficaz, que no pudieron unirse a los otros en la fulminante batalla.

El misterioso personaje se había marchado, sin dejar señal de su partida. Por alguna de las estrechas callejuelas de uno de los barrios

viejos de La Habana, se llevaba el cadáver de su última víctima.

El hombre de misterio había impedido un asesinato esa noche. Había derrotado a una banda de apaches cubanos y había infundido el terror entre las hordas criminales de la capital de la bella isla.

La obra del implacable perseguidor del crimen no había terminado. No había logrado evitar el peligro que se cernía aún. Cómo podría impedir el proyectado asesinato de Carter Boswick, era el problema siguiente que La Sombra debía afrontar.

Carter Boswick podría creerse a salvo a bordo del «Estrella del Sur». La Sombra conocía que se cernía aún un peligro sobre el barco durante su viaje a Nueva York.

¡Cuándo se presentase de nuevo el peligro, La Sombra, lo afrontaría!

CAPÍTULO VI

LA ESTRATAGEMA DE LA SOMBRA

EL «Estrella del Sur» navegaba rumbo al Norte.

En la primera noche de navegación, los pasajeros nuevos trababan amistades y los viejos renovaban las suyas. Únicamente los más acostumbrados a viajar por mar hallábanse en el salón de fumar, pues el tiempo era malo y el balanceo del buque desagradable.

Dos hombres, que al parecer se habían conocido a bordo casualmente, estaban sentados en un rincón del salón. Uno era Casalta; el otro, Bolano. Los dos rufianes habían sacado sus billetes sin comunicárselo a «Fullero» Lodi.

Era ese su primer encuentro a bordo y aun no se habían entrevistado con su jefe.

Bolano se llevaba una copa de coñac a los labios. De repente se detuvo y su mano tembló. Casalta miró en la dirección que seguían los ojos de su compañero.

Allí, acercándose a una mesa, se encontraba su compañero de la noche anterior: Herrando.

Los dos hombres reprimieron unas exclamaciones de asombro, cuando Herrando se reunió con ellos. Observaron que su compañero estaba pálido y que su brazo derecho colgaba rígido a su lado. Pero Herrando sonrió.

—¿Me creíais muerto, eh? —preguntó—. Os equivocabais, compañeros.

—Pero encajaste un tiro.

Herrando siguió sonriendo al oír la exclamación abogada de Bolano.

Respondió calmamente:

—En el hombro. Una herida sin importancia.

—¿Caíste por el otro lado de la barandilla?

—Sí. El porrazo fue mayúsculo. Pero no me maté.

—¿Y el entrometido aquel que había en la puerta?

—Huyó. La Policía llegaba. Yo también pude escapar. Tuve mucha suerte.

Sucedió una pausa.

Bolano y Casalta apuraron sus copas en silencio, admirados de la manera milagrosa como escapara Herrando.

Luego, su resucitado compañero habló de nuevo.

—He visto al señor Lodi-anunció tranquilamente—. Hablé con él hace una hora. Me dio un mensaje. No desea hablar con ninguno de nosotros, por el momento.

Sus dos compinches asintieron con la cabeza. Comprendieron que la medida era prudente.

Continuó Herrando:

—El tiempo está malo esta noche. El capitán me ha dicho que va a mejorar de un momento a otro. Por consiguiente, esta noche sería a propósito para... el accidente... que tenemos en proyecto. Estoy convencido de que el yanqui no nos reconocerá si nos mantenemos a distancia de él. Hablé al señor Lodi respecto del accidente de anoche, y está de acuerdo—. Tras una breve pausa, añadió—: El señor Boswick ocupa un camarote exterior. Es probable que venga al salón de fumar esta noche. Después, es posible que pase por aquella puerta que veis allí. Cuando dé señales de que se dispone a marcharse, yo me adelantaré. Vosotros seguiréis.

Sus compañeros volvieron a mover la cabeza en señal de asentimiento.

Herrando se incorporó para marcharse, dando sus últimas instrucciones.

—El señor Lodi estará aquí para darnos la señal. Separaos. No es conveniente que estéis juntos.

Tras estas palabras, Herrando cruzó el salón de fumar. Casalta y Bolano se separaron. Los tres rufianes se encontraban en distintos lugares cuando Carter Boswick entró en el salón. «Fullero» Lodi llegó más tarde y se reunió con un grupo que jugaba a las cartas.

El jugador obró con cautela. No le importaba que le reconociesen como jugador profesional. Esto no le acarrearía graves

consecuencias y en cambio le haría aparecer desligado de la otra operación.

En la mente de Carter Boswick, los acontecimientos de la noche anterior aparecían desconcertantes e inexplicables. Ignoraba el motivo de los incidentes acaecidos en el Club Barcelona. Recordaba muy poco relativo a sus asaltantes.

Se imaginó que se trataba de una confusión, y que seguramente le tomaron por otro. Además, estaba contentísimo por una carta, que había recibido a bordo poco antes de que el barco zarpara.

Sacó la carta. Era de su padre y llenó de alegría al joven, a pesar de que sintiera cierta aprensión.

Leyó el mensaje. Decía:

«Tu regreso será un motivo de júbilo, hijo mío. Puedes tener la seguridad de que serás recibido con los brazos abiertos. Me alegro infinito de que tu permanencia en tierras extrañas haya constituido un éxito. Voy acercándome al final de mi vida. Todo cuanto poseo será tuyo, salvo una pensión que he asignado a tu primo Westling. La duración de mi vida es incierta, y aunque tu regreso será próximo, quizá no me encuentres vivo para darte la bienvenida. Mas tengo absoluta confianza en ti y, cualquiera que sean las pruebas que te esperan, sé que las afrontarás con éxito.

»Si yo hubiese muerto ya, mi abogado Farland Tracy te comunicará mis últimos deseos. Él te informará de muchas cosas, pero habrá otras que tú deberás conocer, aunque yo haya muerto. Sé discreto, hijo mío, y ten cuidado de los enemigos invisibles y arrostra todos los peligros que encuentres».

La singular fraseología de la carta sobresaltó al joven. Leyó el mensaje repetidas veces; mas le siguió intrigando su oculto significado. Metióse la carta en el bolsillo, encendió un puro y quedó absorto en ensueños del pasado.

El emisario de Hub Rowley, sentado en la mesa donde se jugaba a las cartas, observaba con el rabillo del ojo a su presunta víctima.

Vigilaba igualmente a otra persona, a Lamont Cranston. Ignoraba el motivo de que le interesase, si Lamont se encontraba en el salón. Pudo averiguar que había sacado pasaje para este barco. No viendo a Cranston, supuso que debía estar en su camarote. Muchos de los pasajeros no habían salido de sus camarotes esa noche.

Carter Boswick terminaba su puro. «Fullero» Lodi presintió que el joven abandonaría pronto el salón. El jugador se alegró cuando hubo un momento de calma en el juego. Levantóse de la mesa y se aproximó a la cantina. En el camino, dirigió una rápida señal a Herrando.

El sudamericano incorporase y salió del salón. Mas no se detuvo al llegar a la cubierta. Moviése con rapidez, a pesar del balanceo del buque y llegó a un camarote cercano. No era el suyo. Era el ocupado por Lamont Cranston.

Unos momentos después, una figura emergió de la puerta del camarote.

Alta, negra y espectral, semejaba un fantasma infernal deslizándose por la cubierta.

Herrando, el hombre que de modo tan extraño resucitara a la vida, ya no existía.

¡Era La Sombra, el hombre de la noche!

Si «Fullero» hubiese estado allí, quizá había comprendido el misterio.

Lamont Cranston llegó a bordo y saltó a tierra poco después. Luego Herrando llegó en su lugar. Según todas las apariencias, ambos pasajeros se encontraban a bordo del «Estrella del Sur». ¡En realidad, ambos hombres eran el mismo!

Dentro del salón de fumar, «Fullero» Lodi vió a Carter Boswick levantarse y dirigirse hacia la puerta más cercana al lado donde tenía su camarote. El jugador se alegró de ver que nadie más, parecía vigilar la partida del joven yanqui.

Desde la cantina, observó a Casalta y le hizo una ligera señal. Luego vió a Bolano y repitió la acción. Los dos hombres siguieron subrepticamente el camino que Boswick había tomado.

Lodi, empuñando un revólver que llevaba en un bolsillo, resolvió seguirle también. Quería asegurarse de que sus asesinos no fracasaban esa noche.

Carter Boswick, al llegar a la desierta cubierta, no fue directamente a su camarote. Detúvose junto a la barandilla y observó las olas que azotaban el costado del barco. Al hacer esto, volvió a entregarse de nuevo en las manos de sus enemigos.

La puerta abrióse detrás de él. El joven no la oyó. Un instante después, Casalta y Bolano reconocieron a su víctima, saltaron hacia

delante sin preocuparse de dónde podría estar Herrando. Pillaron desprevenido al joven yanqui.

Carter notó de repente, que lo levantaban en peso por encima de la barandilla. Un segundo después lo habrían arrojado al océano, de no ser por una inesperada intervención.

Una masa opaca avanzó desde un lugar cercano de la barandilla. Un ser humano surgido de la nada.

La Sombra se lanzó a la lucha. Tiró a Casalta y Bolano rodando por la cubierta. Carter Boswick, cayó sobre las tablas quedando allí aturdido.

Los sudamericanos, tendidos en el suelo, ignoraban quién los había tirado hasta que levantaron la vista y observaron, llenos de espanto, al ser fantasmal que frustrara sus planes criminales la noche anterior.

Los asesinos estaban a merced de La Sombra; pero a ellos les tocó ahora ser salvados, gracias a otra inesperada intervención.

Lodi, surgiendo de la puerta, empuñando una pistola, divisó a La Sombra. El jugador, versado en las costumbres y misterios de los bajos fondos de Nueva York, reconoció al terrible enemigo del hampa. Levantó el arma para disparar.

Pero el rey de la noche, volviéndose, vió el peligro. Las manos enguantadas de negro se adelantaron. Asieron a Lodi con increíble, rapidez. La pistola cayó rodando por la cubierta. El jugador y La Sombra se agarraron furiosamente a brazo partido.

Casalta y Bolano se pusieron en pie de un salto y corrieron a socorrer a su jefe. En el momento en que llegaban, el jugador salió disparado de cabeza a lo largo de la resbaladiza cubierta, chocando contra la barandilla.

Los dos sudamericanos acometieron al instante a La Sombra. Las manos enguantadas de negro asieron las muñecas de Casalta. El cuerpo de La Sombra pareció caer desplomado sobre cubierta, mas un instante después saltó hacia arriba como por un resorte.

El poderoso esfuerzo tuvo un éxito asombroso. Tenía el propósito de rechazar a Casalta. Pero al enderezarse lanzó al asesino en dirección de la barandilla.

Con el balanceo del buque, Casalta salió despedido como un proyectil lanzado por una catapulta. ¡Al mismo tiempo que el barco se ladeaba, el asesino pasó por encima de la barandilla yendo a caer

al océano!

Bolano ignoraba la suerte de su compinche. El y La Sombra rodaban luchando sobre la cubierta. La mano del pistolero tocó el revólver de Lodi.

Profiriendo un grito salvaje, el segundo asesino asió el arma y trató de apretar el gatillo.

Su esfuerzo tuvo éxito, mas no con el resultado que esperaba. La mano de La Sombra le asió la muñeca cuando estaba a punto de disparar. La muñeca se torció en el momento en que el asesino dispara el arma.

El pistolero exhaló un gemido y se desplomó. La bala se alojó en su cuerpo.

Sus dedos soltaron el arma, que rebotó sobre cubierta.

“Fullero” Lodi, desarmado, había presenciado la asombrosa lucha. Oyó el disparo y vio a La Sombra enderezarse. Lanzando un alarido de terror, echó a correr por la cubierta, entró por una puerta que daba a un pasillo y regresó al salón de fumar.

La Sombra se incorporó. Observó el cuerpo de Bolano, agonizando sobre la cubierta. Llegó al lugar donde Carter Boswick yacía aturdido y le ayudó a levantarse. Cuando el joven recobró por completo el conocimiento, se encontró tendido en la litera de su propio camarote.

Poco más tarde, un camarero descubrió el cadáver de Bolano, con la pistola al lado. «Fullero» Lodi seguía en el salón de fumar cuando se esparció la noticia.

Se inició una investigación del extraño suceso. Se comprobó que habían desaparecido dos hombres: Casalta y Herrando. No se averiguó nada más; pero se dedujo que los tres hombres, los desaparecidos y Bolano, eran individuos de antecedentes turbios.

El informe de la investigación declaraba que probablemente se suscitó una riña y que dos de los individuos se unieron para arrojar al mar al tercero.

Luego los dos debieron pelearse; y Bolano, herido por su adversario, había logrado tirarle al mar.

Carter Boswick guardó prudentemente silencio sobre lo ocurrido. Había muchas cosas que no acertaba a comprender acerca del ataque de que fue objeto. Conocía tan sólo que un desconocido, un personaje misterioso, había aparecido por segunda vez,

derrotando a sus enemigos.

El emisario de Hub Rowley guardó silencio también. Estaba perplejo. ¿Qué le habría sucedido a Herrando? Creía que La Sombra debió matarle antes de atacar a los otros. ¡No se le ocurrió, ni por asomo, que La Sombra, disfrazado, se había hecho pasar por Herrando!

No vio a Lamont Cranston a bordo del barco. La causa obedecía al hecho de que el jugador rara vez salía de su camarote. Permanecía escondido, abrigando la esperanza de que el terrible vengador, no llegaría a conocer la participación que había tenido en los extraños sucesos de aquella noche.

Pues «Fullero» Lodi había reconocido a La Sombra. Sería portador de una noticia terrible. Un nuevo peligro se cernía sobre el jefazo.

La Sombra, el misterioso personaje que era el terror del hampa, había hecho acto de presencia. Ahora, invisible, permitía que Lodi llevase la noticia a Hub Rowley. Despreciando a los criminales contra quienes se batía, había perdonado momentáneamente la vida a este vulgar mercenario.

El «Estrella del Sur» continuó su marcha por los mares tempestuosos. El tiempo se fue calmando a medida que el buque se aproximaba a su destino.

Mas cuando el barco atracase, no habría quietud en tierra. ¡Entonces las fuerzas del mal se toparían con La Sombra!

Durante esta extraña calma, Carter Boswick, desconociendo por completo la causa, seguía preguntándose por qué razón fue atacado por unos enemigos desconocidos. Poco sospechaba él la lucha que le esperaba.

Fue salvado por La Sombra. ¿Acaso el misterioso personaje le salvaría de nuevo cuando se presentase otro peligro invisible? ¡Únicamente La Sombra podía responder!

CAPÍTULO VII

LA VUELTA AL HOGAR

CUANDO el «Estrella del Sur» atracó al muelle, Carter Boswick fue uno de los primeros que saltaron a tierra.

El cielo de Manhattan, lleno de enormes edificios construidos durante su ausencia, y la contemplación de vistas que no había conocido desde hacía muchos años, producían al joven una profunda emoción, despertando en su alma un anhelo de llegar cuanto antes a su casa.

El joven pensaba en su padre. Durante el viaje, desde que partiera de La Habana, había leído y releído la carta infinitas veces. El deseo de abrazar a su padre había alcanzado las proporciones de una obsesión. El formulismo de la inspección aduanera en el muelle impacientó grandemente al joven.

Su equipaje, que ostentaba una etiqueta con una letra “B”, fue examinado al instante. Al lado se encontraban los pasajeros cuyos nombres empezaban con la letra “C”. Uno de estos pasajeros, llamado Cranston, vigilaba atentamente a Boswick. El joven no se había percatado de que era objeto de vigilancia.

Mientras Carter Boswick esperaba, notó que le tocaban el hombro. Al volverse, observó a un caballero bien vestido, de talla mediana, de facciones firmes y aristocráticas. El joven no había visto nunca a este hombre.

Evidentemente, era alguien que había ido a esperar la llegada del barco, pues no recordaba haberlo visto de pasajero a bordo.

—¿Es usted Carter Boswick?

La pregunta fue formulada en tono calmoso, pero solemne.

Carter movió la cabeza en señal afirmativa, preguntándose quién sería aquel hombre.

—Yo soy Farland Tracy. He venido a recibirle.

El nombre le fue momentáneamente desconocido, mas de pronto recordó la carta de su padre. Tendiendo la mano, dijo:

—El abogado de mi padre.

—Sí —respondió Tracy, en tono sin matices—. Era el abogado de su padre.

Cuando Carter parpadeó comprendiendo lo que el letrado quería decir, éste posó suavemente una mano en el hombro del joven.

—Su padre ha muerto, Carter —explicó quedamente—. Presentía que su fin estaba cercano el día que le escribió su última carta. ¿La recibió usted en La Habana?

Carter Boswick movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Su padre vivió, apenas veinticuatro horas más después de haberle mandado esa carta-continuó el abogado—. Estaba cansado de la vida, tenía una enfermedad incurable; no era ni la sombra de cuando usted lo vió la última vez. Quiso que usted no supiera su muerte hasta su llegada a Nueva York.

Carter Boswick dominó con dificultad sus emociones. Durante algunos años su padre no había sido más que un nombre para él. Jamás habían reñido, pero no habían congeniado ni se habían comprendido.

En el viaje de regreso, el joven había pensado que tal vez ahora que tenía más experiencia de la vida y unos años más, podría convivir con su padre en una base de amistad mutua que no existiera en el pasado.

Mil pensamientos de arrepentimiento cruzaron por la mente del joven. Pensó que aunque no era en verdad un hijo pródigo, tampoco fue un hijo amante y cariñoso.

Farland Tracy adivinó la serie de emociones que el muchacho sentía. Parecía comprender el estado de espíritu del joven y expresó su sentimiento. Hizo una señal al chofer que le había seguido hasta el muelle. —Recoja el equipaje del señor Boswick, Holland-ordenó—. El y yo tomaremos un taxi y nos iremos al club del Colegio de Abogados. Almorzaremos allí. Pase a recogernos a las tres y media.

Holland no fue la única persona que oyó la orden. Lamont Cranston, al parecer ocupado con un agente de Aduanas, también escuchó las palabras de Farland Tracy.

Unos minutos después que el abogado y Carter Boswick

abandonaron el muelle, Lamont Cranston les siguió. Se detuvo a telefonar en una cabina cercana y comunicó con alguien. Después llamó un taxi y ordenó al chofer que le llevase al club del Colegio de Abogados.

Una sonrisa se dibujaba en los labios de Cranston cuando se apeaba delante de las puertas del club. Entró en el edificio y habló al conserje, que le preguntó qué deseaba.

—Soy el señor Cranston-dijo en voz reposada.

—Sí, señor Cranston —respondió el conserje—. Puede usted pasar, señor. El señor juez Lamark acaba de telefonar. Ha dicho que vendría pronto y que lo dejaran pasar a usted.

Cranston continuaba sonriendo mientras cruzaba el vestíbulo del club. Su llamada telefónica desde el muelle había dado los resultados previstos. El juez Vanniman Lamark era un amigo de Lamont Cranston.

Se había alegrado de tener noticia de él. Había prometido telefonar al club para que le permitieran la entrada y luego se encontraría con su amigo allí a las tres.

En el comedor del club, Cranston descubrió a Farland Tracy y a Carter Boswick encargando el almuerzo en un reservado situado en un lado del comedor. Sin ser visto, penetró en el reservado contiguo.

Ordenó su almuerzo a un camarero y luego escuchó atentamente. Sus finos oídos oyeron las palabras cruzadas entre Farland Tracy y Carter Boswick.

—Como le he dicho-decía el abogado—, su padre le nombró a usted su único heredero, a excepción de una renta moderada, pero generosa, que ha dejado a su primo Drew Westling.

—¿Por qué no fue Drew a recibirme? —preguntó Carter.

—No creo que supiera cuándo llegaba usted-respondió el abogado—. Su padre le dijo que estaba ya en camino; pero no creo que Drew preguntara el día de su llegada, la muerte de su padre fue un rudo golpe para su primo.

Asintió el joven, mostrando cierta decepción:

—Desde luego.

Drew Westling era su único pariente, ahora que Houston Boswick había muerto, declaró su compañero de mesa:

—Probablemente encontrará usted en la casa a Drew. Vive allí; y

Headley, el criado de su padre, se ha quedado. Hay otros sirvientes, pero Headley es el único de importancia. Es una especie de mayordomo, y cuida de la casa.

Farland Tracy hizo una pausa tras esta explicación. Luego prosiguió:

—Existen ciertas condiciones, respecto de la herencia de su padre, que no puedo mencionar en este momento. Las discutí con su difunto padre, poco antes de su muerte. Recibí instrucciones de esperar hasta que usted hubiese llegado a la casa y hubiese fijado su residencia allí.

«Técnicamente —añadió—, dicha residencia empezará desde el instante en que usted haya cruzado el umbral, con tal de que anuncie su intención de conservar la casa. Ocupará usted el lugar de su difunto padre, en calidad de dueño. En consecuencia, pasaré a visitarle esta noche. Podernos discutir los asuntos en la habitación que su padre usaba como estudio.

El tono serio del abogado impresionó profundamente a Carter Boswick.

Preguntó el joven:

—Dígame, ¿no sucedió ninguna cosa anormal en el momento de la muerte de mi padre?

Respondió el abogado, pensativo:

—Sí y no. Su padre, Carter, había estado viviendo presa de ciertas aprensiones. Tenía puestas muchas esperanzas en su regreso. Si usted no hubiese vuelto, Drew Westling habría sido el heredero. Por consiguiente, tomó algunas medidas, extraordinarias para proteger su fortuna.

Tras un breve silencio, agregó:

—Poco antes de morir, creyó que alguien trataba de frustrar sus planes. No parecía-dijo que usted se había embarcado— temer que su vida corriese peligro; pero estaba convencido de que sobre su fortuna se cernía alguna amenaza.

«Tenía la seguridad de que algunas personas habían entrado en su casa durante su ausencia, con el objeto de frustrar sus proyectos. No obstante, no se descubrió ningún indicio de semejante cosa. Quizá estuviese equivocado...

Carter Boswick interrumpió. En voz baja y tensa comenzó a relatar su aventura en La Habana y el episodio ocurrido a bordo del

«Estrella del Sur».

Farland Tracy escuchó atentamente la historia. Cuando el joven hubo concluido su relato, el abogado se frotó la barbilla, absorto en profundos pensamientos.

Declaró:

—Estos incidentes pueden ser de naturaleza seria, Carter. Parece en verdad, asombroso que se haya atentado dos veces contra su vida, en ocasión en que regresaba a su casa para recoger su herencia. Pueden también ser, por el contrario, episodios casuales, que no guarden ninguna relación con su actual situación. Espero, sinceramente, que éste sea el caso.

—¿Por qué? —preguntó Carter cuando el abogado hizo una pausa.

—Porque —continuó Tracy, en tono pesaroso—, no hay más que una persona que pueda beneficiarse con su muerte.

—¿Drew Westling?

—Sí.

Carter Boswick se mordió los labios. Conocía que el letrado había dicho la verdad. No obstante, le repugnaba creer que su primo urdiese un plan tan péfido.

Tracy pareció pensar lo mismo. Lo expresó en términos claros. Manifestó:

—Drew Westling es un muchacho despilfarrador, vicioso. Poco antes de la muerte de su padre, sufrió graves pérdidas en el juego. Hice todo lo posible para sacarle del aprieto. Lo conseguí en parte, lo suficiente para protegerlo provisionalmente—. Hizo una pausa y añadió—: No dije nada a su padre al respecto. De haberlo mencionado, es probable que Drew hubiese perdido la pensión y todo derecho a la herencia, caso de que usted no hubiese regresado a su casa.

Mientras Carter movía la cabeza en señal de comprensión, el abogado continuó en tono más tolerante.

—No obstante, Drew es un muchacho simpático a pesar de sus defectos. No me atrevería a decir que es un ambicioso e intrigante, que haya fraguado algún plan para apoderarse de su fortuna. Creo que no debemos poner esto en duda. Sin embargo, debe usted proceder con discreción, Carter. Mi visita de esta noche revestirá mucha importancia. No debe asistir a ella nadie más que nosotros

dos. Se relaciona con sus asuntos de usted solamente.

«Drew Westling tiene derecho a la pensión que se le ha asignado en el testamento. Es su primo. Tiene derecho a vivir con usted en la casa. Sé que usted lo tratará generosamente. Sin embargo, debe usted recordar los hechos que le he explicado. Deje que el tiempo arregle las cosas. Sea cordial con Drew, pero renueve la amistad lentamente.»

El joven respondió:

—Agradezco sus consejos, señor Tracy. La falta de interés por mi llegada que Drew Westling ha demostrado me será muy útil. Trataré a mi primo con cordialidad y me alegraré de verle. Pero mi conocimiento del mundo y mis experiencias en países extraños, me han enseñado que es una locura confiar demasiado en la amistad, aunque se trate de un pariente y compañero de infancia.

Los dos hombres terminaron de almorzar. El abogado miró su reloj y observó que eran las tres y media. Dijo:

—Holland debe haber llegado con el coche. Lo llevaré a su casa, Carter. Pasaré a verle a usted poco antes de las nueve. Aunque parezca que no se trate más que de una visita casual, en realidad será de mucha importancia. ¿Comprende?

Respondió Carter:

—Exacto. Puede usted confiar en mí.

Los dos hombres salieron del comedor.

Lamont Cranston se quedó. Unos minutos más tarde, un caballero se paró junto a la mesa de Cranston. Era el juez Vanniman Lamark, contento de saludar a un viejo amigo, a quien no había visto desde hacía varios meses.

Mientras charlaba con el juez, Lamont Cranston sonreía satisfecho. Pensaba en la cita que se habían dado Farland Tracy y Carter Boswick. Él también se encontraría allí a las nueve.

Pero no visitaría la mansión de Carter Boswick, bajo la personalidad de Lamont Cranston.

¡Esa noche La Sombra reaparecería para desempeñar un importante e invisible papel en los destinos de Carter Boswick!

CAPÍTULO VIII

EL MENSAJE SECRETO

EERAN las ocho de la noche.

Carter Boswick, de regreso en la vieja mansión de su padre, se paseaba de un extremo a otro del tétrico salón. Observó a Headley dirigiéndose lentamente hacia el comedor. El criado se volvió cuando oyó que le preguntaban:

—¿Ha llegado o telefoneado el señor Westling?

—No, señor —respondió Headley.

—Muy bien-dijo Carter, en tono de impaciencia—. Entonces me pondré a cenar solo.

—La cena está lista, señor. El señor Westling suele llegar tarde...

La puerta principal abrióse en aquel momento.

Carter Boswick se volvió. Sus ojos sagaces observaron a un hombre que entraba. Distinguió a un joven delgado, cuyo porte y facciones pálidas denotaban poca salud y fortaleza.

El recién llegado tenía una larga boquilla en una mano. Esto aumentaba su aspecto decaído.

Durante un momento los dos jóvenes se contemplaron mutuamente.

Entonces las facciones del recién llegado, se iluminaron de repente.

Sus ojos brillaron de una manera inesperada. Avanzó presuroso, con la mano tendida, y exclamó:

—¡Carter! ¡Carter!

El saludo entusiasta parecía sincero. Carter Boswick cogió la mano de Drew Westling y sonrió al primo a quien no había visto desde hacia muchos años.

Habían pasado la infancia juntos, y la superioridad física de

Carter aparecía aún más marcada que antes. Drew Westling ofrecía un aspecto lamentable al lado de la figura vigorosa de su primo.

Unos minutos más tarde los dos jóvenes estaban sentados a la mesa del comedor. El encuentro espontáneo, había reanudado los lazos de la antigua cordialidad que les uniera de niños.

Hablaban con verdadero entusiasmo de sucesos de la niñez. Para Carter Boswick, el encuentro había tomado un giro inesperado.

—¿Recuerdas el juego que solíamos jugar a menudo-la voz de Drew Westling había tomado un tono reminiscente—, y con cuánta exactitud cumplíamos todos los detalles?

Carter sonrió:

—¿Te refieres al duelo entre D'Artagnan y De Guise?

—Sí-asintió Drew—. Usábamos aquellos tacos de billar cortos a guisa de espadas y poníamos tiza en las puntas para contar las estocadas.

—Hemos celebrado ese duelo cien veces.

—Sacado de las páginas de los Tres Mosqueteros. Solíamos leer el libro de Dumas y luego lo poníamos en práctica. Pero hemos pasado ese periodo de la vida. Es extraño, —Carter Drew hizo una pausa, melancólico—, jamás he sentido deseos de volver a leer la novela de Dumas, después de marcharte tú.

Carter permaneció silencioso. Su primo estaba pensativo; luego volvió a sus reminiscencias. Recordó:

—El duelo. El único juego que el tío Houston permitía en la casa. Quizá por ese motivo lo jugábamos tan a menudo. ¿Recuerdas cómo solía vigilarnos, Carter? ¿Cómo criticaba cada una de nuestras estocadas?

Carter Boswick movió la cabeza con un gesto de asentimiento. Drew Westling había rememorado el único recuerdo de su juventud que permanecía indeleble en su memoria. Únicamente cuando él y Drew Westling celebraban sus duelos, Houston Boswick había demostrado el verdadero interés de un padre orgulloso y un tío indulgente.

Drew tocó un tema más inmediato:

—Escucha, Carter, he obrado muy malamente al no ir a recibirte a tu llegada. Sabía que regresabas y debería haber telefoneado a Tracy para preguntarle el día de la llegada. Pero he estado muy decaído desde la muerte de mi tío, desde que tu padre murió. Temía

que tú no lo supieses y no me encontraba con ánimos de comunicártelo. Me figuré que si Tracy te recibía solo, él...

Interrumpió Carter, quedamente:

—No importa, Drew. Comprendo. En efecto, me sentí abatido y me alegro de no haberte visto hasta ahora.

A pesar de que poco antes sintiera cierta animosidad y resentimiento, Carter Boswick miraba ahora con algo de afecto a Drew Westling. Reconoció que su primo era una persona débil, pero la naturaleza sentimental del joven excusaba grandemente ese defecto.

Cuando la cena estaba a punto de terminar, sonó el timbre. Headley respondió a la llamada, regresó unos minutos después para anunciar que el señor Farland Tracy había llegado para ver al señor Boswick.

—Termina la cena, muchacho-dijo Carter a su primo—. Voy a ver lo que quiere Tracy. Probablemente se trata de una visita de amistad. Luego nos veremos. Puedes reunirte con nosotros después.

Al llegar al vestíbulo, Carter encontró a Tracy de pie con una mano levantada en señal de aviso.

Carter movió la cabeza en señal afirmativa y condujo al abogado al estudio del piso superior. La habitación estaba iluminada y la persiana echada.

Tracy le indicó con un gesto que cerrara la puerta con llave. Carter accedió y el abogado sacó un legajo de papeles. Manifestó:

—Tenemos que repasar estos documentos.

El examen empezó. La mayoría de los documentos eran de índole puramente legal. Pero en el fondo del legajo había dos cartas. Una estaba dirigida a Carter Boswick; la otra, a Drew Westling. Los sobres llevaban encima escrita la advertencia de que debía ser destruido intacto sin abrirse, si el otro resultase ser el perteneciente al heredero.

Explicó el abogado:

—Su padre escribió estas cartas. El contenido es prácticamente idéntico. Me las enseñó antes de sellarlas. Una para usted y otra para Drew; es decir, pertenece al heredero.

Carter movió la cabeza en señal de asentimiento y abrió su sobre. Extrajo la carta y la leyó lentamente, teniéndola en la mano de forma que el abogado pudiese leer también lo escrito.

La carta decía:

«Querido hijo Carter:

»Cuando leas esta carta, yo habré muerto. Tú serás mi único heredero. Tú recibirás una fortuna considerable. No obstante, si conoces la fortuna que se me atribuye, sufrirás una pequeña decepción.

»Durante estos últimos años he procurado ocultar la cuantía de mi fortuna y lo he logrado. El motivo de esto obedece a un propósito determinado. Los hombres poseedores de una gran fortuna suelen tener muchos enemigos. Sus bienes están en peligro con frecuencia, porque sus herederos tienen ambiciones o celos.

»De acuerdo con mi táctica, he aparentado poseer mucho menos de lo que en realidad tengo. He dejado una fortuna amplia para tus necesidades. Puedes estar satisfecho de su actual volumen. Al propio tiempo, debo informarte que he depositado en un lugar absolutamente seguro, una suma diez veces mayor que la de mi fortuna aparecida en mi testamento.

»Si deseas adquirir estas riquezas, puedes buscarlas. Puedes averiguar, si quieres, el lugar donde las he depositado. Si eres un buen hijo, como tengo la seguridad de que lo eres, los pensamientos que dediques a tu difunto padre te serán de gran utilidad.

»Lamento infinitamente-y constituye mi único sentimiento—, Carter, que tú y yo no nos hayamos comprendido nunca, como muchos padres e hijos lo han hecho. Esta falta de comprensión ha sido mía, no tuya.

»Cuando tú y Drew Westling erais muchachos, rara vez mostraba yo un interés por vuestras actividades. Tan sólo cuando os divertíais jugando a la esgrima, respondía yo a vuestros anhelos naturales y juveniles.

»Quizá puedas imaginarte aquellas escenas. Confío en que recordarás con todo detalle los incidentes, y quizá me recuerdes tal como yo era entonces.

»Tal vez la emoción, hace mucho tiempo olvidada, de la batalla entre D'Artagnan y De Guise, te permita comprender cómo era en realidad tu padre y te ayude a conocer cuánto significas para él hoy.

»Poseo una fortuna y unos recuerdos. Para mí, estos recuerdos constituyen también una fortuna. Confío en que tú pensarás lo mismo, Carter. Este es el mensaje que te doy. Tengo la seguridad de que el futuro te reservará la fortuna que para ti ha acumulado tu padre.

Houston Boswick. > >

Carter Boswick estudió las líneas escritas. Releyó párrafo por párrafo.

Finalmente, dejó la carta encima de la mesa y volvióse hacia Farland Tracy.

Le preguntó:

—¿Es éste el único comunicado que mi padre dejó para mí?

—Sí.

—Habla de una fortuna considerable escondida.

—Sí—asintió el abogado—. Alrededor de unos diez millones de dólares, si sus declaraciones son ciertas. Pero la pista del escondite es cosa que usted debe encontrar.

—¿Tiene alguna idea o sospecha del lugar donde puede estar? —preguntó Carter.

—Ni la más remota —confesó el letrado—. Su padre estaba convencido de que usted lo descubriría después de su muerte. Ignoro de qué medio se habrá valido su difunto padre para orientarlo a usted. Esta carta es muy vaga; pasa de los negocios al sentimentalismo en un punto infortunado. Lo único que se me ocurre es que su padre, puede haber dispuesto que llegue a manos de usted alguna indicación de otra fuente.

Asintió el joven:

—Es probable.

—Si averiguase usted alguna cosa más —manifestó el abogado —, le aconsejo que tenga mucho cuidado. Esta carta tiene un carácter privado. Todo otro comunicado, caso de recibirse, debe ser tomado con recelo. Le hablo a usted ahora como abogado de su padre, y también como su abogado pro tempore.

—Continuará usted siendo mi abogado—declaró Carter.

—Se lo agradezco —respondió Tracy—. Mas ahora que mi misión ha terminado, me voy a retirar. Es muy conveniente que nadie sepa el objeto de esta visita.

—Comprendo.

Carter Boswick dobló su carta y se la guardó en el bolsillo. Cogió el sobre dirigido a Drew Westling y lo rompió en cuatro pedazos, junto con la carta.

Arrojó los fragmentos en una papelera.

Farland Tracy estaba dispuesto a marcharse. El joven le acompañó, saliendo ambos del estudio. La puerta se cerró y la

habitación quedó desierta.

Mas no quedó así mucho tiempo.

La persiana de la ventana levantóse poco a poco, guiada por una mano enguantada de negro, desde el exterior.

Una elevada figura deslizose a través de la abertura. La Sombra saltó al interior del estudio. Suavemente descendió el bastidor de la ventana y la persiana. Con paso rápido acercóse hacia la mesa de escritorio. Agachándose, recogió de la papelería la carta rota.

Escuchando desde el exterior de la ventana, La Sombra había oído a Farland Tracy declarar que las dos cartas—una dirigida a Carter, la otra a Drew Westling estaban redactadas con la misma fraseología.

Por consiguiente, cuando el rey de la noche reunió con rapidez los fragmentos de la carta rota, poseía un duplicado de la que Carter Boswick había leído recientemente.

En la mesa, ante los ojos sagaces del hombre de misterio, había una nota del tío al sobrino sobre el mismo tema —hasta la idéntica conclusión sentimental— que apareciera en la carta del padre al hijo.

Una risa suave brotó de los labios invisibles de La Sombra.

Para el personaje vestido de negro esa epístola tenía un significado definido.

Donde Farland Tracy no había visto más que esa simple declaración de una fortuna escondida, La Sombra iba sacando una pista.

La sutilidad del viejo Boswick se manifestaba claramente en la carta. El dedo negro de La Sombra se posó sobre una frase vital:

«Si eres un buen sobrino—como creo lo eres—, los pensamientos que dediques a tu difunto tío te serán de gran utilidad.»

Esa frase constituía parte de la clave de la carta que seguía.

El muerto había hecho un esfuerzo final para orientar los pensamientos de Carter Boswick, así como los de Drew Westling.

De nuevo La Sombra lanzó una carcajada.

¡En aquella carta rota, que no había sido entregada a su destinatario, el hombre de misterio encontraba la pista del secreto de Houston Boswick!

CAPÍTULO IX

LA PISTA ROBADA

EN la puerta principal de la casa, abajo, Carter Boswick despedía a Farland Tracy.

El abogado permanecía de pie junto a la puerta abierta. Headley, el mayordomo, le tenía el gabán. Afuera, en la calzada, el coche de Tracy esperaba con Holland, el chofer, al lado.

Más allá había plantas, árboles y arbustos de los jardines. Unas sombras esparcidas por la hierba de los jardines, parecían gritar avisando que unos ojos invisibles vigilaban la escena del umbral. Unos hombres acechaban entre aquellos arbustos, mas no había ninguna prueba tangible de su presencia.

La puerta se cerró. El sordo runruneo del automóvil del abogado resonó por la calzada.

Headley cruzó el vestíbulo en dirección a la parte posterior de la casa. Carter observó a Drew Westling de pie junto a la puerta del comedor. Su primo fumaba el eterno cigarrillo, en su acostumbrada boquilla.

Sin formular ningún comentario, Carter volvióse hacia la escalera, que estaba fuera del alcance de la vista de Drew Westling. Al llegar al pie de la misma, no ascendió los escalones; en lugar de ello atravesó un corto pasillo que conducía a la biblioteca.

Era ésta una habitación vieja, llena de estantes repletos de libros. Estaba situada en el centro de un lado de la casa. Tenía una puerta que daba al vestíbulo y en ambos extremos veíanse umbrales con cortinas que daban a habitaciones contiguas.

Carter cerró suavemente la puerta tras sí. Encendió una lámpara que descansaba encima de una mesa. Convencido de que estaba libre de toda ajena observación, empezó a examinar rápidamente

los estantes.

Pues Carter Boswick, en cuanto hubo terminado la segunda lectura de la carta de su padre, tuvo una súbita inspiración que se guardó para sí. Creyó haber encontrado una pista, de la cual no dijo nada a Farland Tracy.

Era evidente que Houston Boswick, quiso que solamente su heredero conociese el escondite del tesoro. El tono de la carta dio la indicación. Al leerla, el joven pensó en cómo sería posible averiguar dicho escondite. Luego, la referencia a su juventud produjo el efecto de un rayo en un cielo claro.

El tema mismo que él y Drew discutido, aquellos días en que los dos muchachos celebraban duelos en presencia del anciano, era una referencia que dos personas habrían comprendido con toda seguridad. Carter o Drew-cualquiera de los dos, en calidad de heredero de Boswick—, podría comprender al instante el significado. El hijo creía haberlo adivinado.

Rememorar acontecimientos pasados, recordar los detalles de escenas pretéritas y seguir los recuerdos de su padre, era el deber impuesto a Carter Boswick. En la carta, que ahora guardaba en el fondo de su bolsillo, estaba escrita la declaración de que los recuerdos eran tan importantes como una fortuna.

¡Quizá existía alguna relación entre las dos cosas!

Un par de volúmenes polvorientos descansaban en lo alto de un estante olvidado. Eran partes de la misma obra: «Los Tres Mosqueteros, por Alejandro Dumas.

Carter bajó uno de los volúmenes. Repasó las páginas amarillentas, hasta que de pronto lanzó una exclamación. De entre las páginas sacó un sobre delgado.

Sacudió el libro para asegurarse de que no había ninguna otra cosa más.

Satisfecho, depositó el libro en la mesa, donde la mesa donde la lámpara descansaba junto a una cortina colgante.

Con dedos ávidos, rasgó el sobre y extrajo un trozo de papel amarillento.

Llevaba la siguiente anotación:

Lat. 46° 18' N.

Long. 88° 12' W.

Carter Boswick poseía una excelente memoria. Leyó la posición

en términos de latitud y longitud, y la posición exacta le produjo una gran impresión.

Habituado a hacer largos viajes por mar, estaba acostumbrado a hablar de lugares en tales términos. Observó esto con la misma exactitud que otra persona habría notado el número de un teléfono.

Dejó el papel y el sobre encima del libro cerrado.

Volvió hacia el estante. Todavía bullía en su cerebro lo que acababa de leer:

Lat. 46° 18' N.

Long. 88° 12' W.

Repetía las palabras mentalmente mientras bajaba el otro volumen de «Los Tres Mosqueteros» y retrocedía para revisar sus páginas.

La cortina movióse junto a la lámpara. La ligera oscilación no fue observada por Carter Boswick, pues el joven estaba absorto en el examen del libro que tenía en la mano.

De la cortina surgió lenta y cautelosamente una mano. Sus dedos se extendieron debajo del suave resplandor de la luz. Se posaron encima del papel y el sobre y se retiraron tan quedamente como se aproximarán. No quedó más que el libro. ¡El pliego de papel y el sobre habían desaparecido!

Carter sacudió el segundo volumen. No había nada entre las hojas del libro.

Aquel mensaje era cuanto su padre había dejado. Era bastante. Señalaba un lugar definido. Allí, con toda probabilidad, se encontraba el principio de una pista... quizá el tesoro escondido.

Las meditaciones del joven se interrumpieron. Estaba mirando con fijeza la mesa donde dejara el primer volumen de la obra de Dumas.

¡Asombrado, observó que el papel y el sobre habían desaparecido!

Rápidamente inició una búsqueda inútil. Examinó las páginas del primer volumen. No encontró nada. Frenéticamente miró debajo de la mesa. Sacudió las cortinas. Al cabo de unos pocos minutos se convenció de que el mensaje se había esfumado.

¿Acaso el descubrimiento del mensaje había sido un producto de la imaginación?

Durante un momento, el joven se lo imaginó así. Pero aún

recordaba perfectamente la posición anotada en el papel.

Metódicamente sacó de su bolsillo la carta de su padre y con un lápiz anotó la latitud y longitud que recordaba.

Impelido por una súbita idea, presurosamente volvió a colocar los dos libros en el estante. Abrió la puerta, salió y atravesó el vestíbulo. Llegó a la puerta del comedor.

Drew Westling estaba sentado a la mesa, fumando aún. Un montón de colillas aparecían en el cenicero que tenía delante.

El joven levantó la cabeza al ver entrar a su primo y sonrió nerviosamente.

Parecía evidente que trataba de ocultar sus pensamientos. Al hablar, adoptó un tono afable que parecía algo forzado. Explicó:

—Decidí quedarme aquí mientras terminabas tu cena. Y pensé que al marcharse el abogado, volverías para tomar el postre.

Respondió Carter, calmamente:

—Desde luego. Me alegro de eso, Drew.

Headley entró mientras el joven continuaba su cena. El mayordomo recogió los platos restantes y se puso estoicamente a realizar su trabajo.

Los comensales cruzaron muy pocas palabras. Los dos primos estaban absortos en sus pensamientos.

Carter se imaginaba aún la escena de la biblioteca. Pensaba si acaso Drew Westling consideraba eso también. No se ganaba nada con aquel silencio; además no sería prudente mencionar el asunto. Terminados los postres, inició una conversación amistosa en la que su primo entró con creciente vivacidad.

En la biblioteca, la cortina volvió a moverse, esta vez en la obscuridad, pues Carter Boswick había extinguido la luz de la lámpara. Una lucecita, guiada por una mano invisible, recorría los anaqueles de la biblioteca y se detuvo en los dos volúmenes que no habían sido colocados en línea perfecta con los otros libros y sobresalían algo.

Una mano enguantada de negro cogió los dos volúmenes de “Los Tres Mosqueteros”. Los libros fueron depositados encima de la mesa. La linterna sorda lanzaba sus destellos mientras los dedos negros examinaban sus páginas.

Un cuchicheo que sonaba como una risa sorda brotó de unos labios en la obscuridad.

La Sombra, siguiendo una pista, había llegado después de que el heredero examinara aquellos mismos libros. Al abrirse más un libro en cierta parte, indicó el lugar de donde Carter sacara el mensaje.

Los libros se cerraron. Las manos enguantadas de negro volvieron a depositarlos encima de los estantes. La luz de La Sombra se apagó.

El cuchicheo se extinguió en la oscuridad cuando una figura invisible salió de la biblioteca, llegó al vestíbulo y miró en el comedor, donde Carter seguía conversando amistosamente con su primo.

La figura fantasmal dirigióse hacia la parte posterior de la casa.

Desvaneciéndose pronto. Reapareció momentáneamente por el lado del pórtico y cruzó la calzada en dirección de los jardines. Una vez allí, La Sombra escuchó. No se oía ningún sonido.

Los hombres que desde aquel lugar espíaran, habían desaparecido. La Sombra los vislumbró al llegar y ahora comprobó que se habían marchado.

¿Por qué?

El rey de la noche, aunque llegó tarde a la biblioteca, adivinó la explicación.

El joven Boswick-La Sombra lo sabía-había encontrado algún mensaje.

¿Acaso los espías que acechaban en el exterior se enteraron del hallazgo?

¿Atacarían esa noche?

Era posible, aunque la súbita partida de los facinerosos, indicaba que era improbable.

Había otra explicación.

Alguien dentro de la casa debió enterarse de lo que el joven heredero había hallado; o quizá se habían apoderado de lo que había descubierto. Era probable que aquellos espías, marcharan llevándose alguna información de importancia.

La Sombra había esperado largo rato en el estudio, creyendo que Carter Boswick no había logrado descubrir el significado de la carta de su padre o bien había esperado seguir las instrucciones más tarde, la misma noche.

La rápida acción del joven desbarató el cuidadoso plan que La Sombra tenía en proyecto.

Muchas cosas podían haber sucedido entretanto. Pero el misterioso personaje, aunque en ocasiones no le acompañase la suerte, jamás vacilaba.

Este extraño personaje poseía una fantástica habilidad para alterar, en su ventaja, el curso de los acontecimientos. Ese sería su plan esa noche.

La sigilosa figura no produjo ningún ruido, ni tampoco se dejó ver cuando cruzaba los jardines. La obscuridad parecía tragar a La Sombra al andar.

Mucho más tarde apareció otra figura en los terrenos de la finca Boswick.

Un joven, cauteloso, mas no invisible, se puso a vigilar desde un lugar favorable a alguna distancia de la casa.

Harry Vincent, un agente de La Sombra, había sido llamado para observar los movimientos de Carter Boswick. Este sería su deber por el momento. Su jefe tenía otra labor importante que realizar.

Había desaparecido en la obscuridad y en la obscuridad permanecería.

Desde alguna parte, invisible, trazaría los planes de una acción rápida.

¡Únicamente La Sombra podía frustrar los siniestros designios de los que se habían apoderado de la pista del tesoro escondido!

CAPÍTULO X

CARTER HACE UN VIAJE

EL joven, heredero poseía una asombrosa facultad para meterse en líos. En La Habana, a bordo del «Estrella del Sur», se había metido inconscientemente en un aprieto. Ahora iba a ocurrir lo mismo.

Si no hubiese recordado la latitud y longitud mencionadas en el mensaje que hallara, no habría sido un factor en los siniestros planes que Hub Rowley fraguaba.

La Sombra, envuelto en la oscuridad, conocía perfectamente quién buscaba, la preciosa información que el joven había descubierto.

En consecuencia, el curso de las investigaciones del misterioso personaje dirigíase hacia la persona de Hub Rowley. Mas La Sombra, hombre hábil y cauto, no había descuidado las posibilidades que el joven Carter encerraba.

Tampoco las había olvidado Hub Rowley. A la mañana siguiente, la residencia de Boswick estaba vigilada por dos partes, por individuos contrarios, ninguno de los cuales sabía que otros hacían lo mismo.

Harry Vincent, el fiel agente de La Sombra, se encontraba junto a su coche en un surtidor de gasolina en el otro lado de la carretera, frente a la mansión de Boswick.

«Fullero» Lodi, sicario de Hub Rowley, tomaba un desayuno tardío en un pequeño restaurante, a unos cientos de metros más abajo, situado a un lado de la carretera.

Entretanto, dentro de la vieja mansión, Carter Boswick anunciaba sus planes. Estos, desde el principio, estaban destinados a hacer entrar al joven en la zona de acción, convirtiéndolo en el factor principal de la batalla entablada por la fortuna escondida;

pues Carter, después de una noche de insomnio, había decidido seguir la pista que hallara en el mensaje de su difunto padre.

Esto significaba que ahora, más que nunca, el heredero estaría señalado para ser eliminado por Hub Rowley. También significaba que él sería de vital importancia para La Sombra, como medio más rápido para obtener la información que buscaba.

Sin percatarse de ello, Carter se convertía en un peón del tablero donde jugaban una partida vital dos jugadores astutos e incansables.

Sin embargo, el joven creía estar tomando toda clase de precauciones cuando hablaba a Headley y a Drew Westling, en el comedor donde él y su primo acababan de desayunar.

Manifestó:

—Tengo el propósito de fijar mi residencia aquí. No obstante, es esencial que me ocupe de algunos negocios que proyecté, antes de mi partida para Montevideo. Represento una importante casa importadora sudamericana. Vine a Nueva York con la intención de trasladarme luego a Europa, en un viaje de negocios.

»Por tanto, sacaré pasaje para Europa. Regresaré dentro de seis semanas y entonces estableceré mi residencia fija en esta casa. Ocupándose Farland Tracy de los asuntos referentes a los bienes de mi difunto padre, puedo estar tranquilo. Si tú quieres permanecer aquí, Drew, puedes hacerlo...

Interrumpió su primo:—No te preocupes por mí. Vendré aquí cuando regreses de tu viaje, Carter. Entretanto, prefiero mudarme al club.

—Lo cual será hoy mismo-observó Carter, en tono casual—. Tengo el propósito de dirigirme a Montreal. En consecuencia, deseo partir esta noche para Canadá.

—Perfectamente-repuso Drew.

—En cuanto a ti, Headley-dijo Carter—, puedes quedarte guardando la casa. La dejaremos cerrada y puedes instalarte donde gustes.

—Muy bien, señor —asintió el mayordomo, con voz solemne.

—Entonces, estamos de acuerdo; todo está arreglado-concluyó Carter—. Ya he preparado mis maletas. Salgo ahora mismo para Nueva York. Llama un taxi, Headley.

Cuando, el taxi del joven heredero partió de la calzada, fue

blanco de los ojos que espiaban. Harry Vincent, subiendo con indiferencia a su coche, emprendió la persecución. «Fullero» Lodi salió presuroso del restaurante y subió al «sedan» conducido por Scully.

El tráfico intenso que había por aquella carretera, impidió que los perseguidores se percatasen mutuamente de la presencia del otro.

Cuando la carrera terminó finalmente en una calle de Nueva York y Carter Boswick se apeó del taxi y entró en un rascacielos, resultó evidente que el joven tenía el propósito de visitar alguna oficina del edificio.

Los dos perseguidores actuaron del mismo modo. Harry Vincent estacionó su coche en el otro lado de la calle y se puso a vigilar la puerta del rascacielos. «Fullero» bajó del «sedan» y se apostó en un lugar estratégico, mientras Scully logró encontrar un sitio donde dejar el coche, a media manzana de distancia.

Carter Boswick terminó rápidamente su visita. Dijo a Farland Tracy exactamente la misma historia, que contara a Drew Westling y a Headley.

El abogado convino en que sería preferible, que realizara lo antes posible el viaje a Europa, pues de este modo podría regresar más pronto.

Expresó una sola duda: la posibilidad de que el heredero recibiese alguna comunicación de un origen desconocido. Advirtió:

—Recuerde que acaso tenga una fortuna inmensa al alcance de la mano. Sería conveniente que permaneciese en la casa de su difunto padre.

Carter repuso bruscamente:

—Lo he pensado. No obstante, tengo la seguridad de que mi padre trazó bien sus planes. No, señor Tracy realmente no existe la posibilidad de que yo no reciba la información que espero.

Observó el letrado:

—Habla usted con mucha seguridad. Si usted piensa así, no encuentro objeción a su partida. Le deseo buen viaje, Carter, y no se preocupe. Me ocuparé de los asuntos relacionados con su herencia y le tendré preparado un informe para cuando regrese.

Al salir del edificio, Carter Boswick tomó un taxi y se dirigió directamente hacia la Estación Central. Delante de la taquilla de

«Información», sacó un mapa del bolsillo y después de desdoblarlo en parte, consultó ciertas anotaciones que había hecho al dorso.

El joven encontró el mapa antes de salir de su casa. Era una de tantas guías que pertenecían a la biblioteca de su padre.

Guardándose el mapa, solicitó información respecto de ciertas líneas ferroviarias del Oeste, hacia el norte de Chicago. No formuló la menor pregunta relativa a los trenes que salían para Montreal. Mencionó ciertas ciudades del Estado de Wisconsin. El hombre de la ventanilla consultó un itinerario.

Mientras ocurría esto, otras personas comenzaron a formar una cola. Media docena de empleados se hallaban detrás del mostrador de la rotonda, pero todos estaban ocupados. Carter no prestó atención a la gente que tenía cerca, y por consiguiente no se percató de que dos hombres escuchaban sus planes.

Uno era Harry Vincent. El agente de La Sombra, un joven de aspecto atlético, podía haber pasado por un viajero que deseaba pedir alguna información referente a un viaje.

El otro era el emisario de Hub Rowley.

Pero Carter no habría reconocido al sicario de Hub Rowley, aunque el individuo hubiese sido un pasajero del «Estrella del Sur». «Fullero» se había afeitado el bigote. El labio superior sin bigote le daba un aspecto por completo diferente.

Cuando el joven hubo terminado de pedir datos, alejose pensativamente de la ventanilla, seguido del mozo que vigilaba su equipaje.

Harry Vincent se adelantó y pidió un itinerario. «Fullero» Lodi le imitó.

Ambos, al alejarse siguieron la dirección que Carter Boswick había tomado.

Harry, consultando su itinerario, pasó delante de la taquilla donde Carter se hallaba ahora y oyó al joven que pedía ciertos billetes. Continuó andando.

«Fullero» Lodi, llegando más tarde, se paró delante de la ventanilla contigua y oyó las negociaciones entre Carter y el empleado.

Desde ese momento los tres hombres se separaron. El tren del heredero no salía hasta dentro de unas horas. El joven depositó su equipaje y salió de la estación.

El agente de La Sombra se dirigió hacia una cabina telefónica. Marcando un número, comunicó lo que había averiguado. Colgó el receptor y esperó una llamada de respuesta. «Fullero» Lodi utilizó igualmente un teléfono, en otra parte de la estación. Llamó a Hub Rowley. Escuchó atentamente la respuesta de su jefe. Su rostro se iluminó de júbilo al oír las palabras de Hub. Sonreía siniestramente cuando salió de la cabina.

El resultado de todo esto se vio, cuando el expreso del Oeste salió de la estación con dirección a Chicago.

Carter Boswick, profundamente absorto en la lectura de un libro que había comprado, se hallaba sentado en un coche de primera. Estaba tranquilo. Había indicado que partía hacia Europa, vía Montreal.

Mas en lugar de esto, dirigíase a visitar el lugar mencionado en el mensaje de su padre, hacia una localidad desconocida, situada en los desiertos de Wisconsin.

Al otro lado iba sentado Harry Vincent, un joven de porte modesto que al parecer no se preocupaba de sus compañeros de viaje. En la mesa donde se jugaba a las cartas, “Fullero” Lodi se divertían jugando un solitario.

Fuerzas opuestas trabajaban secretamente. El joven heredero, seguro de encontrarse libre de toda vigilancia, creyendo que nadie conocía el destino de su viaje, era objeto de la vigilancia de dos hombres: uno que representaba a la justicia; el otro, un instrumento del crimen.

Nuevamente Carter Boswick iba a encontrar peligros. «Fullero» Lodi, el subordinado de Hub Rowley, le seguía de cerca. No obstante, Carter viajaba bajo la protección de La Sombra.

Harry Vincent, su colaborador, había recibido instrucciones de no perder de vista al joven, y protegerle en el caso de que corriera algún peligro.

No sucedería nada durante el viaje. Estos hombres-ninguno de los cuales sospechaba del otro— eran la vanguardia. Eran simplemente los instrumentos de otros personajes de mayor importancia.

Se avecinaba una batalla entre Hub Rowley y La Sombra. La lucha se celebraría en torno de Carter Boswick, sobre unos millones que legalmente pertenecían al joven.

La inminente batalla prometía unos resultados extraños. Intervendrían otros personajes cuyos papeles en este drama no se han revelado todavía. Carter Boswick no tenía la menor sospecha de lo que le esperaba.

Mas La Sombra, el hombre de misterio, conocía que pronto se producían consecuencias inesperadas.

¡Unos planes urdidos hacía mucho tiempo, llegarían a su punto culminante cuando el joven heredero llegase a la meta que buscaba!

CAPÍTULO XI

EL PLAN DE LA SOMBRA

HABÍAN transcurrido dos noches desde que Carter Boswick, partió de la ciudad de Nueva York.

Llegaba ya la tercera noche. Por una carretera solitaria, de Michigan, un veloz cupé marchaba a ciento diez kilómetros por hora.

Harry Vincent conducía aquel coche. Sus ojos se enfocaban sobre la carretera que se extendía ante él. Sus manos respondían a todos los saltos del coche, por aquel camino poco frecuentado y en mal estado.

Harry sonreía. Se acercaba al fin de su viaje. Obedeciendo las órdenes de La Sombra, el joven agente había seguido a Carter Boswick hasta Chicago.

Desde allí le siguió cuando el joven heredero subió a un tren que se dirigía hacia el Norte. En Green Bay, Wisconsin, tuvo de esperar. Carter Boswick aguardó varias horas otro tren.

Esto dio una idea excelente al activo agente. Estaba seguro de que no le ocurriría nada a Carter mientras viajase en el tren. El peligro podría presentarse en los lugares de parada. En consecuencia, había aprovechando el intervalo para adquirir un automóvil veloz. Al estudiar los mapas de carreteras observó que podía llegar antes que Carter por tren.

A pocas millas del destino, vió que llevaba media hora de delantera. Había esperado en Green Bay, hasta que el tren donde viajaba Carter Boswick salió de la estación.

Luego puso el coche a toda marcha, con el objeto de llegar antes que su protegido a su destino final. Este lugar era la ciudad Empalme, un pueblo de Michigan situado a algunas millas al norte

de la frontera de Wisconsin.

¿Qué sucedería en la ciudad Empalme?

Harry no tenía la menor idea. Tenía instrucciones de permanecer cerca de Carter Boswick, especialmente después de llegar al final del viaje. Era precisamente lo que Harry Vincent pensaba hacer.

El joven era desde hacía mucho tiempo un agente de La Sombra. Había tenido muchas aventuras mientras trabajaba al servicio de su misterioso jefe.

Siempre había gozado de amplia libertad, para actuar según su propio criterio cuando se presentaba la ocasión. Este resultaba ser uno de esos casos.

Había cambiado del tren al automóvil por dos razones. En primer lugar, porque temía que Carter Boswick, se percatara de su presencia durante la etapa final del viaje. En segundo lugar, porque sabía que un coche podría resultar muy útil en Empalme. La ocasión que se le presentara en Gren Bay para obtener uno, fue demasiado buena para no aprovecharla.

En todos los casos en que había intervenido al servicio de La Sombra, el joven no había llegado a conocer jamás la identidad de su misterioso jefe.

Recibía instrucciones por dos conductos: por mediación de Rutledge Mann, un agente de Bolsa de rostro gordinflón, domiciliado en el edificio Badger, de Nueva York, y por el teléfono, de un agente de enlace, invisible, llamado Burbank.

Poniéndose en contacto con uno de estos dos agentes de enlace, recibía la información necesaria, mas en algunos casos de urgencia, la recibía directamente de La Sombra.

El joven agente esperaba que en esta nueva aventura sería su jefe quien le daría órdenes, pues hallábase alejado de su habitual base de operaciones.

El pensar en su misión-además de la ansiedad que sentía por la seguridad de Carter Boswick, le impulsó a acelerar más aún la marcha de su coche, hasta que los faros descubrieron un rótulo en las afueras de Empalme.

Al llegar allí, moderó la velocidad del automóvil y atravesó despacio las calles iluminadas del pueblecito.

Una luz de señal en el fondo de una travesía, le indicó que estaba cerca de la vía férrea, y condujo su coche por un camino

lleno de baches, que se extendía a lo largo de la vía. Finalmente se detuvo junto a una estación ferroviaria medio derruida.

Apartó el auto, y esperó. Extinguidas las luces, veía la estación bajo el tenue resplandor de unos faroles que colgaban del techo.

Reclinado en el asiento, observó los alrededores. En el fondo de la calle aparecía un viejo edificio ostentando un despintado rótulo que decía: Hotel Empalme.

Allí, con toda probabilidad, se alojaría el joven heredero.

Con el espíritu en tensión, Harry Vincent comenzó a recordar todo lo sucedido desde que vigilara a Carter Boswick, en la ventanilla de “Información” en la Estación Central de Nueva York.

Era evidente que el joven, aunque había venido directamente a Empalme, no había empleado de la mejor manera posible el tiempo. Harry había llegado antes; y otras personas podían haber hecho lo mismo. Por consiguiente, si se cernía algún peligro, era posible que descargase esta noche.

Harry miró ansiosamente hacia la estación. Sus ojos se pusieron súbitamente tensos al observar un fenómeno peculiar. Una de las luces colgantes parpadeó, como si alguien hubiese pasado entre ella y Harry. Luego la segunda luz parpadeó también; finalmente la que estaba más adelante hizo lo mismo.

El efecto era en verdad fantasmal. Al parecer, la figura sólida de un ser humano se había movido a lo largo del andén; sin embargo, el joven agente de La Sombra no había observado más que el parpadeo instantáneo de las luces. ¡Volvía a suceder lo mismo! Esta vez en dirección opuesta. Harry asió el volante. Conocía que esto no podía ser debido a alguna peculiaridad de la corriente eléctrica. No. ¡Alguien había pasado por aquel andén!

En momentos semejantes, el joven agente consideraba todas las señales como cosas de importancia para él. En primer lugar, pensó que sería algún enemigo invisible. Luego, meditando sobre el extraño fenómeno, concibió una esperanza.

¡Quizá aquel fenómeno significa la presencia de La Sombra!

Exhaló un suspiro de alivio. Era posible que su jefe hubiese venido a Empalme. Un salto en avión realizaría el viaje en muchas horas menos que los trenes con su marcha lenta, cambios y continuas paradas.

Mientras seguía vigilando las luces, mirando si volvían a

parpadear, oyó el silbato lejano de una locomotora. El silbido se repitió con creciente estridencia.

Al fin, los faros de la locomotora inundaron de luz la estación. Harry seguía observando el andén. No vio a nadie acechando allí.

El tren paró. Harry vio a un joven apearse y reconoció a Carter Boswick.

Observó que el joven cogía un par de pesadas maletas y cruzaba diagonalmente la calle. Evidentemente se dirigía hacia el Hotel Empalme.

Mas el agente de La Sombra, cediendo a un impulso, continuó esperando.

Vio que otro hombre bajaba del tren, con una maleta en la mano. Se fijó en él y lo reconoció de pronto.

¡Estaba seguro de que había visto antes al individuo... en el expreso de Nueva York-Chicago.

El joven agente no se equivocaba. Ese hombre era «Fullero» Lodi, que seguía aún los pasos de Carter Boswick. Harry vio que el individuo encendía un cigarrillo y luego seguía tranquilamente el camino que el hijo de Boswick había tomado.

Tan pronto como el segundo hombre hubo entrado, Harry puso en marcha su coche, subió la calle, dobló y paró delante de la puerta del Hotel Empalme.

El joven agente de La Sombra llevó su maleta al hotel. No salió ningún botones a recibirlo. Comprendió el motivo. Seguramente aquel establecimiento no tenía más que dos empleados, que ahora estarían ocupados enseñando las habitaciones a los huéspedes recién llegados.

Al firmar en el libro-registro, observó dos nombres inscritos. Uno era Carter Boswick, en la habitación número doscientos ocho; el otro, Antonio Lodi, en la doscientos quince.

El encargado leyó el nombre de Harry y luego escribió el número doscientos veintidós a continuación. Tocó un timbre, pero no apareció nadie durante varios minutos. Luego un muchacho desgredado bajó pausadamente la escalera. El encargado le tiró la llave.

Después de aposentarse en la habitación número doscientos veintidós, Harry se puso un par de zapatillas de suela de goma y salió al pasillo. Observó una luz debajo de la habitación número

doscientos quince, que estaba cerca de la escalera. Continuó andando hasta la parte delantera del pasillo y observó el cuarto número doscientos ocho. No se veía ninguna luz allí. Evidentemente Carter se había acostado.

Al volver sobre sus pasos, el joven agente oyó un chirrido. Deslizóse hacia la escalera que conducía al tercer piso, en el momento que «Fullero» Lodi salía del cuarto número doscientos quince. El individuo estaba vestido. Harry le vió descender la escalera.

Escuchando desde arriba, el agente le oyó hablar con el encargado. La discusión parecía referirse, a una buena marca de puros para fumador de calidad.

El tintineo de unas monedas indicó que se había efectuado una compra.

Harry oyó una observación relativa a la frialdad de la noche. «Fullero» elogiaba los aires del pueblo. La puerta principal, al cerrarse con estruendo, indicó que alguien había salido.

Harry Vincent se dirigió con sigilo hacia la parte delantera del pasillo. Abrió una ventana que había encima de un pórtico que se proyectaba sobre la acera.

Esta parte del pasillo estaba casi a oscuras. Harry deslizóse silenciosamente hacia el pórtico y se tendió encima, escudriñando desde el mismo borde.

Vió a «Fullero» Lodi debajo mismo, en la acera. El individuo tenía un puro en la mano. Se lo llevó a los labios mientras Harry observaba, y tiró dos largas chupadas.

El puro brilló dos veces. La mano descendió con el cigarro; luego ascendió para dar otra chupada. Tornó a bajar, luego subió de nuevo y esta vez el fumador dio cinco chupadas.

El significado de aquellos resplandores breves y brillantes se hizo evidente de una manera súbita a Harry. El individuo comunicaba el número de su habitación —daba una señal a unos ojos invisibles en la obscuridad exterior—, a un hombre situado en el otro lado de la calle, donde reinaba una negrura completa.

Tras una breve pausa, fue dada una segunda señal.

El puro brilló dos veces. Descendió y subió; pero esta vez, no aumentó el brillo. La tercera vez que el fumador se llevó el cigarro a la boca, el diminuto brillo ocurrió ocho veces, mediante una lenta

procesión de chupadas sostenidas.

La primera señal fue dos-uno-cinco, el número del cuarto de «Fullero» Lodi.

La segunda, dos-cero-ocho, el de Carter Boswick.

Harry vio que el individuo se volvía y entraba de nuevo en el vestíbulo del hotel. Sin esperar más, volvió al pasillo y se agazapó allí, esperando que el otro subiese la escalera.

Cuando transcurrieron varios minutos sin que el sujeto apareciera, comprendió de repente el plan del individuo. El individuo había dado el número de su habitación, indicando que era el punto de entrada para algunos compinches suyos.

Había dado el número del cuarto de Carter Boswick para decirles dónde tenían que ir. Pero el rufián tenía el propósito de quedarse en el vestíbulo, lo cual le serviría de coartada, no importa lo que ocurriese. Al propio tiempo, se encargaría de anular al encargado, si fuese necesario.

El agente de La Sombra volvió a su cuarto. La luz seguía encendida. En el momento en que él entró se detuvo en el umbral.

El costado del hotel daba a un solar. Si había algunos hombres allí, podrían ver fácilmente a quien estuviese en estas habitaciones, mientras las luces estuviesen encendidas.

Harry recordó que había cometido la imprudencia, de haberse asomado para observar por la ventana cuando entró. La ventana estaba abierta, tal como la dejara.

Tenía que cerrarla al instante. Alargó el brazo en dirección del conmutador de la luz. Entonces sus ojos observaron un sobre que había en el suelo junto a la cama.

Agachándose, lo recogió. Un ángulo del sobre estaba doblado. Comprendió que fue lanzado por la ventana abierta por alguien que se encontraba abajo en la calle, envuelto en la oscuridad.

Abrió el sobre y extrajo una nota doblada.

Había sido escrita con tinta azul brillante, y en una clave que Harry comprendió al instante.

¡Un mensaje de La Sombra!

Tradujo rápidamente:

“Lleve a su habitación a Carter Boswick. Explique que le amenaza un grave peligro. Alguien le sustituirá en cuanto haya salido. Espere hasta que haya comenzado el estruendo. Convénzale de la existencia de

un peligro. Salte por la ventana. Su coche ha sido trasladado a la parte posterior del Hotel. Escape con Boswick”.

Mientras Harry vigilaba, la escritura empezó a desaparecer, como si una mano invisible estuviese borrando frase por frase. Palabra tras palabra, el mensaje entero se desvaneció.

Esto le sucedía a todas las cartas de La Sombra. Si caían en manos enemigas, no les servían de ninguna utilidad. La tinta que La Sombra usaba poseía la propiedad de desvaneciese en cuanto entraba en contacto con el aire.

Harry extinguió la luz. Acercóse con sigilo a la ventana. En lugar de cerrarla, la abrió de par en par. Apenas veíase el suelo de abajo.

Reconoció que el salto de la ventana al salir sería fácil.

Ahora debía visitar a Carter Boswick.

Se puso tenso de pronto y bajo esta influencia no había calculado el elemento tiempo. No comprendió que el mensaje podía haber llegado al cuarto después de haber salido él, y que había estado ausente unos minutos observando desde el pórtico.

Tampoco sabía que casi inmediatamente después de que «Fullero» Lodi regresara al vestíbulo del hotel, hubo un movimiento de una sombra en la puerta principal.

El joven agente, al retrasarse, entorpecía los planes de La Sombra. Y cuando se deslizaba por el pasillo, pensaba en lo que su jefe se proponía hacer.

Carter Boswick saldría de la habitación número doscientos ocho y La Sombra lo sustituiría.

¡Qué sorpresa para los que iban a entrar por la ventana del cuarto de Lodi, con el objeto de atacar por sorpresa a una víctima que dormía!

Esto pensaba Harry Vincent cuando llamó a la puerta de Carter Boswick.

La respuesta a su llamada le inspiró confianza. Carter estaba aún despierto.

Su voz, aunque soñolienta, indicaba que estaba dispuesto a escuchar lo que Harry le diría.

Este era el momento en que el joven agente actuaría de acuerdo con el plan de su jefe.

CAPÍTULO XII

LA ALIANZA

—¿SEÑOR Boswick?

Hubo una respuesta a la pregunta de Harry.

—Sí —respondió una voz del otro lado de la puerta—. ¿Qué desea usted?

—Tengo que darle un mensaje importante.

Una llave giró. La puerta abrióse. Carter Boswick se enfrentó con Harry Vincent a la luz tenue del pasillo. El joven, completamente vestido, aunque sin chaqueta ni chaleco, había estado, evidentemente, echado en la cama.

Harry se alegró al observar esta prueba de vigilancia.

Explicó:

—Me llamo Harry Vincent. Tengo que hablar con usted. Tengo mi habitación en el fondo del pasillo, es la número doscientos veintidós y sería prudente que fuésemos a ella.

En los ojos de Carter Boswick apareció una expresión de sospecha. Pronto desapareció. El rostro de Vincent tenía un aire de franqueza. Carter comprendió que esta inesperada visita significaba que algún peligro le amenazaba. Su visitante tenía el aspecto de un amigo.

Expresando con un gesto que estaba dispuesto a acompañarle, el joven heredero cogió su chaqueta y el chaleco de una silla que había junto a la cama.

Harry señaló otros artículos que se veían desde el pasillo, el sombrero, un gabán y dos maletas. Cogió las maletas mientras Carter tomaba el sombrero y el gabán.

El agente de La Sombra cuchicheó en voz tensa:

—Dese prisa.

Por primera vez Harry Vincent, empezaba a percatarse del tiempo que había transcurrido. Precedió a Carter a lo largo del corredor. Observó la puerta del cuarto número doscientos quince al pasar. Volvióse a ver si su compañero le seguía. Carter se hallaba a unos tres metros de distancia, acercándose a la puerta de la habitación de «Fullero» Lodi.

Al instante, Harry Vincent percibió una amenaza inminente. Durante el momento en que Harry había pasado, la puerta se abrió, sin ser vista por Carter, que no la vigilaba. La puerta había oscilado hacia dentro y Harry vio la figura de un hombre agazapado en la oscuridad.

Al saltar el individuo agazapado, Harry gritó:

—¡Cuidado!

La acción se inició con rapidez. Carter Boswick se volvió a tiempo de hacer frente al atacante. El brazo levantado del individuo descendía. La mano empuñaba una porra.

Con un movimiento instintivo, el joven desvió el golpe y asestó un puñetazo en la cabeza del sujeto.

Harry Vincent, soltando las maletas, corrió simultáneamente en su ayuda.

Llegó en el instante en que el atacante cayó al suelo. Asió el brazo del joven heredero, haciendo un rápido esfuerzo para alejar a su compañero de la zona de peligro.

¡Fue entonces cuando Carter cometió un error!

Olvidando que Harry Vincent le había avisado, pensó que le habían tendido una trampa. Tomó la acción de Harry por un acto de traición y lanzando un grito de furia se lanzó contra el joven que había querido auxiliarlo y le había advertido.

Mientras los dos jóvenes forcejeaban, el individuo de la porra se puso en pie.

Era Scully, el lugarteniente de «Fullero» Lodi.

Ya no era necesario guardar silencio. Profiriendo gruñidos, el bandido lanzó un grito de ataque general.

Tres individuos, armados de relucientes revólveres, surgieron de la habitación número doscientos quince. Scully, arrimado a la pared, empuñó su pistola y dio la orden de asesinato.

Rugió:

—¡«Despachad» a los dos! Teníamos que liquidar a uno. ¡Pero

«despachad» a los dos!

Estas palabras llegaron a los oídos de Harry Vincent, cuando el joven lograba zafarse de la presa de Carter Boswick. Había lanzado de un empujón a Carter por el pasillo y trataba de apoyarse en la pared. Los dos jóvenes se encontraron encañonados por revólveres.

Carter, tambaleándose, se había detenido a medio metro del lugar donde Scully se encontraba. La mano del gangster se alzó blandiendo la porra. El comienzo del descenso fue la señal del asesinato a sangre fría.

Los dedos esperaban sobre los gatillos, dispuestos a disparar cuando aquel golpe descargara. La acción de Scully había producido una momentánea expectación, estando los asesinos dispuestos a que su jefe asestase el primer golpe.

Cuando la muñeca de Scully se levantó sobre su cabeza, sonó un disparo desde la ventana desde el extremo del pasillo. Una bala rozó los cabellos desgreñados de Scully y le hirió la muñeca.

Un grito diabólico de rabia brotó de los labios carnosos del asesino. La porra, cual si se la arrancasen violentamente de la mano, saltó de los dedos del pistolero, dibujando una parábola hacia el techo. El bandido se desplomó, agarrándose la muñeca derecha con la mano izquierda.

Harry Vincent conocía la procedencia de aquel tiro oportuno. La Sombra debió escalar las columnas de la parte de la fachada del hotel. Tendido encima del pórtico, había presenciado el esfuerzo de Harry para conducir a Carter Boswick a un lugar seguro.

¡Tres gangsters armados! ¿Qué importaban ahora? La Sombra se encontraba allí para abatirles. Ahora era necesario alejarse de la zona de peligro, para que el invisible vengador tuviese el terreno despejado.

Sonó un disparo sordo procedente del vestíbulo del hotel, una señal de que «Fullero» Lodi había entrado en acción allí.

Pero Harry Vincent apenas lo oyó. Se estaba tirando al suelo, desviándose de las pistolas amenazadoras, al mismo tiempo que gritaba a Carter Boswick que hiciese lo propio.

El aviso llegó demasiado tarde. El joven heredero ya había entrado en acción. Se lanzaba furioso sobre los gangsters armados.

Harry gimió al meterse la mano en el bolsillo para sacar su pistola. ¿Cómo salvaría La Sombra a Carter ahora?

El joven heredero forcejeaba con uno de los pistoleros y había hecho una presa de hierro en la muñeca del criminal. Los otros pistoleros se apartaron para disparar. Los dos hombres que luchaban —Carter y el pistolero— se encontraban entre ellos y la ventana, quedando protegidos contra el fuego de La Sombra.

La pareja que luchaba a brazo partido se apartó. La presunta víctima, al agacharse, vio al gangster que tenía más cerca. El pistolero arrimó el revólver a la espalda de Carter y lanzó un grito de júbilo.

Pero la misma situación que permitía al asesino matar a Carter, era precisamente lo que esperaba La Sombra.

Una llamarada acompañó el ruido que partió de la ventana. El pistolero cayó de bruces, junto a los hombres que luchaban, desapareciendo la triunfal sonrisa que se dibujara en sus labios burlones.

El otro pistolero libre rugió de rabia. Levantando su revólver, disparó inútilmente sobre la ventana. No hubo respuesta. La Sombra, tendido en el pórtico, había cesado su fuego.

Revólver en mano, Harry Vincent se puso en pie y atacó al pistolero por detrás. Asestó un fuerte golpe en la cabeza del bandido, mas éste volvióse a tiempo para esquivarlo. Arrojó a Harry al suelo y le puso su revólver en la frente.

El joven agente vio el cañón amenazador y el rostro siniestro que había detrás. El pistolero dibujaba una sonrisa feroz, mostrando unos dientes amarillentos.

Una detonación sonó en ese momento, al parecer procedente de un lugar remoto. El revólver cayó de los dedos del gangster. Los ojos del pistolero se desorbitaron, sus labios se cerraron y su cuerpo rodó por el suelo.

Al volver Harry la vista, vio la terminación de la lucha entre Carter Boswick y el pistolero restante. Durante la refriega, el joven había llevado la ventaja hasta ahora. Mas, en cambio, el pistolero logró zafarse. En ese instante su mano, la que empuñaba la pistola, quedó libre y apuntó a matar.

Harry empuñaba su propio revólver y lo levantó con el objeto de impedir la muerte. Fue un gesto tardío. Era imposible que pudiera adelantarse al pistolero. Mas la mano certera de La Sombra estaba alerta. El tiro final partió de la ventana. El bandido lo recibió en el

corazón. Cuando Harry disparó, sus balas se alojaron en el cuerpo de un muerto que se desplomaba.

La Sombra, tirador invisible de la noche, había eliminado a todos los adversarios.

Harry Vincent y Carter Boswick se pusieron en pie. No hubo el menor titubeo ahora. El joven heredero siguió a Harry Vincent. Cruzaron presurosamente el corredor, llevándose las maletas.

Scully, gimiendo en el suelo, no hizo ningún esfuerzo para detenerlos. Su muñeca destrozada terminó su participación en la batalla.

No era necesaria ninguna explicación, mientras Harry guiaba a Carter por la habitación número doscientos veintidós y arrojaba una maleta por la ventana.

Al cabo de veinte segundos, las dos maletas de Carter y la de Harry habían sido tiradas. El joven Boswick saltó afuera cuando oyó la orden, y Harry le siguió.

Tres minutos más tarde, los dos jóvenes salían de la ciudad Empalme en el automóvil de Harry. Carter Boswick, tenso y desconcertante, miraba a su compañero. Se percató ahora de la importancia del aviso de Harry y comprendió que había encontrado un hombre en quien podía confiar.

La voz del joven sonaba llena de gratitud. Dijo:

—Me ha salvado usted de un grave aprieto. Ignoro adónde dirigirme, pero...

Respondió Harry:

—No nos separaremos. Estaremos unidos, venga lo que venga.

—Magnífico-asintió Carter—. Escuche, hay algo que me dice que esto no es más que el comienzo. Tengo muchas preocupaciones. No se las he comunicado a nadie, porque no tenía a nadie en quien depositar mi confianza. Pero usted me parece digno de ella. Es usted un valiente capaz de compartir mis peligros.

La mano derecha del joven agente de La Sombra soltó el volante. Carter la estrechó con fuerza. Los dos hombres se dieron un apretón largo, que indicaba la existencia de una confianza mutua. No era necesario hablar más.

Harry Vincent, al servicio del misterioso personaje conocido por el nombre de La Sombra, había formado una alianza con Carter Boswick, el joven que buscaba una fortuna que formaba parte de su

herencia. ¡De ahora en adelante ambos seguirían la búsqueda!

CAPÍTULO XIII

LA CABAÑA DE MINERO

LA tarde siguiente, Harry Vincent y Carter Boswick pasaban por un camino boscoso y estrecho en el automóvil del primero. Mientras el agente de La Sombra conducía cuidadosamente el coche, Carter estudiaba un mapa que tenía ante él.

Hallábanse en una región salvaje despoblada. Era dudoso que un coche hubiese pasado por aquella carretera casi olvidada, desde principios de mes.

El camino serpenteaba hacia la cumbre de una colina.

Al acercarse a un claro, Carter dio la señal de parar.

—No podemos acercarnos más-declaró—. ¿Por qué no dejamos el coche en este claro y atravesamos este bosque para subir allá?

Señaló un lugar escabroso situado en la falda de la colina. Era evidente que la pequeña eminencia, serviría de excelente puesto de observación para examinar el terreno de abajo.

Sin pronunciar palabra, Harry viró el coche y paró en el borde mismo del bosque.

Los riscos estaban a corta distancia. La suposición de Carter resultó acertada. Sentados en una roca, él y Harry pudieron observar una considerable extensión de terreno poblado de árboles. La región era montañosa: poco más allá veíase un valle, tras el cual aparecían numerosas colinas.

Carter apuntó hacia el valle y dijo:

—Probablemente el lugar indicado por mi padre se encuentra allí. Estoy seguro de que éstas son la latitud y la longitud marcadas; pero tendremos que buscar mucho antes de encontrar el lugar exacto.

Harry Vincent movió la cabeza en señal de asentimiento. Carter

le había explicado la situación. A su vez, el joven agente de La Sombra, había confiado que él era un agente de una persona desconocida, que se había enterado de que algunos malhechores trataban de apoderarse de su herencia.

El joven heredero continuó:

—Estoy seguro de que debe existir algún objeto determinado que nos guíe, algún árbol gigantesco, algún lago o una vivienda.

—¡Mire allí! —exclamó Harry, apuntando con el dedo—. Aquello parece una cabaña, ¿no es verdad?

Carter siguió la dirección de la mirada de su compañero. Vió también el objeto. El borde de un techo apenas visible, en una espaciosa calva situada en la base de la colina opuesta.

El joven heredero volvióse hacia su compañero, con una sonrisa triunfal.

Declaró:

—A ese sitio vamos. Volvamos para recoger los víveres que llevamos en el coche. Luego podemos investigar y quedarnos, si nos parece bien.

Una hora más tarde, los dos jóvenes llegaron a la calva. Llevaban varios paquetes y cajas, conteniendo provisiones y herramientas que adquirieron en un pueblecito aquella mañana.

Al salir del bosque, observaron una cabaña de regulares dimensiones, que parecía encontrarse en buen estado, aunque presentaba señales de estar desierta.

Comprobando que la puerta no estaba cerrada con llave, entraron. La cabaña tenía un solo piso. En el centro había una habitación muy amplia con una chimenea. Había tres dormitorios en un lado y una cocina y un comedor en el otro. Apenas había muebles, a excepción de unos camastros.

En la cocina descubrieron una estufa y una batería muy completa. Un calendario pendía de la pared.

Harry le señaló a Carter. El calendario era viejo, de hacía cinco años.

El joven heredero preguntó en tono de sorpresa:

—¿Cree usted que esta cabaña ha estado tanto tiempo desierta?

—Es muy probable—respondió el agente de La Sombra—. El calendario es un buen testigo.

—Pero los muebles... los utensilios...

—Nadie toca nada por estas regiones. Si alguien ha estado aquí, ha dado por supuesto que los dueños pensaban volver.

Los jóvenes salieron por la puerta trasera de la cabaña. Al otro lado del claro observaron una abertura cuadrada en el suelo, algo parecida a la boca de un pozo de grandes dimensiones.

Investigando, descubrieron una escalera de madera que conducía a un pozo profundo con interior pétreo, que brillaba en algunos puntos.

Harry observó:

—Una bocamina vertical.

—Parece galena —asintió Carter, señalando una de las zonas brillantes.

—Ahora lo entiendo-dijo Harry—. Esta es una región minera de bastante importancia. Los dueños de esta cabaña, horadaron aquí con la esperanza de descubrir algún filón.

—¿Y luego?

—Probablemente se enteraron de que había otra zona más fructífera, cuando otras prosperaban. Cuando se descubre algo de importancia, se produce una carrera, y los primeros que llegan tienen atrás probabilidades. Quizá se dirigieron a la región de Nipigon, en el Canadá. De todos modos, se llevaron todo cuanto pudieron y no han regresado.

—La explicación parece lógica.

—Esto sucede con frecuencia-manifestó Harry—. Este lugar no sirve ya para nada. La costumbre del bosque es usar lo que se encuentra, con tal de que no se estropee ni destruya nada. Esta cabaña es nuestra, provisionalmente.

—No cabe dudar-dijo Carter, lentamente—, de la importancia de este lugar. Parece ser el sitio indicado por mi padre. Nuestra búsqueda empieza aquí.

—Exacto-asintió Harry, señalando la boca de la mina—. ¿Quién baja primero, Carter? ¿Usted o yo?

—Lo haré yo —declaró el joven, prontamente.

Mientras su compañero descendía al pozo, Harry Vincent permaneció sentado en el borde de la pared cuadrada, de madera, manteniendo una cuidadosa vigilancia. Parecía reinar una completa tranquilidad en torno a aquel claro, pero el joven agente de La Sombra no podía evitar la sospecha de que acechara por allí un

posible peligro.

Mirando hacia abajo a intervalos, veía el resplandor de la linterna sorda de Cartea Boswick. Transcurrieron quince minutos. Una cabeza y unos hombros emergieron de la boca del pozo y Carter se reunió con su compañero.

—Nada-comentó—. He inspeccionado la boca hasta el fondo. Unos diez metros, como calculaba. Todo roca viva. Termina en un fondo desigual. Regresaremos a la cabaña.

Al llegar a la vivienda, Harry propuso practicar una inspección. Los dos hombres pasaron una hora examinando minuciosamente el suelo y las paredes. No lograron descubrir nada. Harry entró en la cocina y preparó un poco de café. Sentados a la vieja mesa, los dos jóvenes discutieron mientras bebían.

Carter empezó a hablar quedamente:

—Mi padre era un hombre pobre. Evidentemente despreciaba las riquezas a pesar de que se esforzaba en acumular dinero. Era un hombre muy perseverante. En algún lugar de estos alrededores, ha depositado una suma que se aproxima a los diez millones de dólares. Desde luego, debe haberla escondido muy bien, con el objeto de que ningún visitante casual pueda hallar la pista del escondite. Mas para un hombre que se encuentra en mi situación (que sabe de cierto que existe una fortuna escondida por aquí cerca), que está dispuesto a examinar el terreno palmo a palmo, la búsqueda tendrá sin duda éxito.

—Usted confía en su perseverancia —comentó Harry.

—Así es —respondió Carter.

—¿Y su primo? Usted me dijo que la tarea habría recaído sobre él, si hubiese sido el heredero. ¿Acaso su padre pedía haber confiado en su perseverancia?

—¿Estando en juego diez millones de dólares? —repuso el heredero—. Creo que cualquiera perseveraría.

—Mas si usted fracasa, ¿qué será del dinero?

Carter Boswick se encogió de hombros. Respondió:

—Se quedará donde está. Eso es todo. Pero abrigo la esperanza de encontrarlo.

Harry se aproximó a la ventana y miró en dirección a los bosques. Estudió el terreno de la floresta, con una colina al otro lado. Tuvo la súbita sensación de que unos ojos le espiaban desde el

bosque. La sensación se repitió cuando cruzó la cocina y miró por otra ventana. No comunicó sus sospechas a Carter.

Expresó su deseo de comenzar la búsqueda.

Declaró:

—Es tarde ahora. Podemos empezar por la mañana temprano. Pero esté seguro de una cosa, Carter. Debemos permanecer juntos. No hemos de separarnos. El episodio del Hotel Empalme puede ser el principio.

Observó su compañero:

—Será mejor que nos relevemos de noche. Si hay otras personas buscando el tesoro, es probable que nos ataquen entonces.

—Exacto-dijo el joven agente—. Tenemos un par de pistolas automáticas cada uno. Podemos usarlas si es necesario.

—¿Y su amigo... sea quien sea...?

—No hemos de contar con él —respondió Harry, enigmáticamente—. Tenemos que realizar nuestro trabajo juntos; Ya nos ayudó bastante en el hotel. Es probable que recibamos nueva ayuda en el futuro. Pero pueden existir muchas cosas que yo ignoro. Por tanto, tenemos que hacernos a la idea de que hemos de contar con nuestros propios recursos.

—Usted dijo algo acerca de gangsters-observó Carter—. La refriega en el Hotel Empalme lo confirmó. Pero lo que no acierto a comprender es cómo se llegaron a informar de todo esto desde un principio.

—No tengo la menor idea.

Carter caviló:

—Cometí un error. Debería haber interrogado a Drew Westling para cerciorarme de sus intenciones, antes de mi salida de Nueva York. Farland Tracy me advirtió que mi padre tenía muchas sospechas, que temía que alguien trataba de averiguar dónde estaba escondido el dinero. Unos individuos entraron en la casa mientras mi padre estuvo ausente.

»Luego existe el episodio del mensaje robado. Cuando el abogado se marchó, quizá yo mostré por mi expresión que me embargaba una idea. Lo disimulé hasta después de marcharse Tracy. Mas tan pronto como Headley hubo cerrado la puerta, sentí impaciencia por realizar lo que pensaba. Drew se hallaba en el comedor. Vió la dirección que yo tomé. Quise hacerle creer que

subía al primer piso; mas en realidad entré en la biblioteca.

Harry Vincent interrumpió bruscamente:

—Estos detalles no nos servirán de gran cosa. Sabemos que alguien nos sigue los pasos. Anoche había toda una pandilla que ha menguado considerablemente.

»Un sujeto —el pájaro que tomó el cuarto número doscientos quince— vino en el tren desde Nueva York. Se hace pasar por el nombre de Antonio Lodi. Todavía está vivo. Pero aún ignoramos para quién o con quién trabaja.

Carter rió:—Tiene usted razón. Lo mejor que podemos hacer es no separarnos. Tal vez no nos molesten hasta que hayamos descubierto el escondite del tesoro. Entonces...

Harry Vincent movió la cabeza en señal afirmativa al oír la alusión. Quizá sería ese el plan del enemigo, ahora que la meta se hallaba más cerca.

Pasase lo que pasase, el joven agente de La Sombra estaba seguro de que les esperaba una lucha titánica. Para salir victorioso de la empresa, haría falta alguien más que él y Carter Boswick. Comprendió claramente que la ayuda de La Sombra constituía la única salvación.

Hallábase aún junto a la ventana y sintió una sensación de intranquilidad.

Oscurecía y esto contribuía a la ilusión de que unos ojos espiaban desde el bosque. Haciendo un esfuerzo para dominar su nerviosidad, sugirió que cenasen.

Mientras los dos jóvenes preparaban una cena de provisiones en conserva, tornaron a hablar del mismo asunto.

La búsqueda comenzaría la mañana siguiente. Quizá antes de anoecer habrían encontrado el tesoro. En caso negativo, continuarían investigando.

Era indudable que en algún lugar de aquella longitud, yacía escondida la herencia de Carter Boswick. El tiempo y los peligros no constituirían ninguna barrera insuperable. La búsqueda no terminaría hasta lograr la victoria.

CAPÍTULO XIV

FUERZAS DEL CRIMEN

HARRY Vincent poseía una clara intuición. Cuando la oscuridad envolvió por completo la floresta, un movimiento entre los arbustos confirmó su creencia de que un hombre había estado escondido, espionando la cabaña.

Pero el joven agente de La Sombra, no se encontraba allí para descubrir la presencia del merodeador.

Abriéndose paso a través de las ramas inferiores de los árboles, un hombre se alejó presuroso de las cercanías del claro. Después de andar más de una milla, penetró en un sendero que cruzaba el bosque y llegó a un lugar donde un coche de turismo estaba estacionado junto al camino.

El individuo subió al automóvil. Partió éste y llegó a un camino mejor que se extendía hacia los límites de Wisconsin. Una carretera solitaria de unas doce millas, le llevó a una casa situada en las afueras de un pueblecillo.

El individuo se apeó del coche y entró en el edificio. Su rostro quedó revelado a la luz del vestíbulo. Era Lodi.

El recién llegado observó a un hombre que tenía un brazo vendado y estaba sentado en una habitación contigua al recibidor. Era Scully. El pistolero del brazo vendado sonrió. Usó la mano izquierda para indicar una escalera. Dijo:

—La habitación de arriba. Allí está. Te espera.

El hombre ascendió la escalera y llamó a la puerta que se abrió al oír la orden de entrar. Encontró a Hub Rowley sentado a una mesa, con una botella al lado.

Gruñó el jefazo:

—Hola, «Fullero». Toma una copa. Dime lo que sepas.

—He localizado a Boswick —contestó el recién llegado, rápidamente—. A él y a otro individuo...

—Empieza desde el principio —interrumpió Hub impaciente—. Quiero saber todo lo que ha ocurrido.

—¿No te lo dijo Scully?

—Sí. Pero quiero oír tu historia.

—Pues bien, Hub; cuando llegué a Empalme siguiendo los pasos de este pájaro de Boswick, los muchachos me esperaban allí, como suponía. Ciertamente tuviste una idea excelente para adelantarnos a Boswick; ellos cogieron el coche de turismo que tú sugeriste.

»No perdí tiempo. Tomé alojamiento en el hotel y salí fuera a dar las señales con el puro. Luego me entretuve en el vestíbulo. El encargado despidió a los botones. Nos encontramos él y yo solos y calculé que la batalla arriba sería cosa fácil.

»De pronto comenzó la refriega. Retumbaba aquello como si disparasen con artillería. El encargado cogió un revólver y fue a subir la escalera. En consecuencias lo acribillé. Luego arranqué la hoja del libro de registro del hotel y la arrojé a la estufa. Era lo mejor, Hub. Las coartadas podrían haber sido comprometedoras. Ignoraba cómo terminaría la lucha. Despaché al único pájaro que sabía mi nombre... y quién era Boswick...

—Perfectamente —asintió el jefazo—. Continúa.

El otro prosiguió:

—Cuando subí, encontré a Scully arrastrándose por el corrector. El resto de la pandilla estaba «fiambre». No perdí tiempo. Saqué a rastras a Scully, quien me indicó dónde estaba el coche.

»Tuvimos suerte. Scully paró en este lugar, al pasar. Conocía, que era una taberna clandestina y un sitio de refugio y parada para los contrabandistas del Canadá. El dueño le llevó a ver a un médico. Explicó que había sido herido cazando.

»Entonces te telegrafíé a Chicago, para que vinieses, como habías dicho. Después, a mediodía, salí a buscar el paradero de aquella cabaña. Acertaste. Boswick ya estaba allí. Ignoro quién es el otro sujeto que le acompaña.

—¿Acampan en el bosque? —inquirió Rowley.

—No. Están alojados cómodamente. Han encontrado una cabaña allí. Por eso estoy seguro de que han descubierto el lugar. Han estado mirando algo que parecía un pozo.

—Probablemente es la boca de una mina. ¿Encontraron algo?

—No lo creo. Boswick bajó al pozo. Si él hubiese estado solo, lo habría capturado. Pero el otro sujeto vigilaba. Esperé hasta que entraron en la cabaña. Luego tomé por un atajo y llegué al lugar donde tenía mi coche.

—¿Estás seguro de que no eran más que dos?

—Completamente seguro.

Hub Rowley se quedó pensativo. Luego, con un gesto colérico, apuró de un trago su copa y miró fríamente a su lugarteniente. Interrogó:

—¿Sabes por qué estoy aquí?

El otro movió la cabeza en señal negativa.

—Porque —declaró el jefazo—, se han cometido muchas torpezas y estoy hasta la coronilla de gente tan inepta. Es la tercera vez, «Fullero», que has intentado «pasaportar» a un hombre, a ese Carter Boswick. En cada caso tenías individuos aptos para realizar la «faena». Y han fracasado.

—Ya te dije el motivo—balbuceó el lugarteniente—. No fue Boswick quien lo frustró. Lo averigüé en el barco. ¡Fue La Sombra!

—Eso dices tú. Pero tengo que ver la prueba. En primer lugar, afirmas que tus hombres intentaron «liquidar» a Boswick en un tugurio de La Habana. Puede tratarse de un cuento que ellos inventaron. No puedes probar que La Sombra estuvo allí. Tu historia del barco es posible que sea cierta; mas tú mismo confiesas que estabas un poco bebido. Finalmente, anoche... no viste a La Sombra en el Hotel Empalme, ¿no es verdad?

—Yo me encontraba abajo. Pregunta a Scully; él se encontraba arriba.

—Ya le interrogué. Manifiesta que tú le hablaste de La Sombra. Pero él no lo vió. Scully afirma que un individuo auxilió a Boswick, pero que no era nuestro enemigo.

—¡Scully no lo sabe todo! —protestó Lodi—. Él intentaba asestarle un porrazo a Boswick, a lo menos eso dice. Y los otros encañonaban a su amigo. En ese momento, alguien lo hirió de un tiro en la muñeca.

—Probablemente fue el individuo que ayudaba a Boswick.

—¿Mientras le encañonaban tres pistolas? Esto no parece lógico. Estoy seguro de que La Sombra estaba allí también.

—Quizá tienes razón —gruñó el jefazo—. De todos modos vamos a “despachar” a ese mocoso. Si le acompaña alguien, también le liquidaremos. Mas esta vez yo estaré allí personalmente.

—¿Tú y yo... con Scully?

—¡Scully! —exclamó Rowley, con desprecio—. Está inutilizado. Escucha, «Fullero»; eres muy torpe a veces. ¿Crees que he venido solo? Tengo abajo a Twister, con una banda. He traído una pandilla de Chicago. No están en este tugurio; pero andan cerca.

—¡Estupendo, Hub! —exclamó Lodi, con acento de admiración—. Será una operación fácil. Los pájaros están metidos en aquella cabaña. Si quieres «mandarlos al otro barrio», será fácil.

—Los vamos a «despachar» esta noche.

Hub Rowley se incorporó y se puso a pasear por el cuarto. El gangster trazaba sus planes. Finalmente, volvióse hacia su ayudante y le dio las instrucciones finales. Anunció:

—Nos pondremos en marcha a medianoche. Tú nos conducirás al lugar. Twister y tú seréis los jefes de la banda, bajo mi dirección. Rodearemos esa cabaña por todos los lados. Ahora estoy esperando recibir noticias de otro hombre que está interesado en esto.

Hub hizo una pausa y miró atentamente a Lodi. Recordaba la discusión que sostuvieron la noche antes de que su compinche saliera para Chicago. Trataba de recordar cuanto le había dicho. Al fin decidió continuar hablando, aunque usando cierta astucia. Añadió:

—Esta operación es muy importante, «Fullero». Tengo a un hombre que me comunicó ciertas cosas y ofreció trabajar a medias conmigo. Este hombre necesitaba ayuda, porque Carter Boswick le estorbaba. ¿Comprendes? Pues bien, si “despachamos” a Boswick, el camino estará libre.

Tras una pausa, continuó—: ¿Recuerdas la nota que encontraste bajo la puerta de la casa de Boswick, después de ver la señal de la luz encima de la puerta principal? Eso es lo que yo esperaba. Se la quitaron a Carter Boswick aquella noche. Pues bien, este otro que interviene en el asunto, se las arregló para que la carta llegase a mis manos. Está aquí ahora y le veré esta noche.

«Es probable que no nos acompañe. Quizá se quede a la expectativa, en alguna población cercana. Por ese motivo, usaré mi coche para seguiros a vosotros. Este hombre trabaja conmigo. Te

digo esto para que no se te vaya la lengua. Twister esta enterado. Los muchachos de Chicago no “pintan” nada.

—De acuerdo, Hub-asintió el jugador—. Estoy dispuesto. Permaneceré con Scully hasta que reciba tu aviso.

Lodi salió del cuarto del jefazo y se reunió con Twister y Scully en el piso de abajo. Breves instantes después, Hub Rowley abandonó la posada. Era cerca de medianoche cuando llamaron por teléfono a Lodi. Hub Rowley estaba en el otro extremo de la línea.

—Di a Twister que se ponga en contacto con la pandilla-fueron sus instrucciones—. Puede buscarlos en tu coche. Espera hasta que yo llegue en el cupé. Esta será la señal de comenzar. Deja a Scully en esa taberna.

Lodi transmitió el mensaje a Twister. El guardia personal del jefazo partió a ejecutar las órdenes recibidas. Lodi se entretuvo con Scully hasta que percibió el ruido de unos coches que llegaban. Salió y observó tres automóviles en fila, su coche de turismo a la cabeza.

Twister le llamó con un silbido. Dijo:

—Tú abre la marcha. Nos servirás de guía. Sube al primer coche. Yo conduciré el segundo. Espera a que llegue Hub.

Las luces de un coche aparecieron mientras Twister hablaba. El automóvil paró detrás de los otros que lo esperaban. Lodi subió al coche de turismo que iba a la cabeza.

Hub Rowley había llegado; era hora de ponerse en marcha.

Cuatro pistoleros iban en el coche de «Fullero». El antiguo jugador escuchaba lo que hablaban en voz baja. Eran unos pistoleros reclutados en los bajos fondos de Chicago, mucho más malignos que los que sirvieron con Scully la noche anterior en el Hotel Empalme.

Seguían dos coches más, con su correspondiente carga de asesinos. Lodi, mirando hacia atrás al tomar la primera corva de la carretera, vio que los otros automóviles le seguían. Atrás de todos iba el cupé de Hub Rowley.

El jugador vio tan sólo momentáneamente el automóvil más retrasado. Sus luces le convertían en una figura borrosa detrás de dos bombillas macizas. Por consiguiente, Lodi no pudo haber visto lo que sucedía en la parte trasera del cupé.

Tampoco pudo saber Hub Rowley lo que ocurría detrás de él.

En el momento en que el cupé se ponía en marcha, una figura elevada de negrura surgió de las tinieblas de la cuneta de la carretera. La luz de la posada reveló vagamente una sombra moviéndose con rapidez por el suelo.

La luz roja trasera del cupé pareció parpadear cuando una masa de negrura la cubrió; luego la luz tornó a brillar carmesí cuando un cuerpo ágil y delgado se tendió en la parte trasera del coche. No hubo ni una sacudida ni un ruido.

Silenciosamente, un ser de la noche había subido al vehículo.

Cuando el automóvil de Hub Rowley arrancó, la figura fantasmal permaneció en la parte trasera. Un pasajero invisible, completamente invisible en la parte trasera del último de la caravana de autos, acompañaba a los criminales que se dirigían a ejecutar un ataque en masa sobre la cabaña del claro.

Esa noche Hub Rowley había rechazado despectivamente la idea de que La Sombra, estuviese interesado en la empresa relacionada con los millones de Carter Boswick. Rowley quizá continuaba teniendo la misma opinión; mas su creencia no alteraba las circunstancias actuales.

La Sombra, el rey de la noche, se había agregado a los invasores. El misterioso personaje dirigíase también al teatro de la batalla.

¡Cuándo los malhechores atacasen, el terror del hampa se encontraría allí!

CAPÍTULO XV

EN EL CLARO DEL BOSQUE

—**H**EMOS llegado.

Lodi, al lado de Hub Rowley, señalaba la cabaña desde el borde de la calva.

El pequeño edificio aparecía a la vista bajo la pálida luz de la luna. No se veía ninguna luz por sus ventanas.

Hub Rowley soltó una risita. El jugador permanecía a su lado; Twister, al otro. Detrás de ellos, cual una banda fantasmal, estaban los pistoleros llevados allí para realizar una operación siniestra.

Gruñó Rowley:

—Muy bien. Vamos a esparcirnos. Toma la mitad de los muchachos, «Fullero», y cubre la parte de la derecha. Tú, con la otra mitad, Twister, ocuparás la parte izquierda. No os preocupéis de la parte de la colina. Si intentan escapar por ahí, serán fácil presa.

«Extendeos y acercaos por dos lados. Si ellos intentan correrse hacia el centro, podremos atacarlos por ambos lados. Esperad un momento—. Rowley hizo una pausa para examinar el terreno, como un general en un campo de batalla. Luego añadió—: Yo seguiré a la retaguardia de tu pandilla, «Fullero». Es más probable que huyan por la puerta trasera en un aprieto, y allí precisamente te encontrarás tú. Además quiero ver cómo diriges el ataque. Quizá pueda ayudarte y sacarte del apuro esta vez-terminó en tono lleno de sarcasmo.

Su lugarteniente no respondió. En voz baja llamó a media docena de hombres y estos miembros de la banda se separaron del resto. Twister tomó los otros.

Hub Rowley observó cómo los dos grupos, se ponían en marcha

en dirección de sus puestos respectivos. Luego, lanzando una risita final, el jefe giró la vista a su alrededor para asegurarse de que todos sus hombres se habían apostado debidamente.

Durante un momento, se imaginó ver a un individuo acechando aún en la obscuridad. Su gruñido murió en sus labios al percatarse de que no había nadie allí.

No obstante, cuando Rowley comenzó a andar tras el pelotón de «Fullero», continuaba la impresión de haber sentido la presencia de alguien detrás de él. Durante un momento, estuvo tentado de volver sobre sus pasos y realizar una investigación; mas decidió que sería inútil. Llegó a la conclusión de que fue engañado por el tronco de un árbol.

Hub Rowley tenía un propósito definido al acompañar al grupo de «Fullero». Abrigaba la intención de dirigir el avance; no para intervenir él personalmente, a menos que las circunstancias lo requiriesen.

Había discutido brevemente la situación con Twister Edmonds y conocía que éste actuaría de acuerdo con la otra banda.

Hub se proponía atacar de una manera fulminante. Por tanto, sería mejor que «Fullero» empezase primero, y que Twister obrase de acuerdo con las circunstancias.

Pronto todo estuvo preparado. Los pistoleros se hallaban agazapados en el borde de la calva. Hub Rowley vigilaba alerta la cabaña, dispuesto a dar la orden de ataque. Al parecer, dos víctimas que dormían en aquel momento serían sometidas brevemente.

Mas dentro de aquella cabaña no dormía más que un hombre. Carter Boswick estaba tendido encima del suelo de la habitación central.

Harry Vincent hallábase sentado en la obscuridad vigilando alerta, escuchando atento cualquier ruido que se produjese.

—¡Chist!

El aviso de Harry despertó al instante a Carter. El joven se acercó hacia el agente de La Sombra. Harry tornó a avisarle que guardara silencio.

Cuchicheó:

—Me pareció haber oído algo. ¡Escuche! Quizá lo volvamos a oír.

Carter escuchó. Asió el brazo de su compañero. Dijo en voz baja:

—Hay alguien afuera, delante de la cabaña. No puedo precisar en qué lado.

—Venga-repuso Harry—. Acérquese a la puerta principal. Ábrala suavemente. Nos asomaremos y exploraremos en torno de la cabaña. Si hay alguien, lo encontraremos.

Carter titubeó. Dijo:

—Quizá sea su jefe, el que le mandó aquí.

EL ademán de Harry Vincent fue negativo. Conocía perfectamente que La Sombra, al acercarse a un lugar, movíase silenciosamente como un fantasma.

Estaba seguro de que algún individuo que rondaba por allí había hecho aquel ruido, a menos que se tratase de algún animal del bosque.

El joven agente de La Sombra abrió la puerta. Los dos hombres escudriñaron el exterior. Tendidos en el suelo, se habían asomado. De repente, Harry asió el brazo de Carter. Exclamó:

—¡Mire allá!

Avanzando desde el borde de la calva, veíanse dos líneas de hombres. A la luz tenue, el número de individuos que las componían parecía formidable.

Los dos jóvenes habían llegado a la puerta, a tiempo de presenciar el avance simultáneo de los dos grupos de la banda de Hub Rowley.

Harry empuñaba dos pistolas automáticas. Carter Boswick estaba armado igualmente. Ambos empuñaban armas para rechazar el ataque de los pistoleros. Sin embargo, el número de los asaltantes era aterrador.

Por la mente de Harry cruzaron rápidamente mil pensamientos. Si disparaban ahora, la mayoría de los tiros no darían en el blanco. Si esperaban, los pistoleros se aproximarían demasiado. Los dos jóvenes podrían abatir a algunos enemigos, mas, ¿resistirían una carga de aquellas hordas?

El titubeo de Harry terminó. Súbitamente vio la conveniencia de iniciar el ataque. Parecía ser una táctica desesperada.

—Disparemos sobre esa horda-ordenó—. Con cuatro pistolas, les haremos creer que somos muchos y que tienen que vérselas contra una banda. Siga disparando y puede ser que los dispersemos.

—Bien-asintió Carter—. Yo me cuidaré de la pandilla de la

derecha. Empecemos.

—¡Dispare! —ordenó Harry.

Las cuatro pistolas automáticas ladraron, cuando los dos defensores iniciaron un fuego nutrido. Las repetidas llamaradas que surgían de la puerta de la cabaña, fueron seguidas por estruendosos ecos procedentes del lado de los árboles.

El resultado fue instantáneo. Los pistoleros se tiraron al suelo y comenzaron a devolver el fuego.

«Fullero» Lodi observó que sus hombres vacilaban. Un pistolero había sido herido y yacía gimiendo en el suelo. Mas el jugador demostró una extraordinaria habilidad frente a la inesperada descarga.

Con voz potente, que se oía por encima del estruendo de los revólveres, gritó:

—¡No hay más que dos hombres en la cabaña! ¡A ellos! ¡Achicharradlos!

Al oír estas palabras tranquilizadoras, los pistoleros reaccionaron. Los de la pandilla de Twister también cobraron ánimo. Dos bandidos cayeron heridos; los otros estaban a punto de poner pies en polvorosa.

Mas al ver que la pandilla de «Fullero» resistía, reaccionaron.

La descarga procedente de la puerta terminó de manera tan súbita como empezara. El plan de Harry Vincent había fracasado. Las balas se estrellaban contra la cabaña. De común acuerdo, los dos jóvenes se retiraron a la habitación central.

—¡Vuelva a cargar las armas! —ordenó el joven agente de La Sombra.

Carter gimió mientras obedecía. Por una rendija de la puerta vio una fila de atacantes que se ponían en pie.

Un grito de triunfo partió de las orillas de la calva. Lodi y Twister se imaginaron lo que había sucedido: dentro de la cabaña había dos hombres y se les habían acabado las municiones.

¡Iniciábase un asalto rápido por ambos lados!

Harry veía por la ventana a los atacantes. Comprendió el gemido de su compañero. Habiendo fracasado la estratagema, hallábanse indefensos. El ataque parecía destinado a terminar en una matanza.

De pronto, por encima de los gritos de los malhechores que se disponían a lanzarse al ataque, Harry oyó el formidable estruendo

de dos pistolas automáticas.

Quedó paralizado de estupor. Aquellos disparos procedían de una curva de la calva, entre las dos líneas de atacantes.

Algunos pistoleros empezaron a caer desplomados sobre la hierba. Terribles llamaradas, acompañadas de estruendosos ecos, señalaban la entrada en liza de un nuevo combatiente.

Al ver desplomarse a los bandidos, primero de una línea y luego de la otra, Harry adivinó la respuesta:

—¡La Sombra!

Desde el lindero del bosque, el rey de la noche descargaba sus pistolas sobre los bandoleros. Sus certeros disparos lanzaban mensajes de plomo a lo largo de las líneas. No tiraba sobre los individuos; disparaba sobre los grupos.

Un tirador excepcional triunfaba donde dos hombres fracasaron. La Sombra había reservado la potencia de sus pistolas del 45, hasta que sus enemigos estuvieron por completo a su merced. Con cuatro pistolas automáticas, una en cada mano y dos debajo de su capa negra, poseía suficientes reservas de municiones para barrer a la siniestra banda.

Este método de hacer fuego demostró que el plan de Harry fue acertado. Los pistoleros que avanzaban huyeron a la desbandada. La mitad habían caído; los otros huían del peligro invisible. Algunos gangsters se tambaleaban cuando huían.

La frenética huída de los pistoleros les salvó de una muerte segura. Algunos cayeron muertos; otros estaban heridos. Mas a medida que los restantes se convirtieron en blancos dispersos, los disparos de La Sombra disminuyeron en rapidez. Unos cuantos enemigos alcanzaron el bosque y luego se internaron.

Hub Rowley, solo, hizo un esfuerzo para burlar a La Sombra. Apostado detrás del lindero de la calva, veía los chispazos de las pistolas de La Sombra.

El gangster se escondió detrás de una roca y abrió fuego hacia las llamaradas. Mas aunque se jactaba de ser un excelente tirador, no logró dar en el blanco.

La Sombra, agazapado en la obscuridad, ya moviéndose, ya volviéndose, nunca estaba dos veces en el mismo sitio. El jefe seguía disparando, mientras los pocos pistoleros que escaparon se ponían a cubierto.

Fue entonces cuando el rey de la noche, demostró ser capaz de hacer lo que no alcanzó el jefe de los asesinos.

Las llamaradas salieron en dirección de Hub. Recogiendo un blanco, La Sombra apuntó con asombrosa precisión. De no ser por la roca, la primera bala habría dado en el blanco.

Grandes fragmentos de roca saltaron, donde las balas de La Sombra se estrellaron contra la barricada del gangster. Estos mensajeros mortíferos, partidos de la nada, anunciaban un peligro de muerte.

Echándose al suelo, el gangster se alejó arrastrándose rápidamente a través de los arbustos, manteniéndose bien apartado de la roca. No tenía deseos de esperar a que La Sombra, se hubiese desplazado con el objeto de disparar desde un lado.

Viendo que La Sombra disparaba hacia el bosque, Harry Vincent y Carter supusieron que ahuyentaba a algunos refuerzos. Habiendo terminado de cargar, los dos jóvenes salieron a la calva.

Unos cuantos disparos erráticos, partieron de los pistoleros heridos que yacían en el claro. Viendo esto, encañonaron a los bandidos y se aproximaron con el objeto de desarmarlos.

Terminada esa operación, Harry y Carter volviéronse de nuevo hacia el bosque. El fuego de La Sombra había cesado. Ignoraban lo que podía haber acaecido. De común acuerdo se dirigieron con rapidez hacia el bosque. Oían las carreras de los pistoleros en la oscuridad y dispararon unos cuantos tiros para asustarlos más.

—No disparemos más— ordenó Harry, de pronto—. Será mejor que vayamos al otro lado de la cabaña, de la parte de la colina. Quizá haya otros bandidos por allí.

Al llegar a la choza se separaron. Harry se dirigió por una parte y Carter por la otra. Se encontraron del lado de la colina.

—No hay nadie por aquí —declaró Harry—. Regresemos a la cabaña.

Cuando el joven agente de La Sombra se dirigió hacia el lado de la cabaña, Carter se volvió para seguirle. Por el rabillo del ojo distinguió a un hombre que se ponía de repente en pie. Había estado arrimado a la pared de la cabaña.

Antes de que Carter pudiese levantar su revólver, el hombre estaba ya a una docena de metros de distancia, corriendo hacia la falda de la colina. Cuando el joven apuntó, el fugitivo lanzó una

mirada de espanto por encima de su hombro. El dedo de Carter tembló sobre el gatillo. Una exclamación de horror brotó de sus labios cuando su mano fue a su costado.

El grito atrajo a Harry Vincent, que ya se encontraba cerca de la casa. El joven agente de La Sombra divisó entonces al fugitivo que Carter no pudo detener. Impulsivamente, Harry disparó tres veces sobre el fugitivo; pero la distancia era demasiado larga. El fugitivo huía como un gamo asustado, y logró internarse en el bosque.

—¿Por qué no disparó sobre él? —inquirió.

—No... no pude —balbuceó su amigo.

—¿De dónde salió? —preguntó Harry, colérico—. ¿Cuándo lo vió usted?

—Salió de aquí —respondió Carter—. Ya se había alejado una decena de metros cuando lo divisé.

—Pero, ¿usted no disparó?

—No... no podía. Iba a hacerlo... cuando volvió la cabeza... y le vi el rostro al resplandor de la luna...

—¿El rostro? ¿Qué importa? No es momento de preocuparse por una cara...

Harry se interrumpió.

Carter Boswick, con el rostro intensamente pálido, se apoyó en la pared de la cabaña. Su pistola casi se le caía de la mano.

¿Qué le sucede, amigo? —preguntó Harry, con ansiedad—. Ese bandolero no le ha herido, ¿verdad?

—No —murmuró Carter, con voz débil—. Pero por poco... por poco le maté. No podía hacer tal cosa, cuando le vi. Cuando le reconocí, olvidé el resentimiento y mi enemistad. No puedo creer que él forme parte de la banda de asesinos que han intentado matarnos.

—¿Le reconoció usted? ¿Quién era?

—Un hombre que yo tenía la esperanza de que fuese leal—respondió Carter, en tono profundamente solemne—. ¡Harry, ese hombre era mi primo Drew Westling!

CAPÍTULO XVI

LA SOMBRA ORDENA

TRANSCURRIERON varios minutos antes de que Carter Boswick se recobrase de la profunda impresión que había experimentado.

La visión de su primo, junto a la cabaña, después de la huida de los pistoleros, le parecía increíble.

Aunque Harry Vincent tenía ansiedad, por regresar a la parte de delante de la cabaña, esperó que su compañero se recobrase.

—Animo-dijo—. Comprendo la impresión que eso le ha producido. Usted no tendría reparo en matar a una banda de pistoleros, cara a cara, pero tratándose de su pariente que huye...

—No es eso sólo-repuso Carter—. Ya es triste que mi primo haya participado en esto; pero peor es encontrarse acechando como una serpiente, dispuesto a cometer un crimen.

—Quizá no pudo huir a tiempo-observó Harry—. El no le atacó cuando usted apareció por el lado de la cabaña.

—Se acobardó-repuso Boswick—. Esa es la verdad, Harry. Me siento mejor ahora. Vamos.

Los acontecimientos habían seguido su curso, mientras los dos amigos estuvieron detrás de la casa. Quedaron a la vista unos cuantos cadáveres de gangsters; pero los heridos habían logrado ganar el bosque.

Esto intranquilizó momentáneamente a Harry. Luego se percató de que desde aquella distancia no podrían tirotearles eficazmente. Los pistoleros habían sido derrotados de manera tan aplastante que no había peligro de que volviesen.

Los dos compañeros entraron en la cabaña. Carter encendió una lámpara de petróleo en la habitación central. Se detuvo y señaló en dirección de una mesa. Un objeto que yacía encima de ella llamó su

atención. Exclamó:

—¡Mire! ¿Quién dejó eso allí?

El objeto era un sobre de grandes dimensiones, arrimado a una lata de tabaco.

Harry lo cogió y lo abrió. Reconoció la tinta azul clara y la escritura en clave de La Sombra.

Carter miró por encima del hombro de su compañero y contuvo el aliento al ver que las palabras empezaban a desaparecer. Preguntó:

—¿Qué es?

—Un mensaje de mi jefe-respondió Harry, quedamente—. Nos da instrucciones.

—¿Quiere usted decir... de la persona que disparó desde el bosque? ¿Ha estado él aquí también?

—Evidentemente. Vámonos, Carter, hablaremos de esto en el camino. Vamos a buscar mi coche.

Recogiendo algunos efectos personales, Harry y Carter salieron a la calva.

El joven agente de La Sombra guardaba silencio, mientras contemplaban el campo de batalla. Cinco pistoleros yacían muertos; entre ellos, hallábase Twister Edmonds, a quien no conocía.

Observó Carter:

—Serían más de una docena. Si calculamos cinco muertos y a lo menos el mismo número de heridos, creo que han quedado casi barridos del todo.

Los dos jóvenes llegaron al bosque y avanzaron cautelosamente, usando una linterna sorda como guía. No habían traído más que el equipaje imprescindible y por tanto no iban muy cargados. Ambos vigilaban alerta por si había algunos enemigos invisibles.

—¿Adónde vamos? —preguntó Carter.

—Al lago Summit-respondió Harry—. A un pueblo que está al otro lado de Wisconsin. Hay un hotel allí, donde nos alojaremos.

—¿Con este atavío?

Se refería a los pantalones caquis y bandas de cuero que los dos llevaban.

—¿Por qué no? —replicó Harry—. Esta es una región primitiva. No se negarán a admitirnos en el hotel del lago Summit. Sí nosotros...

Interrumpiéndose, proyectó su lámpara de bolsillo en amplios círculos, revelando una multitud de troncos de árboles apiñados.

—¿Oye alguna cosa? —preguntó Carter.

—Eso me pareció —respondió Harry—. Caminemos despacio.

Extinguió la luz y los dos jóvenes avanzaron en silencio. La noche estaba nublada y había mucha oscuridad. Al cabo de unos veinte o treinta metros, Harry asió del brazo a Carter y lo detuvo. Luego volvió a encender la linterna.

—Siga escuchando-dijo—. Alguno de la banda puede rondar por aquí. Me pareció oír algo que se movía en la oscuridad, entre los árboles. Creo que ahora no hay peligro.

—Al otro lado de la frontera de Wisconsin-musitó su compañero—. No está muy lejos de aquí. No creía que Michigan se extendía hasta aquí.

—Es un trozo de terreno que se interpone entre Wisconsin y el lago Summit-explicó el joven agente de La Sombra.

Carter conocía que este viaje al lago Summit, obedecía a las instrucciones del jefe de su compañero. La idea de abandonar la cabaña le desagradaba.

Sentía ciertos celos, despertados por el encuentro casual con Drew Westling.

Harry notó la intranquilidad de su amigo. Dijo en tono confidencial:

—Regresaremos a la cabaña, más adelante. Mas ahora lo mejor es alejarse. Ahora que La... mi jefe está aquí, empezaremos a ver resultados. Déjelo de cuenta de mi jefe, Carter.

—Perfectamente-asintió su compañero—. De todos modos, necesitamos cambiar de aire, a lo menos por un día. Hemos corrido una aventura seria esta noche. Llegaron al lugar donde dejaron el cupé y encontraron el coche intacto. Harry cogió el volante y el viaje comenzó. Los dos jóvenes estaban rendidos de cansancio; pero Carter Boswick empezó a preguntar cautelosamente respecto del misterioso jefe de su compañero.

En las circunstancias actuales y de acuerdo con unas palabras que había leído en el mensaje de La Sombra, Harry respondió con una explicación detallada. Era esencial que conservase la confianza de Carter Boswick; y habiendo bastantes millones en la balanza, era natural que Carter su compañero sintiese ciertos temores.

En breves frases, el joven agente mencionó el papel extraño que La Sombra había desempeñado en los misterios del mundo del crimen. Este personaje, que actuaba de noche; este lobo solitario que luchaba del lado de la justicia, este ser misterioso infundía terror en los corazones de los criminales más endurecidos: era el terror del hampa.

La Sombra, declaró Harry, era un hombre de extraordinaria capacidad.

Harry mismo, siendo su agente, ignoraba el domicilio de su jefe. En diversas ocasiones fue sacado de un grave aprieto, gracias a la intervención de La Sombra. En realidad, le conoció un día en que fue arrebatado del borde de la muerte, por el misterioso personaje que ahora era su jefe.

Las palabras de Harry habrían sonado fantásticas en otros oídos que no fueran los de Carter Boswick. Pero estando aún vívidas en su mente las recientes demostraciones del poder de La Sombra, no tuvo la menor duda.

El joven meditaba aún sobre los asombrosos acontecimientos y los relacionaba con sus extraordinarias aventuras en La Habana y a bordo del «Estrella del Sur», cuando el automóvil llegó a las afueras del lago Summit.

Los dos jóvenes no sólo encontraron que el hotel del lago Summit era excelente, sino que también descubrieron que su atavío era el usado por allí.

Tomaron unas habitaciones contiguas.

Eran más de las tres de la madrugada, pero allí se jugaba a las cartas toda la noche. Decidieron dar un paseo antes de acostarse. Sus nervios necesitaban calmarse después de la excitación de la noche.

En la terraza del hotel, fumaron una pipa y luego entraron. El periodo de vigilancia había terminado y el cambio de ambiente les produjo un alivio.

Esto es lo que Harry dijo a su compañero y éste asintió.

Se equivocaban. Mientras subían a sus habitaciones, otro coche paraba delante de la puerta del hotel del lago Summit. Un nuevo huésped ascendió cautelosamente a la terraza y escudriñó el interior del establecimiento antes de entrar. El recién llegado sonrió al inscribir su nombre en el libro de registro y observar la firma de

Carter Boswick.

El nuevo huésped era «Fullero» Lodi, uno de los que huyeron del fuego de La Sombra. Había estado escondido en el bosque cuando Carter Boswick y Harry Vincent pasaron. Oyó referirse al hotel del lago Summit.

En el bosque, el jugador tuvo miedo de atacar a dos hombres. Allí, en un hotel concurrido, tampoco podía actuar. Pero tenía la misión de seguir la pista de los dos hombres, cuyas vidas quería extinguir Hub Rowley.

La banda del jefazo había sido aniquilada; pero la estrategia podría triunfar donde la pandilla en masa había fracasado. Aun teniendo a La Sombra por enemigo, «Fullero» Lodi estaba dispuesto a actuar de espía. El jugador sonreía de una manera burlona y siniestra cuando subió al cuarto que le asignara el encargado.

Ahora no podía actuar más que de una manera pasiva; mas, tarde o temprano, los hombres que él vigilaba volverían a la zona de peligro. Al día siguiente se pondría en contacto con Hub Rowley. Desde entonces en adelante, todo movimiento, de Harry y Carter sería comunicado sin demora al jefazo.

¡El agente de La Sombra y el hombre a quien protegía continuaban siendo vigilados por el astuto sicario que servía de espía de Hub Rowley!

CAPÍTULO XVII

PROCEDENTE DEL CIELO

EL día siguiente, al atardecer, un extraño aeroplano apareció encima de los bosques situados al norte de la frontera de Wisconsin. El aparato volaba suavemente, debido a las alas giratorias situadas horizontalmente encima.

¡El autogiro de La Sombra volaba sobre aquellos bosques desiertos!

Para los ojos sagaces que miraban hacia abajo desde el aparato, las características del terreno aparecían claramente visibles. El autogiro se dispuso a descender lentamente. A menos de cuatrocientos metros de altura, cerníase sobre un lugar determinado.

Debajo mismo hallábase la calva con la cabaña de minero en el centro. No había ahora ningún cadáver por el suelo. Fueron recogidos al amanecer y trasladados a un lugar lejano. Hub Rowley encontró a sus hombres en los coches y esperó allí toda la noche.

No obstante, todos los pistoleros habían desaparecido. La Sombra comprobó este hecho. Todo parecía estar desierto abajo. La cabaña estaba silenciosa; la bocamina se destacaba por el agujero cuadrado del suelo. Estos no eran los únicos objetos que La Sombra buscaba.

En un breve vuelo, el misterioso personaje realizaba algo que no se le había ocurrido a Carter Boswick: una inspección completa y minuciosa de los terrenos que rodeaban a la cabaña. El autogiro, tras un leve titubeo que daba la sensación de un paro, volvióse hacia la falda de la colina. Al pie veíase un edificio que Harry Vincent y Carter Boswick no descubrieron en su breve inspección de los contornos.

Era una especie de cobertizo, situado casi en la mitad de la pendiente. El edificio estaba oculto entre los árboles. Otra cosa inusitada veíase desde el aeroplano: un sendero, que no podía haber sido observado desde el suelo, pero que se veía desde arriba.

El sendero comenzaba en el lindero del claro junto a la colina. Ascendía pasando delante del cobertizo, para perderse en la falda de la montaña. Con extraña precisión, el autogiro parecía seguir la senda hasta alcanzar un nuevo ángulo de visión.

Esto condujo a otro descubrimiento, que posiblemente no podía haber sido hecho desde tierra firme. Una roca agrietada se reveló en medio de un espeso macizo de árboles y arbustos secos. Mientras el autogiro iba trazando círculos, acercándose poco a poco a tierra, el significado de aquel saliente oculto se hizo evidente.

Detrás de las rocas, escondida de una manera tan hábil que únicamente después de una búsqueda minuciosa y prolongada habría podido descubrirse, había una abertura: la entrada de una mina invisible en la falda, de la colina.

Los tonos de una risa fantástica se mezclaron con el zumbido del motor del autogiro. El aparato buscaba un lugar de aterrizaje.

Un aeroplano corriente se habría posado sobre el claro, aterrizando sin la menor dificultad. Mas este molino del aire desdeñaba semejante cosa.

Descendió con la suavidad de un paracaídas sobre un saliente plano, a unos centenares de metros del lugar donde estaba la abertura de la roca.

El aterrizaje se efectuó de una manera brusca. Las ruedas del autogiro chocaron con la piedra irregular; mas la mano que conducía el aparato actuó con gran pericia. Las ruedas apenas dieron más que una vuelta. El aeroplano se acomodó y quedó posado en aquel lugar como un enorme pájaro que hubiese descendido al suelo.

La inspección aérea de La Sombra había sido planeada sabiamente. La batalla celebrada en el claro, había obligado a que las fuerzas opuestas se retirasen temporalmente. Aprovechando este breve intervalo, el misterioso personaje había empleado la navegación aérea como método de investigación.

De haber utilizado un aeroplano corriente, su vuelo rápido habría requerido emplear más tiempo trazando círculos y un mayor

estudio del terreno.

Empleando el autogiro, La Sombra había conseguido resultados más rápidos.

El terreno, que iba quedando envuelto en la obscuridad, ofrecía cierta garantía para los futuros movimientos de La Sombra. Una figura vestida de negro apareció junto al aparato. Deslizóse con sigilo a lo largo del terreno y llegó a un bosque.

Tanteando a través de la obscuridad, La Sombra, cual un fantasma flotante, llegó al macizo de árboles que sus ojos sagaces observaron desde una altura de unos cuatrocientos metros.

Una linterna sorda titiló y sus rayos mostraron la barrera de troncos. La posición de los árboles y la formación de las rocas contribuían a ocultar por entero la abertura, que La Sombra buscaba.

Aun a la luz del día, un grupo numeroso de hombres podría haber pasado por aquel lugar, sin probabilidad de descubrir la abertura oculta. Solamente la seguridad de haberla visto antes, bastaba a La Sombra.

La luz escudriñadora se proyectó en torno a las puntas de la roca protegida por los árboles. Encontró un sendero zigzagueante de base pétreo.

La figura de La Sombra se posó momentáneamente sobre una roca colgante; luego se inclinó hacia la derecha y deslizóse hacia el suelo. Penetrando en una breve hendidura, se detuvo delante de una abertura cavernosa.

La lámpara eléctrica brilló claramente ahora. Mostró un sendero que se extendía entre rocas a un ángulo de la colina. La figura de negro ocultó la luz, a excepción de algunos destellos que de vez en cuando se enfocaban más adelante. ¡De este modo la luz y la figura fantasmal penetraron bajo tierra!

Reinó el silencio en el lugar cuando La Sombra desapareció. La luna, elevándose en el horizonte, arrojaba un fantástico resplandor sobre esta escena invisible, a medida que las sombras de la noche aumentaban.

Sucedió un movimiento más allá del macizo de árboles que guardaban la entrada de la cueva.

Aquel ruido podía haberlo producido algún animal salvaje. Al principio no hubo nada que indicase la presencia de un ser humano.

Mas el esfuerzo constante para abrirse paso a través de la barrera pronto señaló la acción de una persona. Luego hubo una pausa mientras un hombre respiraba pesadamente.

Alguien, espiando desde el suelo, ¿había observado la llegada del autogiro de La Sombra? ¿Acaso aquella persona, dirigiéndose hacia el lugar donde el aparato aterrizara, vio señales de la presencia de La Sombra a través del resplandor de la linterna escudriñadora?

Esto parecía ser lo más probable; sin embargo, el hombre desconocido que investigaba no lograba descubrir nada más. Su paso por entre los arbustos se convirtió en un andar ruidoso sobre rocas erizadas.

Fue entonces cuando su cuerpo quedó visible momentáneamente al resplandor de la luna. El segundo investigador llegó a una de las partes colgantes de roca que ocultaban a la vista de la cueva.

Allí toda investigación habría terminado infructuosamente. Quizá, de día, el segundo hombre podría haber adivinado fácilmente que debajo había algún lugar importante. Mas, a la luz de la luna, su cuerpo avanzaba arrastrándose cauteloso hacia el otro lado de la roca, alejándose del lugar importante.

La suerte ayudó a este nuevo investigador. Este resplandor surgió de casi debajo de la roca que acababa de abandonar. Semejaba un lejano relámpago, oscurecido por una gruesa nube, una chispa casual que no reveló nada, pero que constituía una prueba de que alguien rondaba por allí.

Mientras el hombre vigilaba, la luz se repitió. Luego el titileo se produjo por tercera vez y su resplandor reveló momentáneamente a una figura vestida de negro saliendo de la roca.

Esta fue la última señal delatora. Si el hombre que espiaba lo hubiese intentado, no habría podido pillar por sorpresa a La Sombra. Pues en el momento en que llegó al exterior, el rey de la obscuridad extinguió su luz por completo y se convirtió en una cosa de la nada.

El espía esperó. Escuchó por si oía algo que indicase adónde se había marchado el hombre, que surgiera de la caverna. No percibió nada que le sirviese de pista. La Sombra, arrastrándose a través de la negrura de la roca medio enterrada, volvía, sobre sus pasos con la mayor habilidad.

El rey de la noche sabía encontrar su camino sobre un terreno cualquiera. La Sombra actuaba con suma cautela.

Transcurrieron unos minutos largos y tensos. El espía respiraba pesadamente. Tendido en el suelo, quieto y silencioso, profería sin embargo algunos sonidos que podían delatarle a unos oídos que escuchasen. Mas La Sombra se había desvanecido en la noche.

Al fin, al cabo de unos veinte minutos, el espía se impacientó. No había vuelto a ver el menor vestigio de la luz. Dedujo que la persona que estuvo abajo se había marcharlo perdiéndose en la obscuridad.

Fue entonces cuando el espía se movió. Emergió de los árboles a la luz de la luna y cautelosamente avanzó hacia el lado de la roca. Su linterna sorda brilló, enfocada sobre el suelo. Paso a paso, reveló el sendero rocoso, y tras algunas dificultades, encontróse ante la abertura del suelo.

Una exclamación sorda brotó de sus labios. Escudriñando cautelosamente el boquete, usó la luz como guía y entró. Seguro de que el desconocido se había marchado, no pudo resistir la tentación de practicar una investigación por su propia cuenta.

Después de que el segundo investigador hubo desaparecido, ocurrió un nuevo fenómeno. Entre los retoños donde el espía estuvo acechando se produjo un ligero y silencioso movimiento.

Una risa suave brotó de unos labios invisibles, cuando la figura fantasmal de La Sombra se enderezó en el borde de la luz de la luna.

Unos ojos penetrantes chispearon debajo del ala de un sombrero. Los pliegues de una capa pendían como un sudario de los hombros del rey de la noche.

Atravesando suavemente la obscuridad, La Sombra adivinó la presencia del espía. ¡Había esperado y ahora le tocaba a él vigilar!

Transcurrieron unos minutos más. La Sombra, que se había percatado de todos los movimientos del espía, esperaba su regreso. Su paciencia fue recompensada. Un rayo de luz anunció que el segundo investigador regresaba.

Al fin su figura apareció a la vista al emerger de la caverna y avanzar poco a poco hacia la roca. Cuando el hombre llegó a los arbolillos, La Sombra ya no se encontraba allí. Tendido sobre el saliente de una roca colgante, el rey de la noche yacía

completamente invisible.

El espía pasó nerviosamente entre los árboles. Unos destellos intermitentes señalaban su ruta. Durante aquel pasaje, una figura le seguía pisándole los talones. El rey de la noche le seguía a su destino.

Este resultó ser el cobertizo que divisara desde el aire. No lejos de la caverna, formaba una vivienda escondida entre los árboles.

El individuo estuvo dentro varios minutos. Al tenue resplandor de una lámpara de petróleo, recogió varios artículos: unas mantas, unas herramientas y diversas provisiones.

Haciendo un bulto con todas esas cosas, apagó la lámpara y se la llevó también. Luego emergió del cobertizo y regresó en dirección de la caverna invisible, usando su linterna sorda, a veces, para encontrar el camino.

Los ojos sagaces del misterioso personaje, habían visto por la ventana del cobertizo todo lo que había pasado. La Sombra seguía al individuo que se imaginaba que se había marchado. El espiado seguía al espía. Así actuaba el defensor de los oprimidos.

Mientras el individuo descendía laboriosamente su carga desde un saliente de roca, los ojos de La Sombra seguían vigilando. Cuando el hombre llegó finalmente a la entrada de la caverna, el que escudriñaba desde la obscuridad continuaba invisible. Al fin, la luz de una lámpara eléctrica, reveló que el individuo había entrado en la cueva con la intención de quedarse.

La Sombra había averiguado las intenciones del desconocido. La cueva que había descubierto y escudriñado sería su morada.

Una risa escalofriante resonó en la noche iluminada por la luna. La Sombra también había registrado aquella cueva. Conocía el objetivo del hombre que acababa de entrar allí.

Pues La Sombra, ojo avizor, había visto el rostro del que había entrado en la cueva. Adivinó el propósito del individuo. Había estudiado los motivos y ambiciones desencadenados en aquella vecindad, donde el crimen y la muerte habían sentado sus reales.

La risa fantástica de La Sombra indicaba la actividad de su poderoso cerebro. El lugar del tesoro había sido descubierto. Ahora podía señalárselo a Carter Boswick.

La exploración aérea fue realizada con el propósito de frustrar unos planes criminales. El resultado positivo había satisfecho a La

Sombra. La presencia del espía del cobertizo resultó ser un factor inesperado. Pero La Sombra incluía esto en sus cálculos.

Una figura espectral atravesó con rapidez el bosque. La figura se detuvo junto al autogiro y subió a éste silenciosamente. El motor runroneó rítmicamente. Era imposible oírlo ahora. El único hombre que había en estos contornos se había hundido bajo tierra.

Las hélices del aeroplano giraban veloces. El autogiro avanzó. Sus ruedas se deslizaron sobre una extensión plana y suave de roca, en dirección a unas melladuras del extremo del saliente plano.

Antes de que las ruedas llegasen a aquellas amenazadoras barreras de piedra, el autogiro remontóse en el aire. En vuelo ascendente elevóse de una manera perfecta bajo el resplandor de la luna.

El ascenso tornóse vertical. El aparato cernióse sobre el escenario bañado por la luna. La abertura de la caverna quedaba casi invisible. No obstante, el pequeño cobertizo se perfilaba claramente entre los árboles. La cabaña y el boquete de la mina vertical eran visibles en el claro.

La Sombra había surgido del aire y en el aire había desaparecido. Había descubierto el secreto de Houston Boswick; también fue testigo de que otro hombre hacía el mismo descubrimiento.

El aeroplano dirigióse rápidamente hacia el Sur. La Sombra tenía otra misión esta noche.

La carcajada fantástica que se mezcló con el zumbido del autogiro, fue el único sonido que reveló el objetivo de La Sombra. Aquella risa sarcástica indicaba que el misterioso personaje se alejaba de allí temporalmente. Pronto regresaría a este lugar desierto.

¿Qué sucedería entonces?

¿Cuál sería el resultado?

¿Encontrarían Carter Boswick y Harry Vincent la fortuna que les esperaba?

¿Qué papel desempeñaba el hombre que entró en la caverna?
¿Qué acción emprenderían Hub Rowley y el desconocido que trabajaba con él?

Todo dependía de las circunstancias. Era necesario desenmarañar la trama para enfocar el futuro de una numera

comprensible.

La Sombra, solo, había realizado progresos. Sean cuales fueren las complicaciones que trajese el futuro, tendría que haber algún resultado positivo, después del regreso de La Sombra.

¡El misterioso personaje lo sabía!

CAPÍTULO XVIII

EL PLANO DE LA SOMBRA

HARRY Vincent se despertó sobresaltado. La tenue luz del amanecer se filtraba por la ventana de la habitación del hotel. Todo estaba envuelto en una vaga borrosidad.

Sentado, erguido en la cama, el joven agente de La Sombra giró la vista en torno de la habitación.

¿Había estado soñando? ¿O acaso oyó su nombre cuchicheado de una manera fantasmal en su oído?

No había señal de nadie en el aposento. Habría sido posible que una persona entrase, cuchichease su nombre y se marchase mientras él se despertaba. No obstante, la puerta estaba cerrada y el joven agente no oyó el menor sonido procedente de aquella dirección.

Dos hechos le convencieron de que había sido despertado por alguien desde el exterior. El primero era que casi nunca soñaba; el segundo, que esperaba constantemente algunas instrucciones de su jefe. En tales circunstancias, decidió investigar.

Encendió una lámpara que descansaba encima de una mesa junto a la cama.

La luz reveló un sobre que yacía debajo. Harry comprendió entonces que no había sido víctima de su imaginación. La Sombra había entrado en esta habitación del hotel Summit y le había dejado un mensaje.

El sobre contenía una nota, breve y explícita en sus instrucciones. La escritura en clave se desvaneció.

Pero el sobre contenía otro pliego de papel, escrito en tinta negra que no desapareció. Harry contempló los detalles de un plano bien trazado, un mapa completo de los contornos donde él y Carter Boswick encontrarán la cabaña de minero abandonada.

Sin pérdida de tiempo, llevó el plano a la habitación del joven heredero y lo despertó. Encendieron otra luz y examinaron el mapa. Un grito de júbilo salió de los labios de Carter al observar dos líneas entrecruzadas que decían:

Lat. 46° N.

Long. 88°W.

La cabaña estaba situada a corta distancia del lugar donde las líneas se cruzaban. Desde allí, una línea ligeramente punteada se extendía hasta la falda de la colina.

—Tengo instrucciones—dijo Harry, en voz baja—, de dirigirme hacia este lugar de la falda de la colina, evitando acercarme a la cabaña, si es posible. Podemos hacerlo sin ninguna dificultad. Si nuestros enemigos deciden regresar y vigilar la choza, perderán el tiempo observando un lugar desierto.

—¡Magnífico! —asintió Carter—. ¿Pero qué me dice de este lugar de la colina?

—El mensaje indicaba que encontraríamos un sendero a nuestra disposición. Hallaremos unas señales diminutas hechas en los árboles y en las rocas, empezando desde la barrera de los bosques marcados cerca de la entrada.

—Muy bien —comentó Carter—. Parece ser que al fin hemos dado con el sitio.

—¡Chitón! —cuchicheó Harry, levantando la mano en súbito aviso.

Levantóse y se dirigió hacia su propia habitación, seguido de su compañero.

Este acercóse sigiloso a la puerta que daba al pasillo y escuchó.

—¿Qué sucede? —interrogó el joven heredero.

—Me pareció oír a alguien en el corredor—respondió su amigo.

Los dos jóvenes escucharon atentamente. Sea cual fuere el ruido que Harry oyera, había terminado ahora.

Mas las sospechas del joven agente de La Sombra no carecían de fundamento. Alguien había intentado abrir la puerta, haciendo un ruido. El mismo individuo intentaba abrir la puerta de Carter Boswick, en este momento, esta vez con éxito.

Mientras Harry y Carter estaban en la puerta de una habitación, la puerta abrióse suavemente y «Fullero» Lodi entró. Apostado en el pasillo, cerca del cuarto de Harry, había visto por la claraboya el

súbito brillo de una luz.

En la habitación de Carter Boswick, «Fullero» observó un objeto encima de la mesa: el plano de La Sombra. El jugador avanzó suavemente y estudió el mapa. Sus ojos observaron la línea punteada que se extendía desde la cabaña a la falda de la colina.

El bandido sonrió. Oyendo un sonido procedente de la habitación contigua, regresó presuroso al pasillo. La puerta cerróse detrás de él en el mismo momento que Harry y Carter entraban.

Observó Carter:

—No hay nadie allí. Dice usted que las señales nos conducirán al sitio.

—¡Chitón! —advirtió su compañero.

Cerró la claraboya de la puerta de Carter. Recogió el plano y lo dobló.

Anunció:

—Nos pondremos en marcha esta tarde. Podemos llegar al sitio al oscurecer. Habrá suficiente luz para poder orientarnos; pero la obscuridad nos permitirá trabajar sin ser vistos.

Tras un estudio final del plano, que los dos jóvenes trataron de retener en la memoria, Harry rasgó el papel y lo quemó con la llama de una cerilla. Echó las cenizas en un cenicero y luego las arrojó por la ventana.

—Hemos de esperar todo el día-musitó Carter—. De todos modos, es mejor. Podíamos salir al mediodía a dar una vuelta en el coche, Harry, y entretenernos hasta que llegue la hora de dirigirnos al lugar. No estamos seguros de que no haya alguien espiándonos aquí.

El ayudante de La Sombra asintió con la cabeza pensativamente. El ruido que le pareció oír en la puerta podría significar la presencia de un enemigo invisible. Resolvió que sería prudente dirigirse hacia el Sur en el cupé y luego regresar; mas decidió que era innecesario salir tan temprano, a mediodía.

La mañana transcurrió aburridamente y los dos jóvenes pasaron el tiempo en el vestíbulo del hotel. No sospechaban que existiese algún peligro y en consecuencia estaban tranquilos.

No sospechaban que en este mismo hotel se alojaba un rufián peligroso, procedente del campo enemigo. Ignoraban que «Fullero» Lodi ya había visitado a Hub Rowley, en la posada de Michigan,

para comunicarle sus planes.

En consecuencia, a los dos de la tarde, cuando los dos compañeros partieron en el automóvil, ignoraban que eran objeto de vigilancia por unos ojos astutos que espiaban desde una ventana del hotel. “Fullero” Lodi, con una sonrisa siniestra en sus labios, vio que el coche partía en dirección hacia Wisconsin.

—Intentan engañar a cualquiera que pudiese estar vigilando, ¿eh? —pensó—. Se han equivocado esta vez.

Un cuarto de hora más tarde, el sicario de Hub Rowley partía en su propio coche en dirección a la frontera de Wisconsin.

Entretanto, Carter y Harry continuaban su ardid, que adoptaron meramente como precaución. Cambiaron su ruta, regresaron a Michigan y encontraron una carretera que daba un rodeo y los condujo a la de la colina.

Obscurecía cuando estacionaron el automóvil en el lugar que antes usaran.

Fueron a la eminencia rocosa y contemplaron el terreno que se entendía a sus pies. Harry señaló un sendero que pasaba a varios cientos de metros de la cabaña.

Manifestó:

—Allí está nuestro objetivo. Está obscureciendo, Carter. ¿Qué le parece si nos ponemos en marcha?

—De acuerdo —asintió su compañero.

Cinco minutos más tarde, los dos jóvenes atravesaban el bosque, que iba quedando envuelto en la obscuridad. Lejos de las calvas, no tenían nada que temer. Estaban contentos y seguros de que no habría nada que les interrumpiese la marcha.

Al cabo de media hora de caminata, llegaron a la falda de la colina. El primer acto de Harry fue localizar el cobertizo marcado en el plano de La Sombra. Estaba casi oscuro del todo cuando encontraron el lugar.

—Está bien oculto, ¿no es verdad? —preguntó Harry, escudriñando la puerta del edificio desierto.

—Sí —asintió su amigo—. Lástima que no hayamos tenido un día de tiempo para examinar los alrededores. Habríamos estado mejor alojados aquí que en la cabaña.

—En efecto— reconoció su compañero—. Habría sido mucho mejor, de no haber contado con ayuda. Mas estando vigilando La

Sombra, tenemos que enfrentarnos con muchos menos enemigos.

Desde el cobertizo, divisaron el macizo de árboles. En la base de uno de ellos, Harry, con la ayuda de una lámpara eléctrica, encontró una marca redonda, evidentemente hecha hacia poco. El sendero conducía hacia la derecha. Unos puntos negros que vieron en la roca les condujeron mas adelante.

—Ya llegamos —observó Harry.

Carter Boswick sonrió. Estaba seguro de que se acercaba al fin de la búsqueda. Conocía que su compañero compartía su entusiasmo. Ninguno de los dos pensó que podrían esperarle algunos peligros. Y mucho menos que existiese una amenaza detrás.

Ignoraban que “Fullero” Lodi había encontrado también el plano.

¡No sospechaban que una banda de enemigos desesperados se aproximaba y que pronto se toparían con ellos!

CAPÍTULO XIX

HORDAS DEL CRIMEN

EN los bosques, al otro lado de la cabaña de minero, una pandilla de rufianes acechaba alerta. Unos rostros feroces se hallaban escondidos en la lóbreguez de la noche, cuando «Fullero» Lodi, a petición de Hub Rowley, les explicó la situación y las instrucciones recibidas.

—No debernos cruzar la calva—advirtió en tono cauteloso—. Podemos dar un rodeo y yo buscaré otro camino por el otro lado. Hay un cobertizo en la colina, y cuando lleguemos, encontraré los árboles que necesitamos.

«Me fijé bien en el plano, Hub. Estaba claro y era fácil de recordar. Hay un lugar marcado «cueva» poco más allá de los árboles. Tal vez resulte difícil encontrarla; pero sin duda el zoquete de Boswick hablaba de unas señales que les conducirían a la entrada. Si ellos pueden encontrarlas, nosotros daremos con ellas también.

Mientras el jugador hacía una pausa, Hub Rowley sostuvo una conferencia con un hombre que había a su lado. «Fullero» no había visto al compañero de su jefe. Él había estado ocupado en recoger una banda de pistoleros en un coche de turismo. Hub Rowley llegó con dos hombres en su automóvil.

«Fullero» había inferido que habían llegado refuerzos de Chicago. En conjunto, había cerca de quince hombres esta noche. Era una pandilla tan numerosa como la aniquilada anteriormente; pero entonces la batalla se celebró en campo abierto. Esta noche se trataba de pillar en una trampa a las víctimas que no sospechaban nada.

—Perfectamente—gruñó Hub—. Abre la marcha, «Fullero». No os

disperséis, muchachos. Hubo un espía entre nosotros la otra noche. Esto no volverá a suceder. Daré las órdenes sobre la marcha.

Los pistoleros avanzaron silenciosamente entre los árboles. Tomando como guía el claro iluminado por la luna, «Fullero» abrió la marcha por el lindero del bosque. Después del rodeo, se detuvo cerca de la colina. Alejándose de la calva, emprendió la marcha cuesta arriba.

Reinaba una intensa obscuridad debajo de los árboles y el ex jugador se vió obligado a conducir la pandilla por un sendero zigzagante, con el objeto de asegurarse de que encontraría la cabaña. Los contornos de la colina facilitaban la operación. El rufián conocía que se mantenía cerca de la línea marcada en el plano de La Sombra.

Los planes de esta noche fueron elaborados inmediatamente, después que «Fullero» llegara a la posada donde Hub Rowley había establecido su cuartel general. El jefe había decidido esperar que Carter Boswick y Harry Vincent llegasen a su destino. Además, juzgó necesario esperar ciertos detalles importantes, antes de ponerse en marcha.

Actualmente el jugador no tenía más que una aprensión: que no descubriese el final de la pista tan pronto como Hub Rowley esperaba.

Marchaba preocupado hasta que de pronto, el resplandor de su lámpara de bolsillo reveló un lado de la vieja cabaña. Obedeciendo las órdenes de Hub Rowley, emitidas en un gruñido, dos pistoleros se adelantaron y penetraron en el edificio. Salieron breves instantes después, anunciando que estaba desierto.

Cambiando de dirección, «Fullero» Lodi localizó pronto el macizo de árboles. Proyectando los destellos de su linterna hacia abajo, descubrió la misma señal que Harry Vincent había encontrado. Era el principio de la senda señalada por La Sombra.

El jugador señaló la marca a Hub Rowley. Encontró otras un poco más adelante. Pronto la banda entera seguía el camino por encima de las rocas.

Descendiendo a tierra, se aproximaron al extraño lugar que La Sombra viera desde el aire, donde el misterioso personaje entró y luego abandonó, siendo su presencia observada por un hombre desde la obscuridad, y el cual fue, a su vez, seguido por La Sombra.

El individuo fue el primero que encontró ese lugar. Luego, otro hombre.

Después, Harry Vincent y Carter Boswick. Ahora, Hub Rowley, acompañado por unos desconocidos que «Fullero» Lodi no había visto a la luz, se encontraba allí con su siniestra banda de pistoleros.

No había señal de que alguien hubiese pasado por allí desde hacía media hora. Hub Rowley gruñó en silencio.

—Hemos dado tiempo a estos individuos para que llegasen aquí— declaró el jefeazo, contemplando la hendidura entre las rocas que la linterna de “Fullero” revelaba—. Quizá está aquí; quizá no. Vamos a averiguarlo.

«Cuando entremos, quiero que dos muchachos se aposten en un buen lugar estratégico. Si esos pájaros entran, achicharradlos en seguida, sin más contemplaciones. Entretanto, el resto de nosotros seguiremos adelante, y si esos individuos están dentro, estarán a merced nuestra, como ratas en una trampa.

Habiendo terminado estas instrucciones, Hub volvióse hacia el hombre que había su lado y le formuló una pregunta. Después de la respuesta, ordenó a “Fullero” que extinguiese la lámpara de bolsillo. Los pistoleros, esparcidos entre las rocas, esperaron en silencio y en la obscuridad mientras Hub Rowley conferenciaba con su compinche.

Era evidente que el jefeazo respetaba el consejo de su compañero. Lodi recordó la conversación, en la que se aludiera a la intervención de otra persona en los proyectos de Hub.

El jugador sonrió para sí, al percatarse de que la operación de esa noche revestía una importancia enorme. Comprendió que tan sólo él y Twister Edmonds estaban informados de los planes que se habían fraguado.

En concepto de lugarteniente favorito había calculado que él y Twister recibiría una parte importante del botín de esta empresa. Twister estaba muerto, caído en escaramuza de la cabaña. El jugador no lamentaba el percance. La muerte de su compañero lo convertía en único ayudante y en consecuencia era el favorito.

Se imaginaba que existía una razón para haberse retrasado. Habiendo llegado a entrada de la caverna, era innecesario apresurarse.

Si los hombres que ellos buscaban habían entrado ya, estaban

dentro de una trampa. Si no habían llegado, ellos mismos se descubrirían al llegar, porque forzosamente tomarían el sendero por donde la banda había venido.

Hub Rowley terminó su conferencia con su compañero. El jugador observó que el segundo de los amigos de Hub guardaba silencio, sirviendo simplemente de ayudante del hombre misterioso cuyo consejo había solicitado el jefe.

Dos sujetos llegaron con Hub; cinco con «Fullero». Todos formaban un total de nueve individuos, una banda bastante numerosa para «liquidar» dos víctimas. Sin embargo, el jugador no pudo reprimir un estremecimiento momentáneo. Pensaba, con terror, en La Sombra.

En La Habana, a bordo del “Estrella del Sur”, en el Hotel Empalme y en la cabaña junto a la calva, siempre, un ser misterioso había surgido de la nada aniquilando los proyectos de los que intentaban asesinar a Carter Boswick.

¿Se produciría de nuevo semejante intervención? El ex jugador abrigaba la esperanza de que el temible personaje no haría acto de presencia. Le pareció que podía confiar en que su jefe, sería capaz de enfrentarse con éxito con La Sombra, caso de que éste se presentase.

Llegó la orden de disponerse á entrar en acción. Un gruñido de Hub Rowley ordenó al jugador que entrase en la hendidura de las rocas y no encendiese la linterna hasta que se hubiese alejado de la abertura. «Fullero» obedeció al instante.

A tientas penetró en la hendidura. Al cabo de unos seis metros, encendió la antorcha eléctrica. La luz reveló un sendero zigzagueante a través de la roca.

El jugador iba a la cabeza de la banda asesina a lo largo del sendero por donde Harry Vincent y Carter Boswick pasaran recientemente. La trampa se cerraba. ¡Unos criminales se encontraban allí para asesinar a dos hombres!

CAPÍTULO XX

LA MINA INVISIBLE

MIENTRAS «Fullero» Lodi conducía a Hub Rowley y a los pistoleros a lo largo de la colina boscosa, Harry Vincent y Carter Boswick se internaban por la extraña caverna donde habían entrado.

Un camino estrecho y tortuoso a través de unas paredes rocosas les había conducido, descendiendo, a unos cien metros al fondo.

La marcha había sido lenta. La galería era muy estrecha. Además, las instrucciones de La Sombra no mencionaban nada más allá de la entrada. Por consiguiente, ambos jóvenes estaban alerta, esperando encontrar alguna señal que revelase el propósito de esa galería construida debajo de la colina.

La linterna de Harry reveló súbitamente una abertura. Los destellos brillaron sobre la pared rocosa de la galería. Al detenerse vieron que se hallaban delante del lado de una bocamina inclinada, que se extendía a ambos lados del camino que habían seguido para llegar a ese punto.

Los dos compañeros hicieron una pausa. Harry proyectó su antorcha eléctrica en varias direcciones. La mina que habían encontrado tenía unos dos metros de altura y, poco más o menos, lo mismo de ancho. Descendía en inclinación hacia la izquierda.

La luz de Harry se enfocó sobre unos rieles enmohecidos, instalados para el transporte del mineral en vagonetas.

—Mire lo que hemos descubierto-exclamó Harry Vincent—. Este túnel debe tener unos doscientos metros de largo.

—No es extraño que abandonaran el túnel vertical que hay junto a la cabaña comentó Carter—. Debe tratarse de un experimento.

—Ciertamente-asintió su compañero—. Esta colina rocosa

prometía más. Seguramente hicieron algunos experimentos aquí, después de abandonar el pozo de la calva.

—Parece ser que obtuvieron algunos resultados-observó Boswick—. Mire cómo brilla la pared. Es ganga mineral...

—Poco satisfactorio —interrumpió Harry, sacudiendo la cabeza—. Perforaron el centro de la colina, buscando alguna mina de valor. Probablemente no lograron los resultados que esperaban. De lo contrario, no habrían abandonado estos trabajos.

—¿Dónde empieza este túnel? —preguntó Carter intrigado—. No se veía señal ninguna en la colina.

—Lo averiguaremos más adelante-rió Harry—. Mas para mí no es un misterio, Carter. Los excavadores, o alguien que vino aquí más tarde, deben haber interceptado la entrada, con rocas y arbustos.

—¿Por qué?

—Un motivo debió ser ocultar el túnel, con el objeto de reservarse la mina. Pero es difícil que sea ésta la razón. Habían denunciado la mina, y, por tanto, no podían perderla. No, Carter, creo que lo hicieron por otra causa más importante, especialmente para esta excavación que tiene una entrada natural por donde hemos venido.

—¿Qué motivo sería?

—Alguien, con toda probabilidad su padre, pudo haber adquirido esta mina, comprendiendo sus posibilidades como escondrijo.

—Ha acertado usted, Harry. Interceptada la entrada de la galería, no podía descubrirla nadie, a menos que conociese este pasillo estrecho por donde hemos venido. ¿Recuerda que le dije que registraría palmo a palmo al terreno antes de renunciar a la búsqueda? Al fin hemos encontrado el lugar.

—Yo tenía la seguridad de hallarlo. Y ahora que nos hallamos en la galería principal, sería una buena idea continuar la investigación.

Carter Boswick se mostraba satisfecho. Tenía la convicción de que el fin de la búsqueda estaba cercano. Esa galería tan pendiente no podía ser mucho más larga. Sin pronunciar más palabras, avanzó por el túnel e instó a su compañero a que se apresurase.

Los intrépidos exploradores avanzaron a lo largo de la estrecha galería. La luz de la linterna les mostraba el camino. No habían

andado más de veinte metros cuando observaron una pared que interceptaba el paso. La galería terminaba allí o doblaba, observó Harry.

Cuando se aproximaron más, vieron que la pared marcaba la división del túnel, en dos galerías separadas: una a la izquierda; la otra, a la derecha. Los rieles terminaban en aquel punto.

—Un momento, Carter —dijo Harry—. Tenemos que elegir uno de estos dos caminos. Evidentemente los mineros intentaron doblar, con la esperanza de encontrar un buen filón. Cuando fracasaron en los primeros experimentos, perforaron en otra dirección.

Se encontraban en el final de la galería principal. Los corredores laterales semejabán la barra de una T. Ambos pasillos eran llanos; no había nada que les incitase a decidirse por uno de los dos corredores.

Harry enfocó la linterna por la galería principal. Sus rayos se extendieron por el largo túnel. Luego iluminó el corredor de la izquierda, descubriendo una pared que interceptaba el paso a unos diez metros de distancia.

Observó lo que parecía ser una abertura, en el suelo del pasillo lateral de la pared que interceptaba el paso.

—Probemos la otra dirección —sugirió su amigo.

Harry asintió en silencio.

Encontraron lo mismo. Unos diez metros de pasillo, luego una pared con vetas brillantes. Debajo aparecía un boquete.

—Cuando perforaron la galería y no encontraron nada, empezarían a excavar más hondo. Esta mina debe haberles descorazonado. No es extraño que la abandonasen.

—Nosotros no la abandonaremos —manifestó Carter—. Apuesto a que hay algo más que galería en ese túnel. Vamos hacia la izquierda, Harry.

Avanzaron por el pasillo que el joven indicaba. El suelo era duro en contraste con la superficie plana por donde había sido tendida la vía.

Los dos jóvenes se detuvieron al llegar al boquete. La conjetura de Harry resultó acertada. Era una excavación vertical, redonda y desigual, de unos diez metros de profundidad.

—No hay nada ahí abajo —observó el agente de La Sombra, proyectando la luz de la antorcha hacia el fondo.

—No me parece así—repuso Carter, escudriñando por el borde—. Inspeccionemos el otro corredor. Podemos volver aquí después.

Doblaron y se dirigieron al punto de división de la galería. Ambos jóvenes estaban tensos de excitación. Harry empezó a experimentar una sensación de peligro inminente. Había una atmósfera espectral y siniestra en esta mina abandonada.

Carter Boswick tuvo la misma sensación.

—Es escalofriante, ¿no es verdad? —preguntó, con una ligera risa.

—Vamos —repuso Harry—. Vamos a echar un vistazo al otro corredor. Puede ser el filial de la búsqueda.

—Tal vez sea el principio—replicó su amigo—. Sí...

No terminó la frase. En aquel momento ocurrió lo inesperado. Los dos jóvenes se encontraban cerca del corredor de la derecha y el agujero que buscaban estaba a unos tres metros de distancia.

Mas cuando Carter Boswick hablaba, se oyó un chasquido que partía del boquete. Los rayos de una antorcha eléctrica llenaron el corredor.

Sorprendidos con esta iluminación deslumbradora, Harry y Carter se echaron al suelo, al tiempo que una voz daba una orden. Los ecos de la voz amenazadora sonaron huecos dentro de aquellas paredes de roca viva.

—¡Alto! —gritó la voz—. ¡Si dais un paso más, sois hombres muertos! Os tengo encañonados. ¡Manos arriba!

Los jóvenes obedecieron instintivamente. La linterna cayó de las manos del agente de La Sombra. Cogidos por sorpresa, con las pistolas automáticas en sus bolsillos, en lugar de tenerlas en las manos, se encontraban a merced del que los amenazaba.

Una carcajada nerviosa sonó cerca del boquete. Luego, del pozo emergieron la cabeza y los hombros de un individuo, empuñando un reluciente revólver.

El hombre había sacado medio cuerpo del agujero. Su revólver vaciló cual si lo empuñase una mano inexperta; sin embargo, seguía encañonando de una manera peligrosa.

Harry Vincent crispó los puños de rabia, al comprender que había conducido a Carter Boswick a una trampa. Arrojó una mirada de soslayo a su compañero. Se asombró al observar el rostro de su amigo contraído de súbita ira. Comprendió al instante lo que

sucedía.

El heredero había reconocido al hombre que los encañonaba. Su voz baja y dura lanzó unas imprecaciones.

—¡Drew Westling! —exclamó Carter, en tono despectivo—. ¡Drew Westling! ¡Vil traidor! ¡Eres un Judas! ¡Ya sabía que formabas parte de una banda de criminales!

CAPÍTULO XXI

EL ENEMIGO REVELADO

LA mano de Drew Westling tembló al hablar Carter Boswick. El primo del heredero descansaba en el borde del pozo de donde había surgido, y miraba nerviosamente a los hombres a quienes había encañonado. Su rostro aparecía profundamente pálido y sus ojos tenían una expresión de desconcierto.

—¡Anda, dispara! —gruñó Carter—. ¡Dispara, canalla! ¡Para eso estás aquí!

Por primera vez, Drew Westling pareció reconocer la voz que había oído.

Todavía empuñaba la pistola con mano temblorosa, mas al hablar su voz ya no sonó amenazadora.

—¡Carter! —exclamó—. ¡Carter! ¡No puedes ser tú!

La risa áspera y las palabras acusadoras no dejaban duda de su identidad.

Drew Westling se pasó la mano por la frente llena de sudor.

—¡Carter!—. La voz de Drew sonaba nerviosa—. ¡Carter! ¡Me imaginaba que habías muerto!

Tras estas palabras el joven cayó desplomado sobre el borde del pozo. El revólver se desprendió de sus manos.

Carter Boswick, lanzando un grito de júbilo y triunfo, saltó hacia delante.

Harry Vincent le asió del brazo.

—¡Calma! —exclamó—. ¡Calma! ¿No ve usted que no es su enemigo? Su primo está exhausto.

Las palabras del joven agente de La Sombra tranquilizaron a su compañero.

En efecto, Drew Westling yacía tendido en el áspero suelo del

corredor.

Respiraba de una manera jadeante.

La actitud de Carter Boswick cambió al instante. En tono bondadoso exclamó:

—¡Drew! ¿Qué te sucede, muchacho? Dime, ¿cómo llegaste aquí?

Se acercó a su primo y estrechó fuertemente la mano que éste le tendía.

Harry Vincent se aproximó. El y Carter observaron que el rostro de Drew estaba intensamente pálido. Colocaron al joven apoyado en la pared del corredor. Drew Westling sonrió débilmente.

—Creo que esto ha sido-hizo una pausa para respirar—, una tensión demasiado fuerte para mí. Me imaginaba... que... habías muerto. Yo trataba de realizar la operación... solo...

—Cuénteme lo que has hecho —sugirió su primo.

Drew señaló el pozo. Harry enfocó su linterna hacia el fondo. El resplandor reveló una plancha grande, en el fondo del pozo de dos metros de profundidad.

Los bordes de la plancha habían sido fijados con cemento a la roca. Veíanse unas herramientas encima. Drew Westling había estado trabajando para levantar la plancha.

—Es tuyo, Carter —jadeó Drew—. Lo que haya debajo es tuyo. Vine aquí... no para apoderarme de ello... vine a buscarlo... para ti.

—Me imaginaba que estabas en combinación con esa pandilla— manifestó Carter en voz baja y en tono de remordimiento—. Tranquilízate, Drew. Hay algunas cosas que me gustaría saber. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Tengo que explicártelo, Carter— declaró su primo, calmándose de repente—. Quizá debiera habértelo dicho antes; pero temí que no comprenderías, y tuve miedo de que lo interpretases mal. Vine aquí con el objeto de ayudarte, Carter, porque sabía que existía un peligro.

—Continúa.

—Encontraste la ruta, ¿no es cierto?

—¿Te refieres a las instrucciones, a la latitud y longitud? Sí, la encontré, pero me la robaron. ¿Sabes algo de esto?

—¿Que te la robaron?

—Sí. Poco después de haberla encontrado. Entré en la biblioteca

cuando Farland Tracy se retiró la primera noche de mi llegada. Creí que tú la habías tomado, Drew.

El joven sacudió la cabeza en señal negativa. Se humedeció los labios y miró con fijeza a los ojos de su primo.

—Te contaré lo sucedido desde el principio-dijo—. Seré breve. Hay mucho trabajo que hacer. Pero será mejor que nos entendamos.

Carter movió la cabeza en un gesto de asentimiento.

—El tío Houston desconfiaba de mí-declaró Drew Westling—. Yo lo sabía desde hace mucho tiempo. Desaprobaba mi manera de vivir. A veces se encolerizaba tanto que temí se estaba volviendo loco.

»Habla de su fortuna, que te la dejaría a ti, si estabas vivo; de lo contrario, yo sería el heredero. Pero ocultaba la magnitud de su fortuna tan exageradamente que yo no le creía.

El joven hizo una pausa y luego continuó:

—Una noche, hace unos meses, entró en la biblioteca, cerró la puerta con violencia detrás de él y salió poco después. Subió al primer piso y entonces yo penetré en la biblioteca. Yo sentía cierta aprensión, Carter. Y quise saber lo que había estado haciendo.

»Había estado hablando de ti como su heredero; y los recuerdos de antaño me impulsaron a coger el viejo volumen de Dumas. Hojeando sus páginas encontré un sobre. Lo abrí. Acababa de ser sellado. La goma no estaba seca todavía.

»Sabía que el tío Houston lo había dejado allí. Ese debió ser su propósito al entrar en la biblioteca. Abrí el sobre y encontré el mensaje. Latitud y longitud. Me intrigó lo que podía haberle impulsado a meter ese mensaje en el libro.

Drew volvió a hacer una pausa. Luego, observando el interés de Carter, prosiguió:

—Vine aquí a pasar unos días, el verano pasado. No acertaba a comprender por qué motivo había dejado ese mensaje tu padre. No encontré ninguna pista aquí. Pero más adelante, cuando Farland Tracy estuvo en la casa, le oí a tu padre decir algo respecto de un dinero que nadie podría encontrar.

»Esto sucedió antes de que hiciera el viaje a Florida. Al regresar, manifestó que alguien había entrado en la casa durante su ausencia. Se enfureció. Llamó a Tracy.

»Aquella noche estuve escuchando a la puerta de la biblioteca.

Fue entonces cuando le oí hablar de una fortuna escondida, en un lugar donde su heredero podría encontrarla, porque dejaría una pista para ti o para mí.

»Entonces comprendí su propósito. ¡El mensaje hallado en el libro de Dumas! ¡Qué fácil le sería dejar alguna nota o indicación que nos sirviese de guía a cualquiera de los dos! La noche que tú llegaste a casa, temí que tú no te enteraras. Por esa razón mencioné el asunto durante la cena.

»Mas tan pronto como Tracy se marchó, me figuré que te había traído alguna carta, te vi subir y supuse que ibas a la biblioteca. Parecías estar preocupado aquella noche. Estaba seguro de que habías encontrado el mensaje. A la mañana siguiente anunciaste que salías de viaje para Europa. Yo estaba convencido de que venías aquí.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó Carter.

—Porque temí que no me comprenderías. Yo tenía algunas deudas de juego, por culpa mía, y Tracy lo sabía. Tenía miedo de que él te lo hubiera dicho. Yo no podía olvidar que habría sido el heredero si tú no hubieses vuelto. Yo no ambicionaba la fortuna, Carter. Pero confesar que había espiado sorprendiendo un secreto de tu padre; intentar buscar una fortuna que tal vez habría sido mía; hablar de un asunto sobre el cual habías guardado un silencio tan profundo...

—Ahora lo comprendo-murmuró Carter, pensativo—. Ahora lo entiendo; confieso que no lo habría comprendido entonces.

—Además-añadió Drew—, temía por ti. Yo sabía que alguien se había enterado de la existencia de esta fortuna escondida. Podría haber parecido que yo te había traicionado si tú hubieses venido aquí y te hubiese sucedido alguna desgracia...

—¿De modo que has venido aquí solo? —interrumpió Carter.

—Sí. Conocía el cobertizo de la colina. Vine con el objeto de vigilar y tratar de protegerte. Te vi a ti y a tu compañero cuando llegasteis a la cabaña. Aquella noche salí arrastrándome por el suelo, a investigar. Me encontraba delante de la choza...

—Eso fue lo que oí-intercaló Harry, moviendo la cabeza en señal de asentimiento, y volviéndose hacia Carter.

—...me encontraba delante de la choza —repitió Drew, en un tono sin matices—, cuando empezó el tiroteo. Me eché al suelo.

Cuando vosotros dos salisteis, no supe quiénes erais, al principio. No lo supe hasta que eché a correr, Carter. Vi que ibas a disparar. Seguí corriendo con la esperanza de que no me reconocerías. Temí que no comprenderías el motivo de hallarme allí en aquellos momentos.

—En efecto, no lo entendí —manifestó Carter.

—En consecuencia, me quedé en el cobertizo —explicó Drew—. Esperé allí, con la esperanza de que estabas a salvo, temiendo que otros enemigos irían a buscarte si no volvías. Anoche, un autogiro aterrizó entre los árboles. Procedía de la cueva de la colina.

»Después de que la persona de la luz se hubo marchado, descubrí la caverna. ¡El lugar que yo estuve buscando el verano pasado! Estuve seguro entonces de que el enemigo había descubierto el lugar. En consecuencia, vine aquí inmediatamente.

»He estado trabajando, con la esperanza de descubrir lo que hay debajo de la plancha y sacarlo antes de que tus enemigos llegasen. Quería salvarlo para ti, Carter, y no había que perder tiempo. Cuando vosotros llegasteis esta noche, creí que eran los otros. Por este motivo, salí del pozo empuñando la pistola.

Carter Boswick palmoteó la espalda a su primo.

Harry Vincent permaneció sentado en silencio. Conocía el significado de la presencia del autogiro. Pensó en la entrada zigzagueante de la caverna.

¡Invisible a la vista desde el suelo y visible a los ojos de La Sombra, desde el aire!

Un ligero ruido interrumpió la abstracción del joven agente de La Sombra.

El ruido pareció provenir de la entrada del túnel principal. Harry extinguió la linterna y habló en voz baja en la oscuridad. Dijo:

—Creo que estamos en lugar seguro; fuera de peligro. Sé quién descubrió este lugar y nos lo comunicó, Carter. El enemigo no puede estar enterado de ello. De todos modos, sería prudente regresar al túnel y practicar una inspección. Vamos. Encenderé la linterna cuando lleguemos al túnel principal.

Cautelosamente, el joven agente de La Sombra abrió la marcha. Llegaron al cruce del túnel principal y el corredor lateral. Cuchicheando Harry, recomendó silencio, y los tres hombres avanzaron a través de la obscuridad.

Habían caminado unos cuatro metros, cuando Drew tropezó con uno de los rieles de la vía y cayó al suelo. Una exclamación se le escapó de los labios.

Harry recomendó que no hicieran ruido. Fue demasiado tarde. El ruido de la caída se había oído demasiado lejos. Cual si fuese una señal, una serie de linternas eléctricas proyectaron sus luces, hacia el lugar donde el sendero de las rocas penetraba en el túnel.

Harry y sus dos compañeros retrocedieron. Unos gritos de triunfo sonaron fuertemente en sus oídos cuando se esparcieron sus ecos por la galería. Los tres jóvenes fueron encañonados por cinco revólveres.

¡Era demasiado tarde!

El enemigo había llegado. Se hallaban acorralados por una pandilla de asesinos que habían descubierto el lugar. Sonaron unas órdenes ásperas a lo largo del túnel. Los hombres encañonados alzaron las manos y dejaron caer sus armas. Era la única esperanza de que no los mataran.

Harry Vincent, conociendo la brutalidad de los hombres con quienes lucharan anteriormente, esperaba una muerte instantánea. Se arrepintió en seguida de haber tirado al suelo su pistola automática. Habría sido preferible morir luchando; mas era demasiado tarde.

Los disparos de muerte no llegaron. Un hombre avanzó a la luz, adoptando una posición en la que podía verse su rostro. Harry Vincent no reconoció el continente frío y burlón, pero los gritos de sorpresa de Carter y de Drew indicaban que los dos primos conocían a su adversario.

¡El hombre que no había hecho fuego y que deseaba burlarse de las víctimas era Farland Tracy, el abogado!

CAPÍTULO XXII

DISPAROS MORTIFEROS

FARLAND Tracy lanzó una carcajada sarcástica, al presentarse a la vista del trío en el extremo del túnel. Apoyado por los relucientes revólveres, el abogado no tenía nada que temer de los hombres que él y Hub Rowley habían cogido en una trampa.

En las facciones del abogado no aparecía la menor expresión de humanidad.

Su rostro, que habitualmente simulaba cierta bondad, se había convertido en el continente feroz de un monstruo. Se había quitado la careta.

—De modo que los primos han unido sus fuerzas —se mofó en tono bajo—. Han discutido la situación y han hablado de cosas de familia, ¿eh? ¿Les extrañaba que no se entendieran antes? Pues ahora han descubierto el motivo.

»Una fortuna para Carter Boswick, ¿eh? Y tal vez dando una parte al primito Drew. Pues bien, eso ha terminado, muchachos. Usted y su compañero nos han dado bastantes quebraderos de cabeza; pero los hemos capturado donde nos convenía ¡y les dejaremos aquí!

Otro rostro apareció junto al del abogado. Hub Rowley avanzaba para mofarse también. Drew Westling era el único que reconoció al jefazo.

—No culpe a Drew Westling —se burló Tracy, dirigiéndose a Carter Boswick—. La locura de su padre le trajo aquí, aunque Drew es en parte responsable. Yo conocía el secreto de su padre, a excepción del lugar del escondite del dinero. Parecía ser que usted no volvería nunca a América, y Drew tuvo la bondad de contraer unas deudas con este caballero que está a mi lado.

»Unas deudas de juego. Dinero debido al señor Rowley. En consecuencia, visité al señor Rowley deliberadamente, con buenas intenciones al principio. Mas cuando supe que el señor Rowley tenía el propósito de sacarle hasta el último céntimo a Drew Westling, me pareció que era una idea excelente. Hice un trato con el señor Rowley, respecto de la fortuna que el señor Houston Boswick tenía escondida.

»Decidimos buscarla por nuestra cuenta, para nosotros. Sabíamos que sería muy fácil desembarazarnos del mequetrefe de Westling. Cuándo no pudimos encontrar el dinero en la casa de Boswick, decidimos que podríamos sacárselo a Westling cuando hubiese recibido la herencia. El viejo no podía vivir mucho tiempo.

»Mas cuando usted regresó inesperadamente, Carter Boswick, resolvimos borrarlo del mapa. Supe su regreso de Montevideo. Visité al señor Rowley, quien mandó a un hombre a esperarle a usted, a darle la bienvenida. Mas tuvo usted la suerte de regresar vivo y sano a su casa.

Carter Boswick rechinó los dientes. Pensó en La Habana y en el «Estrella del Sur». Luego siguió escuchando las palabras sarcásticas de Farland Tracy.

—No le pudimos dar la bienvenida, como era nuestro deseo—continuó el abogado—, pero nos apoderamos del mensaje que usted encontró. Disponíamos de un agente muy hábil. Acérquese, Headley.

El ex-mayordomo de Houston Boswick avanzó a la luz. La sonrisa maligna que se esparcía por su rostro revelaba su carácter traidor. Él, como Farland Tracy, había llevado una careta en el pasado.

—Usted ve—dijo el abogado—, tengo relaciones desde hace mucho tiempo con el señor Rowley. Él es un caballero que se deleita en burlarse de la Ley; y en consecuencia necesita con frecuencia un letrado que le asesore. El señor Rowley tiene una manera especial de tratar con la gente; y dio la causalidad de que nuestro amigo Headley era uno que le había consultado en el pasado.

“Headley ha resultado muy útil; verdaderamente ha prestado grandes servicios. El se apoderó del mensaje. Estaba vigilando cuando se lo encontró. Él transmitió una señal a un mensajero que

esperaba pacientemente fuera. El señor Rowley y yo celebramos una conferencia aquella misma noche.

El abogado terminó de hablar. Los confiados primos comprendieron claramente lo sucedido. Harry Vincent se dio cuenta al instante de la maldad del abogado.

Dos cerebros poderosos habían formado una alianza. Un abogado ambicioso y maligno, pensando más en los millones que en la confianza que en él depositaran, solicitó la ayuda de un as del crimen para apoderarse de una vasta fortuna.

Farland Tracy tornó a hablar, mostrando el motivo de que impidiese que los pistoleros actuasen. El siniestro abogado había evitado que matasen a los tres hombres, porque tenía un propósito maligno.

—Sería lamentable-manifestó—, que hubiesen conseguido trasladar el dinero depositado por Houston Boswick en este lugar. No obstante, existe la posibilidad de que los hayamos sorprendido en el momento oportuno.

»En consecuencia, con el objeto de anular sus anteriores esfuerzos, investigaremos antes de presentarles nuestros últimos respetos. El señor Rowley y yo nos hemos puesto de acuerdo sobre el procedimiento más adecuado. Quizá tengamos que someterlos a un interrogatorio antes de que se despidan de este mundo. Anteriormente, su muerte instantánea, habría sido preferible. Mas, dadas las circunstancias, podemos concederles generosamente un rato más de vida.

Tras estas palabras, el abogado avanzó a lo largo del costado del túnel. Hub Rowley y Headley le siguieron. Los tres estaban armados, pero llevaban los revólveres inclinados hacia abajo. Los pistoleros de la galería, mandados por “Fullero” Lodi, eran los únicos que encañonaban a Harry Vincent y a sus compañeros.

El avance agravaba la situación de los tres prisioneros. Los tres enemigos se aproximaban más. Harry Vincent esperaba algún momento u ocasión para intentar la huida. El y sus compañeros hallábanse a unos cuantos metros del corredor que terminaba en el pozo del tesoro.

Con una pistola cargada, en el bolsillo, y Carter armado de la misma manera, Harry sabía que podían resistir un poco, si lograsen llegar al pozo.

Sería preferible morir luchando que ser asesinados despiadadamente, a sangre fría.

Mas los revólveres que los encañonaban estaban empuñados por pistoleros que seguramente serian buenos tiradores y que los matarían de una manera fulminante, a menos que surgiese alguna sorpresa inesperada.

Estos rufianes vigilaban atentos. Harry comprendió que él y Carter no habían tomado las precauciones debidas. La Sombra les había preparado el terreno y ellos no se aprovecharon. El encuentro con Drew Westling aumentó sus fuerzas.

Mas, entretanto, el enemigo había vencido mediante su estrategia. Donde los ataques en masa fallaron, la astucia había vencido. La situación era tan difícil que pondría a prueba hasta a La Sombra, aunque apareciese sobre la escena.

Harry Vincent gimió interiormente al comprender que su propia estupidez le había conducido a este desastroso fin. Si él y sus compañeros hubiesen permanecido en el extremo del corredor, se habrían encontrado en una verdadera fortaleza. Su necio deseo de investigar les llevó a él y a sus compañeros a enfrentarse con una fuerza abrumadora.

Estos pensamientos cruzaban la mente de Harry con la rapidez del rayo. Un hombre que se encuentra frente a la muerte, piensa aún en todas las posibilidades desaprovechadas. Harry no era una excepción. En el intervalo de unos segundos, pensó en toda la situación.

¡Un poco de suerte! ¡Una ocasión para huir! Cualquier cosa; que uno de los tres hombres que se aproximaban tropezase y cayese, que los pistoleros discutiesen entre sí por alguna cosa; cualquier cosa que les permitiese zambullirse en el corredor donde él y Carter encontraron a Drew Westling.

Harry crispó los puños.

¡Disparos mortíferos! ¡No importa! Él tentaría la suerte y sufriría las consecuencias. No sentía temor por sacrificar a sus compañeros. Estaban sentenciados a morir... cuanto antes llegase la muerte, tanto mejor.

Harry habló; pero sus labios no se movieron al realizar el esfuerzo. El tono bajo en que hablara no lo oyeron más que Carter Boswick y su primo Drew Westling, pues el abogado traidor y Hub

Rowley se encontraban a unos seis metros de distancia.

—Cuando yo diga «Ahora»—cuchicheó—, huid al corredor. Es nuestra única esperanza de salvación. Estad preparados a...

Antes de que el joven pronunciase la palabra siguiente, un rugido terrorífico llegó procedente del túnel inclinado. Alguien había iniciado el fuego desde más allá del lugar donde la entrada lateral enlazaba con la mina. El estruendo de unas pistolas automáticas sonó como la descarga de un cañón.

Uno de los pistoleros que encañonaban a los prisioneros se bamboleó. Los otros, de común acuerdo, se tiraron al suelo y se volvieron en la dirección de donde procedía el fuego. Farland Tracy y Hub Rowley se volvieron, alarmados.

En medio de los ecos estruendosos, Harry ordenó en voz ronca.

—¡Ahora!

La ocasión se había presentado, el instante de suerte había llegado. Los tres prisioneros huyeron hacia el corredor lateral. Tan sólo un rufián intentó interceptarles el paso.

Únicamente Headley no se había quedado paralizado de sorpresa como los otros de la banda. Vió que los prisioneros escapaban. Disparó rápidamente varios tiros en dirección de ellos. Por fortuna tiró precipitadamente.

Una bala rozó el hombro de Drew Westling. El joven entró tambaleándose en el corredor y fue a caer de bruces. Harry y Carter le cogieron cuando caía y lo entraron a rastras. Unos momentos después se encontraban en el pozo.

De repente se oyó un tumulto terrible por el túnel de la mina. Los pistoleros disparaban por la pendiente hacia su enemigo invisible. El rugido de unas pistolas automáticas replicaba enérgicamente.

Harry Vincent conoció la respuesta, cuando sacaba su pistola. La Sombra, solo, había llegado oportunamente para salvarlos. El rey de la noche había abierto el fuego sobre la banda, para salvar a los prisioneros sentenciados a muerte.

¡Balas de muerte!

La Sombra las había disparado. ¡Pero el rey de la noche, como Harry Vincent y sus compañeros, estaba acorralado, metido en una trampa tendida por una banda feroz y asesina!

CAPÍTULO XXIII

LA ÚLTIMA BATALLA

LAS descargas retumbaban por la galería de la mina abandonada. Los pistoleros, tendidos sobre la enmohecida vía, disparaban furiosamente sobre un blanco invisible.

Las balas rebotaban por las paredes. Otras balas respondían desde arriba.

Las antorchas eléctricas, brillando intermitentemente, de forma que no descubrieran la posición de los pistoleros, constituían la ventaja de éstos.

Aquellos destellos de luz mostraban una figura moviente vestida de negro, retirándose hacia la parte alta de la galería.

La Sombra se retiraba, frente a fuerzas numéricas superiores. La oscuridad ya no le servía de refugio. Las paredes del túnel no ofrecían ningún lugar, desde el cual pudiese asomar una pistola mientras su cuerpo quedaba a cubierto.

Estos disparos con que el hombre de misterio había iniciado la batalla fueron tirados desde lejos, pues La Sombra comprendió desde un principio el peligro de aproximarse demasiado.

Aun ahora se encontraba en un grave aprieto, porque aun que la distancia era grande, los pistoleros disponían de una verdadera galería que constituía una fortaleza desde la cual disparaban.

Las balas que rebotaban por todas partes, podrían ser tan mortíferas como las disparadas con certera puntería. Si La Sombra no hubiese tenido en cuenta estos factores, habría caído a la primera descarga disparada sobre él.

La retirada era el único recurso, y en esa retirada, La Sombra daba ánimo a sus enemigos, que ya creían segura la victoria. «Fullero» Lodi había gritado a voz en cuello la identidad del

adversario.

¡La Sombra huía! ¡La Sombra se batía en retirada!

Los siniestros asesinos mascullaron juramentos mientras disparaban. Todo el odio de las hordas del crimen se había desencadenado furiosamente esa noche.

¡La Sombra había caído en una trampa!

¡La Sombra estaba acorralado! ¡Muera La Sombra! ¡No escaparía vivo esa noche!

Dos de los pistoleros habían caído. Otros dos estaban gravemente heridos, pero aun seguían peleando.

Cuando «Fullero» Lodi ordenó a sus hombres que avanzaran, éstos pasaron por el lugar donde la entrada secreta se enlazaba con el túnel, y allí fueron reforzados por los pistoleros que guardaban la obertura exterior.

La retirada de La Sombra aumentó de velocidad. Su cuerpo quedaba oculto por la cuesta del túnel. «Fullero» Lodi gritó ordenando que se emprendiese una rápida persecución.

¿Por qué no? La distancia era larga. Los dos adversarios tenían las mismas ventajas respecto de la distancia. La horda era superior numéricamente a La Sombra. Eran ocho hombres contra uno. ¡Si pudiesen divisar a La Sombra al resplandor de los rayos de sus linternas, el temible enemigo moriría!

En el astuto cerebro de «Fullero» Lodi germinó la idea de que la abertura de esta galería debía ser interceptada. Allí, La Sombra se encontraría acorralado.

Cuando lo cercasen en la última pared, las luces ya no brillarían. Una barrera de fuego lo barrería todo a través de la oscuridad y seguramente acabaría con La Sombra.

Abajo, Hub Rowley y Farland Tracy impedían que los tres hombres escapasen. Headley acompañaba a los ases del crimen. «Fullero» oía los ecos de los disparos. Se imaginó lo que sucedía.

Escudriñando desde la orilla de la pared el corredor que conducía hacia la derecha, el abogado y el jefazo tiroteaban a Harry Vincent y a Carter Boswick.

Los dos jóvenes se abstenían de responder al fuego mientras estaban echados en el suelo dentro del refugio del pozo. Todos los disparos eran preciosos ahora. ¡Esperaban que el enemigo apareciese en el corredor!

El ex-jugador seguía ordenando a sus hombres que continuasen ascendiendo por el túnel. La pendiente se tornaba mas pronunciada a medida que subían.

Esto explicaba la desaparición de La Sombra. El techo formaba una curva que cubría su retirada.

De pronto una linterna iluminó la caverna y un gangster emitió un grito de júbilo.

—¡Allí está! ¡Allí está!

Cuando la luz se extinguía, divisó una figura agachada debajo de un sombrero de alas anchas.

¡La Sombra!

El ex-jugador había visto la capa flotante y la cabeza agachada, hundida bajo el sombrero de alas anchas.

Antes de que los pistoleros pudiesen disparar, cuatro tiros rápidos partieron de lo alto de la galería. Las balas rebotaron por el suelo y un pistolero tosió y cayó sin vida en medio de la oscuridad.

¿Qué representaba un hombre ahora? «Fullero» apuntó y disparó en la oscuridad. La distancia era menor que anteriormente. Habíanse aproximado al extremo final de la galería.

Los pistoleros siguieron el ejemplo. Varias llamaradas hundieron la oscuridad; la atmósfera estaba cargada de pólvora.

—¡Alto! ¡Alto!

La orden del ex-jugador fue oída. Los ecos de los disparos finales se esparcieron por el túnel. Sucedió un silencio. Un silbido de júbilo salió de los labios del gangster.

La Sombra ya no devolvía el fuego.

¡Quizá estaba herido o muerto!

Por el contrario, acaso estaría preparado para el momento decisivo, tratando de sorprender a sus enemigos mediante algún ardid.

De ser así, sería inútil. Si La Sombra se dejaba ver una vez más, su fin estaría cercano.

—Preparaos-gruñó «Fullero»—. Preparaos, vamos a acribillarlo esta vez. Seguid disparando. Haced fuego sin parar, cuando yo dispare sobre la luz grande.

Cuando «Fullero» oprimió el conmutador de la linterna, sonó un ruido extraño arriba. En la oscuridad se percibió un ligero estruendo: un ruido sordo. Un rugido salió de la garganta del

jugador con ventaja antes de que los pistoleros hiciesen fuego.

Desde unos treinta metros de distancia, desde lo alto de la pendiente de la galería, una vagoneta descendía lentamente. ¡Este mensajero cargado de rocas era la primera vagoneta de un tren entero!

Las balas de los gangsters rebotaron contra la parte delantera de la vagoneta.

La Sombra se encontraba detrás, a cubierto de las balas enemigas.

“Fullero” Lodi chilló poseído de terror. Ahora comprendía por qué razón estuvo La Sombra agachado cuando le vieron la última vez. El solitario luchador había desencadenado una fuerza terrible contra sus enemigos.

El tren de la mina abandonada, cargado aún de mineral que no fue sacado.

Las ruedas enmohecidas respondían al ímpetu del enorme peso. ¡Unas cuantas vagonetas cargadas hasta los topes barrerían todo cuanto encontrara por el túnel abandonado!

Antes de que el jugador pudiese gritar una orden a sus hombres, los aterrados pistoleros se pusieron en pie, volviéndose para huir por el túnel.

Quedó un hombre con «Fullero». El cómo su jefe, había visto la única posibilidad de escapar: saltar a la primera vagoneta, antes de que tomase demasiada velocidad.

Ese momento se aproximaba. El ruido sordo se había convertido en un ensordecedor estruendo. Las vagonetas descendían sin interrupción por la pendiente. «Fullero» Lodi y su único compañero se incorporaron para salirles al encuentro. De pronto, de la vagoneta delantera partieron unos disparos.

¡La Sombra despejaba el camino! No quería otros pasajeros en su tren conductor. Estando las vagonetas en movimiento, había saltado encima de una de ellas, pasando después a la primera.

“Fullero” Lodi se tambaleó y cayó a un lado del túnel. Su compañero se desplomó a sus pies. Las vagonetas seguían descendiendo y al llegar la primera del tren arrojó los dos cuerpos entre los rieles de la vía y la pared, triturándolos.

Ni el jugador ni el gangster que le acompañaba vivieron para contar su suerte. Las balas de La Sombra los habían enmudecido

para siempre. Mas a medida que el tren adquiría mayor velocidad, la figura vestida de negro seguía otro objetivo. Iba pasando de una vagoneta a otra rápidamente, hacia atrás.

Los gangsters fugitivos habían tomado una delantera preciosa cuando echaron a correr cuesta abajo. Mas el suelo desigual retardaba la huída. El tren descendente iba tomando más ímpetu. Marchaba mucho más rápidamente que un hombre, lanzado sobre las hordas del crimen.

Cuando las pesadas vagonetas llegaron al centro de la galería, La Sombra saltó al suelo, desde la vagoneta trasera. La única señal de su presencia fue la carcajada siniestra que se esparció en ecos escalofrantes por la caverna.

La Sombra había reservado esa burla, para el momento en que la terrible tromba de la muerte cayera sobre los criminales.

Las vagonetas, lanzadas, barrieron todo cuanto encontraron a su paso. Un gangster que lanzó un chillido de espanto, fue arrojado a unos metros de distancia cuando la primera vagoneta le alcanzó. Fue aplastado como una cucaracha mientras el tren continuaba su marcha.

Otra víctima cayó un segundo después; a continuación, un tercer pistolero quedó despachurrado. El tren continuaba su marcha en medio de un estruendo, al pasar entre las partes superior e inferior de la galería, por la entrada al pasillo que partía de la mina.

Un par de gangsters aterrados se encontraban allí agazapados. Eran los últimos de la banda de «Fullero» Lodi. Habían llegado a tiempo a aquel lugar seguro.

Tan solo estos dos, de los que gritaran «Muera La Sombra», quedaban para ver la muerte que el terror del hampa había sembrado a su paso, a sus enemigos que ya le creyeron acorralado.

Mientras el tren descendía impetuoso en medio de un ensordecedor estruendo, una luz apareció en la parte superior de la galería. Significaba la presencia de un ser humano, de un hombre que había escapado a la muerte.

Tras aquella luz se encontraba La Sombra, el terrible vengador que lanzara aquel tren destructor.

La luz descubrió a los pistoleros. Ellos sabían quién enfocaba aquella linterna. Emitiendo unos rugidos feroces, levantaron sus revólveres para disparar sobre el invisible enemigo.

Mientras los revólveres ladraban, de la luz surgieron unas lenguas de fuego.

La Sombra, agazapado, había atraído a los pistoleros.

Los gangsters cayeron mientras disparaban. Quedaron tendidos boca abajo en la galería, encima de la vía, muertos como sus destrozadas compañeros.

La acción había sido rápida. Cuando La Sombra se incorporó para descender por la pendiente, el estruendo de las vagonetas continuaba aún. El tren de la muerte no había llegado a su punto de parada.

Abajo, otros criminales se habían percatado del peligro. Hub Rowley fue el primero que oyó el ruido de las vagonetas. Habló con voz tensa a sus compañeros. Habían dejado de disparar, esperando el resultado del estruendo.

A la luz que Headley enfocó a lo largo del túnel, observaron las vagonetas que se aproximaban. El tren lanzado a vertiginosa rapidez, constituía un terrible peligro que no podían detener.

De común acuerdo, los tres bandidos volviéronse buscando un lugar seguro.

No penetraron en el corredor donde Carter Boswick, Harry Vincent y Drew Westling se habían refugiado. Dirigiéronse con rapidez a la galería opuesta.

Una antorcha eléctrica proyectó sus rayos cuando los tres criminales huían.

Harry y Carter dispararon sobre los fugitivos. Headley cayó desplomado en el túnel. Los siguientes disparos habrían dado en el blanco, de no ser, por la intervención del tren, que llegó de pronto para proteger a los hombres a quienes amenazara.

Las vagonetas chocaron con la pared extrema de la galería. Quedaron amontonadas en medio de un diluvio de mineral que se esparció en todas las direcciones.

Torcidas y destrozadas, las vagonetas rebotaron, quedando convertidas en un montón de ruinas, por el fondo de la pendiente de la mina.

Mientras los ecos prolongados se desvanecían, Harry y Carter salieron del pozo. Habían disparado fútilmente cuando las vagonetas llegaron; luego escaparon de los trozos de roca que volaban por todas partes. Aun debían enfrentarse con algunos

enemigos y conocían el fin de los otros.

Subieron sobre montones de rocas y llegaron a la vagoneta más cercana.

Harry se adelantó a disparar. La llamarada de un revólver le hizo retroceder.

Hub Rowley y Farland Tracy habían decidido hacer lo mismo.

Sonaron nuevos disparos en medio de las ruinas. Unos rostros aparecieron encima de una vagoneta. Harry y Carter volvieron al pozo, pues era el único lugar desde donde podían devolver el fuego.

Arriba, cerca del techo de la galería, el enemigo estaba protegido por la vagoneta volcada que fue a la cabeza del tren de la muerte.

Los criminales se encontraban en una posición ventajosa. Desde el lugar que ocupaban podían disparar hacia el fondo de la mina.

Harry Vincent y Carter estaban agazapados sin poder replicar. Hub Rowley, rugiendo, se había pasado a rastras, hacia un lado, con el objeto de disparar mejor.

Una luz brilló junto al tren destrozado. Hub se volvió y sus dientes de oro brillaron en una risa siniestra. Levantó su revólver para disparar sobre el peligro que sabía estaba allí. Una pistola automática rugió en respuesta.

El jefazo se bamboleó grotescamente. Su repugnante sonrisa convirtiéndose en una muera de agonía. Su revólver cayó de sus dedos. Su cuerpo perdió el equilibrio y rodó por el suelo.

Farland Tracy vio el peligro que se aproximaba. Lanzando un grito feroz, el abogado se apartó de la vagoneta volcada y huyó hacia la galería donde el cadáver de Headley yacía medio enterrado en el mineral.

Disparando de una manera intermitente, trató de impedir que se acercase el temible personaje que aniquilara a sus aliados. Su esfuerzo fracasó. No logró burlar a La Sombra.

Retrocediendo hacia la pared del corto pasillo, medio levantó los brazos en señal de rendición. Empuñaba el revólver apuntando hacia arriba. La Sombra, al ver el gesto, no disparó.

Mas la acción de Farland Tracy era una estratagema. Súbitamente descendió el arma para disparar rápidamente un tiro. Su acto de traición recibió un fulminante castigo.

La pistola de La Sombra habló antes de que el abogado pudiese

disparar. La bala hirió al brazo que descendía, en señal del poder de La Sombra. La mano traidora soltó el revólver.

El abogado lanzó un grito de dolor y retrocedió tambaleándose. Ignoraba que el corredor terminaba en un pozo profundo. Su espalda no llegó a la pared que buscaba.

Pisó en el vacío en el borde del pozo. Lanzando un chillido frenético, extendió el brazo, inútilmente. Su cuerpo cayó hacia atrás, hacia el fondo del pozo, a más de diez metros de profundidad.

No surgió ningún grito más del pozo. Farland Tracy, como los otros, había recibido una muerte bien merecida. La última batalla había terminado. La Sombra era el gran triunfador de aquella batalla.

Una carcajada fantástica y prolongada resonó por los tétricos corredores. La carcajada sonaba jubilosa. El triunfo de La Sombra anunciaba la muerte de los criminales.

¡La Justicia había ganado su última batalla!

CAPÍTULO XXIV

LA LIQUIDACIÓN

AMANECÍA. Tres hombres estaban sentados junto a la cabaña de la calva.

La luz del sol de un nuevo día, hacía que este lugar pareciese estar muy lejos de la galería de la mina abandonada.

—¿Ya están dispuestos a ponerse en marcha?

Harry Vincent formuló la pregunta a Carter Boswick. Este asintió en silencio. Ambos se volvieron hacia Drew Westling, que se hallaba sentado encima de una caja metálica, con el rostro pálido y el hombro vendado.

—Vamos, pues-sonrió el joven agente de La Sombra—. Ya es hora de partir. Apártese de esos millones. Tenemos que llevárnoslos.

Drew Westling obedeció. Harry y Carter levantaron la pesada caja, y la llevaron entre los dos, mientras Drew les seguía con paso vacilante.

La caminata fue larga y fatigosa, con frecuentes paradas, hasta que llegaron al automóvil de Harry. Drew estaba más cansado que los otros. Le ayudaron a subir al coche y colocaron la caja en la parte trasera.

—Todo lo que puedo decir-observó Harry, enjugándose la frente—, es que admiro la previsión de su padre al guardar billetes y valores con preferencia a oro.

—En verdad fue una suerte-respondió Carter, cuando subían al vehículo—. Lo difícil fue levantar aquella plancha. Gracias a que Drew ya había hecho la mitad del trabajo.

Discutieron el asunto en el camino. Habían trabajado dos horas en el pozo de la mina después de que la batalla de La Sombra hubo terminado.

Continuando el trabajo a pesar de la terrible aventura que habían tenido, Harry y Carter desenterraron el cofre, mientras Drew Westling dormía, completamente exhausto.

Primero trasladaron a Drew a la cabaña; luego regresaron a la mina para extraer la caja de los millones. Harry y Carter se alegraron de que Drew Westling estuviese inconsciente cuando le sacaron de la mina.

Las escenas que se veían donde la entrada secreta, se empalmaba con la galería no eran agradables de recordar.

La caja metálica resultó contener un verdadero tesoro. Era un misterio cómo pudo esconderse en la mina. Era imposible saber si fue Houston Boswick quien la depositó allí o, si le ayudaron algunas personas de su confianza.

También resultaba imposible precisar cuánto tiempo había estado escondida aquella fortuna. A juzgar por algunos documentos, no había estado escondida más de dos años.

Entre la masa de aquella fortuna, Harry y Carter descubrieron algunas acciones que carecían de valor. Al inspeccionar la cabaña, encontraron algunos documentos certificando que Houston Boswick, era el propietario de la mina Eldorado, que era el nombre de la mina donde el tesoro había estado escondido.

En el camino, mientras se dirigían rumbo a la frontera de Wisconsin, Drew Westling explicó las relaciones que tuvo con Hub Rowley.

Harry Vincent y Carter rieron, cuando el abatido joven habló de los pagarés que el muerto tenía en su poder.

—Deja que alguien trate de cobrar ahora-comentó Carter—. Esos documentos han caducado, Drew.

—Pero sí alguien...

—Yo me cuidaré de ellos —rió Carter—. No te preocupes, Drew. Puedes depositar tu renta en un Banco. Recibirás una parte de este hallazgo.

Hubo un momento de silencio. Luego Carter habló a Harry.

—En cuanto a usted, querido amigo...

El joven agente de La Sombra le interrumpió con un gesto.

—Olvide eso, Carter-dijo—. Yo he trabajado cumpliendo unas órdenes. Yo estoy excluido de esa partición.

—Mas la... la persona que le mandó a usted a que me ayudase.

Quizá puede usted decirle que yo...

—Sea cual fuere el deseo de mi jefe, él puede comunicárselo personalmente. Pero lo más probable es que no tenga usted nunca noticias de él. El no espera ningún agradecimientos por sus actos.

La declaración de Harry Vincent tenía un significado enigmático. Carter Boswick sonrió seriamente al recordar los acontecimientos de la noche anterior.

Entonces, La Sombra dio... pero evitó toda devolución. Había mandado unos mensajeros de plomo y había desencadenado un rayo de acero. Los resultados fueron fatídicos para las hordas del crimen.

¿Qué se había hecho de La Sombra?

Carter Boswick lo ignoraba y comprendió que Harry Vincent compartía su ignorancia. Ambos oyeron el grito final de triunfo. Mas después de sus ecos siniestros no percibieron ningún otro sonido.

Carter había expresado cierto temor por la suerte de su misterioso protector.

Harry le respondió con una sonrisa. ¡La Sombra triunfante era una Sombra viviente!

La vieja mina volvió a quedar abandonada. En sus galerías sórdidas, reinaba un silencio profundo. Los cadáveres de los criminales, si se descubriesen algún día, serían tomados por el motivo del cierre de la mina, ocurrido años antes de los sucesos de la noche anterior.

Las ruinas del tren de la muerte, aparecerían como un accidente que fue silenciado con el objeto de evitar una investigación. Al llegar a la frontera de Michigan, Carter Boswick se introdujo una mano en un bolsillo y sacó los únicos documentos extraídos de la caja del tesoro. Eran los títulos de propiedad de la mina Eldorado.

Metódicamente rompió en mil pedazos los documentos. Los tiró por la ventanilla del automóvil, y el viento los esparció por aquellos campos.

Harry Vincent, sonriendo, aprobó el acto. Que la mina abandonada quedase olvidada. El único testimonio de su existencia, aparecería en los anales secretos que nunca descubriría nadie, en los archivos ocultos de La Sombra.

Pues el triunfo pertenecía al misterioso personaje conocido por

el nombre de La Sombra. Su presencia invisible, penetrando hasta en los más recónditos rincones de la galería de la mina abandonada, había salvado a tres hombres y aniquilado a una banda, simultáneamente.

El peligro que amenazara a la herencia de Carter Boswick había desaparecido para siempre. Los proyectos siniestros fueron frustrados y los criminales destruidos.

¡La Sombra había triunfado y la justicia se había impuesto!

¡La Sombra volvería!

¡La Sombra reía!

FIN

Título original: *The Shadow's Justice*